

LA EPOPEYA NACIONAL DE 1825

1 La Cruzada de los Treinta y Tres Orientales



La epopeya nacional de 1825

1

La Cruzada de los Treinta y Tres Orientales

DIRECTORES REDACTORES RESPONSABLES

Profesores
Juan E. Pivel Devoto
Alcira Ranieri de Pivel Devoto

PUBLICACION PERIODICA MENSUAL ILUSTRADA

EDITORES

Librería Nacional
Barreiro y Ramos S. A.

25 de Mayo
esq. Juan C. Gómez

Impresa en
Talleres Gráficos
Barreiro y Ramos S. A.
Montevideo - Uruguay



Dep. Legal N° 30.088/75.



Las reproducciones son absoluta-
mente fieles al tenor y estado de los
documentos reproducidos.

EL 19 DE ABRIL DE 1825

Estamos, por fin, en la mañana del 19 de abril de 1825; una gran mañana, es lo seguro; una espléndida mañana. Cuando apunta todos los años, los niños orientales cantan en las ramas.

En la costa del Uruguay ha desembarcado — recatándose, tanto de los cruceros brasileños que andan recorriendo el río y mirando los horizontes de día y de noche, cuanto de las autoridades de Buenos Aires, que no quieren choques con el Brasil — un grupo de orientales armados.

Todos orientales; ni uno solo es extranjero. Son los viejos soldados de Artigas: son treinta y tres hombres, *treinta y tres orientales*. Ese es todo el ejército libertador, equivalente al de dos mil combatientes, con banderas argentinas, que pasó los Andes, conducido por San Martín, en ayuda de Chile. Esos *Treinta y Tres* llevan también una bandera. Pero no es la de ningún amigo generoso; es la propia, tricolor: roja, blanca y azul; los colores de Artigas. Pero la banda diagonal roja ha tomado la dirección horizontal de sus compañeras, para dejar libre la central blanca o de plata, en que aquellos hombres han escrito, como si fueran locos: "LIBERTAD O MUERTE". ¡Valiente bandera!

He ahí *Treinta y Tres* hombres, que provocan a la guerra a quince o veinte mil soldados enemigos; que dejan a su espalda, enemigo también, a un gobierno americano que los considera insensatos, y que los hostiliza porque no quiere comprometerse en una empresa que no es suya.

Hay que convenir en que esos hombres son locos de atar, dignos hijos de Artigas... o son otra cosa que se parece a la locura. Es preciso confesarlo.

¿Quién conduce a esos hombres locos, o semi-locos, o como queráis llamarlos?... El espíritu de Artigas.

¿Cuál es su nombre?... *Lavalleja*.

Es *Lavalleja*, por fin, el audaz *Lavalleja*; él es la primera vibración; es el núcleo, la célula vital, o como se llame. Comenzar su rotación, y envolver a la patria en ella, será todo uno. Todos girarán armoniosos en torno del punto vibratorio: desde Rivera hasta el último de los gauchos orientales; todas las fracciones, las de Montevideo, las de los campos; ni un solo hombre quedará fuera del círculo de cohesión, ni uno solo. Toda la patria de Artigas cubra su forma orgánica, en la nebulosa generatriz.

Esos *Treinta y Tres* hombres que desembarcan en la *Agraciada* el 19 de abril de 1825, como llevados por una fuerza casi inconsciente, declaran la independencia definitiva de la Banda Oriental, el 25 de agosto de ese mismo año, cuatro meses después de su desembarque. Y mes y medio más tarde, el 12 de octubre, esos orientales, solos todavía con su bandera tricolor, libran la batalla campal de *Sarandí*, en que destruyen al ejército brasileño.

Es preciso que sepáis cómo ha pasado todo eso: es el milagro heroico, de que hemos hablado más de una vez; es nuestra *Leyenda Patria*; el epílogo de la *Epopeya de Artigas*.

Lavalleja ha salido de Buenos Aires sigilosamente con sus compañeros; su odisea al través de las islas del Uruguay, medio muertos de hambre, desorientados, separados por la tempestad los unos de los otros, deteniéndose aquí, encendiendo fuegos más allá, atisbando la costa que se divide a lo lejos, ha sido cantada por el griego Homero, hace cuatro o cinco mil años; también por Virgilio, el latino que habló de Eneas.

¡El desembarque, por fin!... Se despiden las barcas conductoras; los marineros desnudos las empujan, y se alejan, y se pierden entre las islas que salen de la niebla. Cuadro de aurora. Los hombres de Eneas hubieran ofrecido un sacrificio a Júpiter; los de *Lavalleja* juran ante el Dios Uno y Trino omnipotente. Los *Treinta y Tres* se encuentran solos; se esperan caballos, que debían estar allí, pero que no llegan... ¿Por qué no han llegado los caballos anunciados? Muchos ponen el oído en el suelo para percibir la vibración producida por los cascos... Llegan, por fin; algunos besan a los animales, que relinchan. Solo el 19 de Abril. La legión despliega su bandera; jura ante Dios libertar la patria; monta a caballo; deja la playa, cruza el monte, penetra en las colinas; choca con la primera partida enemiga, de cien hombres, y la derrota; sigue hacia adelante... va a encontrarse con Rivera. — (*Juan Zorrilla de San Martín "La Epopeya de Artigas"*).



LA EPOPEYA NACIONAL DE 1825

Ocurre en la vida de los pueblos lo mismo que en la vida de los hombres. A un periodo de intensidad creadora, batalladora, que compromete la totalidad de sus energías, sigue otro de detensión, de aflojamiento. No es que el espíritu esté detenido o ausente. Es que se prepara para nuevos y mayores esfuerzos.

Así los días inmediatos que siguieron al alejamiento de Artigas parecían el sueño del pueblo Oriental. Sin duda, había cansancio de la lucha prolongada y cruenta. Había una minoría para la que un entendimiento con los invasores era la única solución que alcanzaban a descubrir sus espíritus no templados para la resistencia. Otra minoría, más ínfima, llegó a considerar que la ocupación extranjera podría proporcionarnos ciertas manifestaciones de "civilización" más atractivas que la áspera y sobria patria gaucha fundada por Artigas.

Como siempre ocurre en estos casos, la ocupación por la fuerza y la usurpación luso-brasileña, se propuso revestir estos actos de una pseudo legalidad para presentarlos ante la faz del mundo como expresión de la voluntad del pueblo oriental: las resoluciones del Congreso Cisplatino, los actos que le siguieron de reconocimiento a la autoridad del Emperador Pedro I, la jura de la Constitución brasileña, la designación de dos diputados y un senador para representarnos en el parlamento de Rio de Janeiro. Pero por encima de toda esa ficción, quebrantos de la voluntad y claudicaciones de dirigentes de endeble personalidad, se movía una impresionante, una irresistible fuerza histórica: la orientalidad.

Un nacionalismo espontáneo, primitivo, popular, identificado con el amor a la tierra, al pago, a la libertad. Además, un nacionalismo cons-

ciente, esclarecido que podía fundamentar racionalmente sus aspiraciones y giraba en torno del principio proclamado en 1813: la soberanía particular de los pueblos será declarada y ostentada como el objeto único de la Revolución. Ambas formas de orientalismo encontraron su símbolo en la gran figura histórica que les sirvió de energía catalizadora: Artigas, y no fue éste el menor de sus méritos: tuvo el inmenso don de convertir en lúcida conciencia lo que no era más que un instinto. Con él y a través de largos sufrimientos, el Pueblo Oriental se convirtió en una entidad indestructible; que probó sus armas en varios frentes, contra distintos enemigos: contra España, contra los dirigentes de Buenos Aires que pretendieron oponer a la voluntad soberana de los pueblos, la supervivencia del virreinalismo, contra Portugal en la heroica defensa del terruño entre 1816 y 1820, contra

Brasil al resistir la incorporación a sus dominios en 1823. Con esa bandera, con un institucionalismo enunciado desde los días iniciales de la "admirable alarma" ¿cómo era posible creer en 1824 que la orientación había sido vencida, que el espíritu vital que le dio origen había muerto? Como dijo tan bellamente el poeta español, los yunques y las fraguas del alma no trabajan para el polvo ni para el viento. Ni el alma de un hombre, ni el alma de un pueblo.

Ya desde fines de 1822, el sentimiento nacional se fue abriendo camino. En 1823 se agudizó en un definido programa de acción revolucionaria para poner fin al dominio lusitano e impedir la artera maniobra para la anexión al Brasil. Ese espíritu revolucionario tuvo la adhesión de núcleos importantes del país, de algunas provincias argentinas y aun encontró eco en los sectores liberales que se oponían al autocratismo del Emperador Pedro I.

Analizado a un siglo y medio de distancia, el estallido en 1825 y el triunfo de "la Revolución de los Pa-

trias" aparece con una lógica irrefutable. Pero la historia tiene leyes distintas de las ópticas. Aquella ve mejor cuanto más lejos mira. A los actores de los sucesos, en cambio, les es más fácil ser ganados por la indecisión, por el temor, por todos los lazos de amor que los atan a la vida.

El hombre, sólo posee en la tierra una vida y una vida breve. Se requiere una inmensa porción de generosidad para sublimarla entregándola a un ideal. Por eso es necesario medir en toda su magnitud el heroísmo de la Epopeya Nacional Libertadora de 1825.

Era locura sublime el gesto de 33 hombres que empuñaron las armas para desafiar a un imperio, confiados tan sólo en la adhesión del pueblo oriental. Era temible locura contar con las tinieblas de un cielo que velase la travesía. Era locura esperar el silencio de un río que no latiese con el rítmico golpe de los remos. Era locura esperar hombres, caballos, armas, de la patria despedazada, empobrecida y dominada por un ejército de ocupación que controlaba

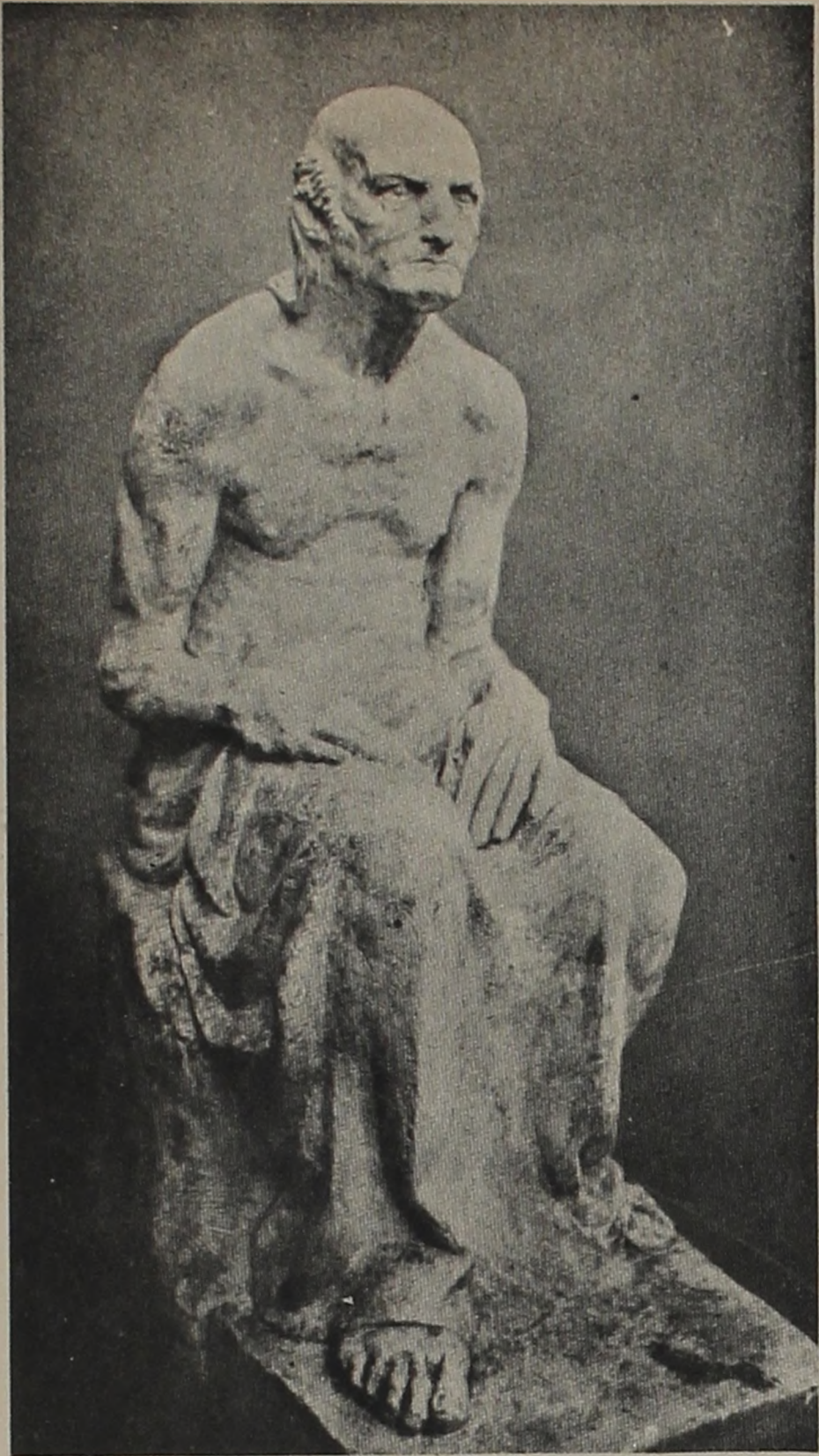
el medio rural y ocupaba los baluartes de las ciudades fortificadas. Era sublime locura pedir ofrenda de sangre para la hermosa bandera tricolor de "Libertad o Muerte". Hermosa locura que se convirtió en realidad en la sublevación en masa del pueblo oriental que hizo posible los triunfos de Rincón, Sarandí, Santa Teresa y la reconquista del suelo patrio. De un modo milagroso, 33 hombres acaudillados por Juan Antonio Lavalleja, El Libertador, dieron la clarinada para la Epopeya de 1825. Para reconquistar la Libertad, declarar la Independencia y organizar las Instituciones republicanas. Con el presente cuaderno iniciamos la publicación de la serie cuyas próximas entregas serán dedicadas al estudio de los hechos que forman la Epopeya de 1825. En sus páginas serán reproducidos preferentemente los testimonios legados por los actores en sus Memorias, Crónicas de la época o los documentos oficiales y privados que reaviven en la memoria del pueblo uruguayo el recuerdo de la cruzada que hace ciento cincuenta años declaró la Independencia Nacional.



BRINDIS DE PEDRO TRAPANI

El 23 de abril de 1825, súbditos británicos radicados en Buenos Aires, personalidades locales, autoridades oficiales y comerciantes se reunieron en la fonda de Fauch para celebrar el aniversario de San Jorge. La sala fue adornada con las banderas de Inglaterra, Estados Unidos, Colombia y otras Repúblicas americanas. Todos los asistentes hicieron un brindis.

Pedro Trápani, representante personal de Lavalleja y gran propulsor de la Cruzada, que asistió al acto, pronunció el suyo en los siguientes términos: "Porque se consagren los esfuerzos que hacen los patriotas en libertar una pequeña parte de este continente, que aún gime bajo las ignominiosas cadenas de los déspotas. Hablo, Señores, de la linda y desgraciada Banda Oriental, cuyos hijos han demostrado ser tan dignos enemigos de los ingleses en la guerra como amigos sinceros de ellos en la paz".



ARTIGAS EN EL PARAGUAY

Yeso de

José Luis Zorrilla de San Martín

EL SUEÑO DE ARTIGAS

I

*Al través de las nubes
Brillaban las estrellas;
El Uruguay; envuelto en sus vapores,
Rodaba lento y palpitaba apenas.
Sentadas en las lomas
Están las sombras negras,
Sentadas en las lomas de la patria
Con las miradas hacia el río vueltas.
La luna no ha dejado
Su lecho de maleza;
El astro que precede las auroras
No se ha empinado aún sobre la cuesta.*

II

*¿No es una luz la que refleja el río
Sobre sus aguas negras?
Las sombras que ocupaban la colina
¿No han levantado al verla las cabezas?
¿Ha abierto ya los ojos una aurora?
¿Ha roto alguna estrella
Su nube oscura, por llevar al río
Su mirada de luz? ¿Quién va? ¡Quién llega!*

III

*La luna no ha dejado
Su lecho de maleza,
El astro que precede las auroras
No se ha empinado aún sobre la cuesta;
Pero las sombras sienten
Que algo se mueve en ellas,
Algo que ya desgarrar sus entrañas
Y las agita en convulsión suprema.*

IV

*El viejo duerme, el de la frente cana,
El de una edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra.
La noche del destierro duerme. Artigas...
duerme sonriendo... sueña!
A su lado, la frente entre las manos,
Está la Gloria que, velando espera.
Espera, cuenta las calladas horas,
Y, al fin, se alza serena,
Sacude al viejo, y, señalando al cielo,
"Ya es la hora" le dice, "alza, despierta!"*

V

*Estallaron las sombras sobre el río,
Huyeron las estrellas;
Envuelto en luz, el Uruguay se agita
Y una barca en sus ondas balancea.
Que corre, corre con la lona al viento,
Y choca en la ribera,
Y la hace restallar, como un escudo
Golpeado por el puño de la guerra.*

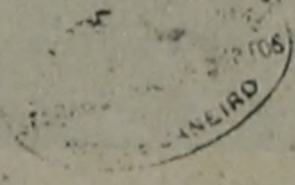
VI

*Y el viejo que dormía, el de los sueños,
El de la edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra
Despierta sacudido por la Gloria
Que á lo lejos le muestra
Su ensueño eterno en las riberas patrias
Animar el pendón de Lavalleja.*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

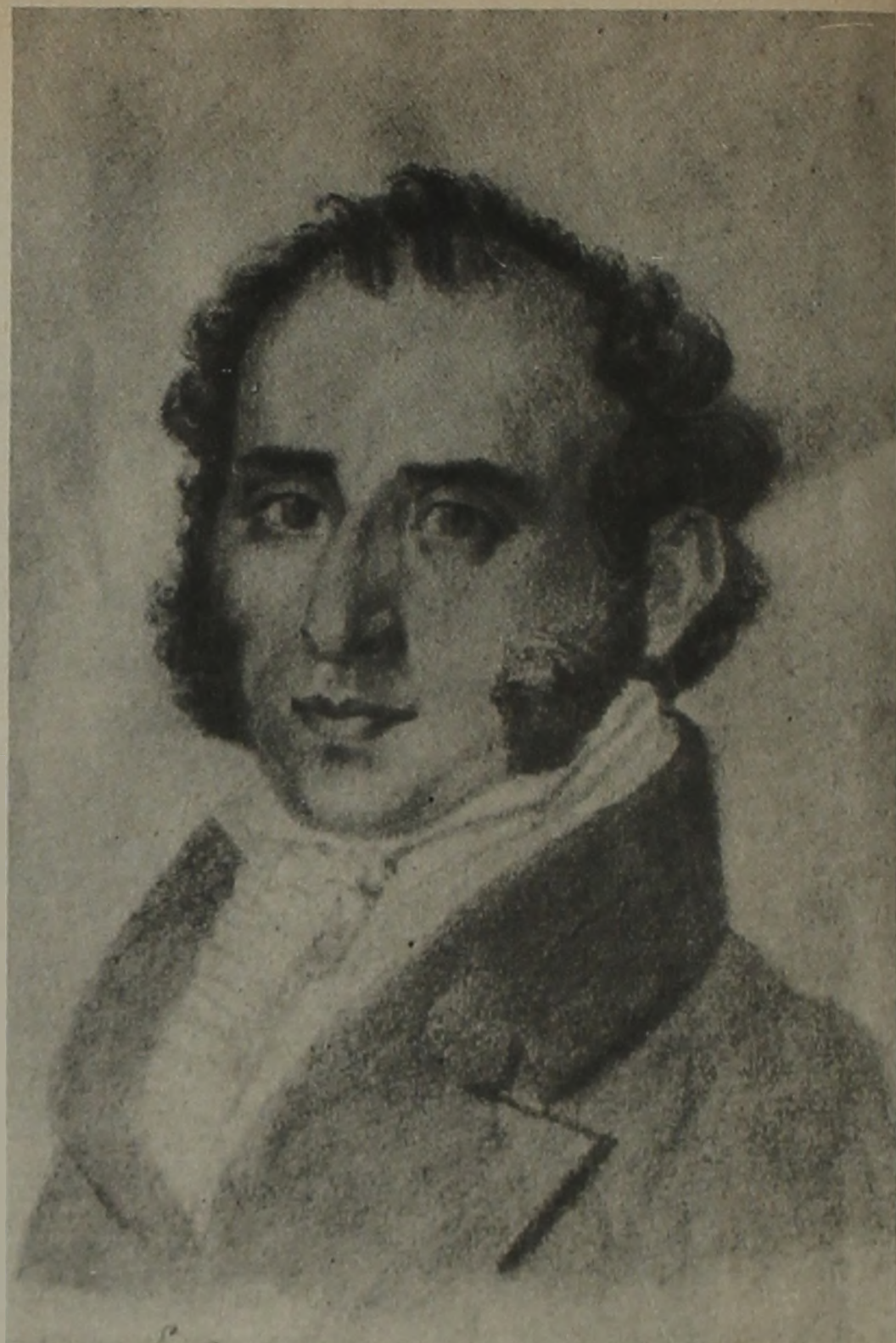
Relacion de la via de acompañamiento al que se ha de ir en
la empresa de la banda oriental

- D. Manuel Ortiz
- D. Pablo Rodríguez
- D. Manuel Rodríguez
- D. Estanislao Sierra
- D. Manuel Meléndez
- D. Estanislao Arizaga
- D. Manuel Páez
- D. Jacinto Tapia
- D. Santiago Rada
- Señor D. Pedro Penabaz
- Señor D. Pedro Antonio Argente
- Señor Juan Biquimán
- Señor Esteban Rosas
- Señor Agustín Belandier
- Señor Andrés Biquimán
- Señor Esteban
- Señor Acosta
- Señor D. Romero
- Señor Romero
- Señor Felipe
- Señor Ortiz
- Señor Rada
- Señor Rosas
- Señor Agustín
- Señor Miranda
- Señor Gómez



Don Leguísimo
Miguel Martínez
Juan Ortiz
Juan Artigas
Manuel Benito Belandier
Esteban Joaquín Artigas
Pedro Domingo Uribarí
Jm. de la Llave

LA CRUZADA DE 1825 RELATADA EN LA MEMORIA DE JUAN SPIKERMAN



JUAN A. LAVALLEJA
Carbón de Juan M. Blanes tomado
de una miniatura antigua
Museo Histórico Nacional
Montevideo

El año 1823 cuando se suscitó la cuestión entre los brasileiros y lusitanos, los hijos del país se adhirieron a éstos, a consecuencia de la promesa que ellos les hicieron de entregarles este país libre e independiente, debiendo embarcarse el general en jefe de la plaza don Alvaro da Costa, con la división de Talaveras, compuesta de tres mil hombres de las tres armas. Este arreglo fue hecho con el Cabildo de Montevideo.

Sitiaba esta plaza el general don Carlos Federico Lecor, con un ejército de más de tres mil hombres. Duró este sitio once meses, y se concluyó por medio de un tratado, por el cual los lusitanos entregaron la plaza a los brasileiros, y se embarcaron para Europa.

Esta fue la causa por la cual emigramos a Buenos Aires como ciento y tantos Orientales entre jefes, oficiales y algunos particulares.

Por esta misma época don Juan Antonio Lavalleja estaba hecho cargo de las estancias de Zamora, las cuales administraba por cuenta del Estado, pero habiéndose comprometido en un proyecto de revolución contra la dominación brasileira, fue perseguido por don Fructuoso Rivera, al servicio del Imperio, y tuvo que emigrar a Entre Ríos, pasando de allí a Buenos Aires, donde estableció un saladero.

Fue en ese mismo saladero donde se convino y arregló la empresa del año 1825.

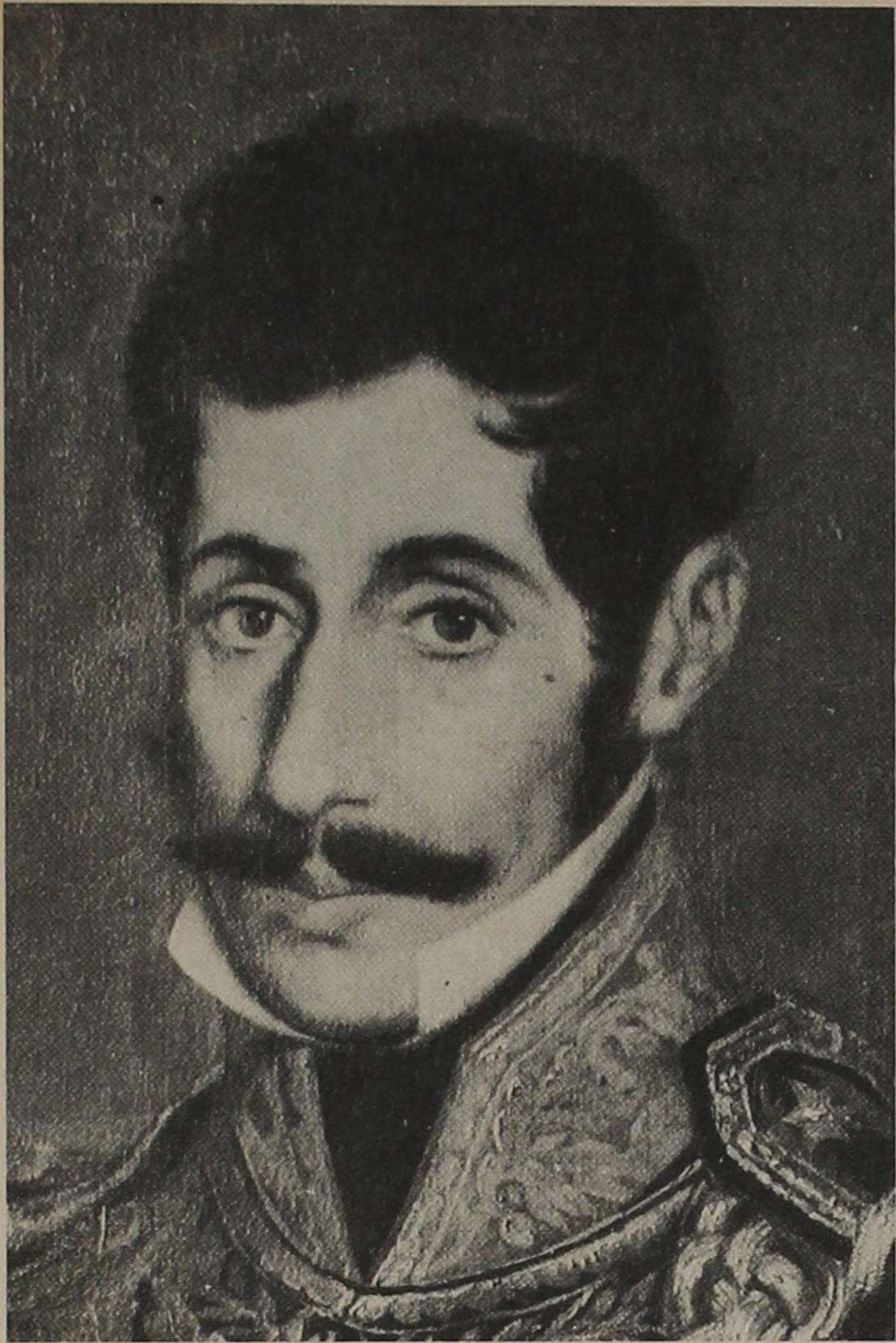
El día 1º de abril de 1825 nos embarcamos, a las doce de la noche, en la costa de *San Isidro*, en un lanchón, los nueve primeros individuos de la expedición, desembarcando y acampando en una isla formada por un ramal del Paraná, llamado *Brazo Largo*. Esos nueve individuos eran:

Don Manuel Oribe, Don Manuel

Freire, Don Manuel Lavalleja, Don Atanasio Sierra, Don Juan Spikerman, Don Carmelo Colmán, Sargento Areguati, Don José Leguizamón (a) *Palomo*. Vaqueano Andrés Cheveste.

En dicha isla permanecimos 15 días esperando la segunda expedición la cual, hasta completar el número de Treinta y Tres, venía a las órdenes de Don Juan Antonio Lavalleja.

La causa de la demora fue que, en la noche que se embarcaron esos compañeros, los tomó un temporal y los arrojó hacia la altura del *Salado*, costa Sur de Buenos Aires. Como no podían atracar a ninguna de las costas, pues la oriental estaba vigilada por los brasileiros, y la argentina por el gobierno de Buenos Aires, del cual nos habíamos ocultado para salir del territorio, les faltaron los víveres, y hubieran perecido, si el día 15



MANUEL ORIBE
Oleo de Eduardo de Carbajal
Museo Histórico Nacional
Montevideo



FRUCTUOSO RIVERA
Oleo de Amadeo Gras
Copia de Valenzani
Museo Histórico Nacional
Montevideo

de abril no se hubieran incorporado a los que estábamos en la isla. Allí encontraron donde calmar su hambre, pues hacía dos días que nos habíamos provisto de carne, la cual nos la trajo el vaqueano Cheveste, quien en una canoa, acompañado de dos hombres, pasó a la costa oriental y consiguió carnear una res.

Permanecemos en la isla hasta el día 18 de abril.

En aquella fecha nos embarcamos en los dos lanchones y navegamos durante la noche, hasta ponernos a la vista de la costa oriental, a fin de hacer la travesía del Uruguay, en la noche del 19.

El Río estaba cruzado por lanchas de guerra imperiales, y, por consiguiente, emprendimos marcha en esa noche. A las siete, habiendo navegado como dos horas, nos encontramos entre dos buques enemigos, uno a babor y otro a estribor; veíamos sus

faroles a muy poca distancia; el viento era Sur, muy lento, y tuvimos que hacer uso de los remos.

19 DE ABRIL DE 1825

A las 11 de la noche desembarcamos en el *Arenal Grande*, costa del Uruguay. En ese momento no pudimos menos que besar el suelo de nuestra Patria. Concluido el desembarque, D. Juan Antonio Lavalleja despachó los dos lanchones para Buenos Aires llevando la lista de los Treinta y Tres a don Pedro Trápani, cuyo señor fue quien nos proporcionó los recursos para nuestra expedición.

Concluido este trabajo, nuestro jefe Lavalleja tomó la bandera y nos dirigió una proclama llena de fuego y patriotismo a la que contestamos con el mismo ardor, jurando llevar

adelante nuestra empresa de *Libertad o Muerte*.

Esa misma noche debíamos haber encontrado al vecino don Tomás Gómez, el cual según había convenido tres meses antes con nuestros dos comisionados, D. Atanasio Sierra y D. Manuel Lavalleja, debía esperarnos con caballos, prontos.

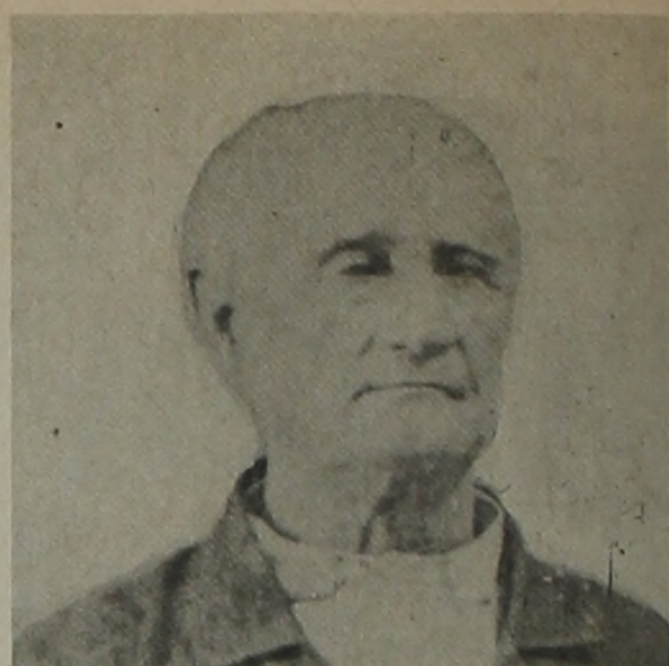
Circunstancias imprevistas lo habían obligado a ocultarse en el monte y por consecuencia fue necesario que nuestro jefe enviase a su hermano con el vaqueano Cheveste a la estancia de Gómez, la cual distaba poco de la costa; esta comisión la hicieron a pie los dos enviados.



PABLO ZUFRIATEGUI
Oleo de Luis Queirolo Repetto
Museo Histórico Nacional
Montevideo



JULIAN LAGUNA
Grabado Impreso
en Buenos Aires en 1835
Museo Histórico Nacional
Montevideo



JUAN ACOSTA
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo

20 DE ABRIL

A las nueve o diez de la mañana llegaron nuestros comisionados con don Tomás Gómez, trayendo un número suficiente de caballos para toda nuestra gente.

Emprendimos marcha a las once de la mañana, siguiendo por dentro del monte del Uruguay hasta encontrar *la barra de San Salvador*. En este trayecto se nos reunieron como treinta o cuarenta hombres montaraces y seguimos toda la noche de este día por la costa de aquel arroyo, con dirección al pueblo del mismo nombre.

Tuvimos noticias de que en ese pueblo había una fuerza enemiga, como de ochenta a cien hombres, mandada por el comandante don Julián Laguna y la cual estaba destinada a vigilar la costa del Uruguay; pues el gobierno imperial tenía aviso de nuestros proyectos.

ABRIL 21

Amanecimos como a una legua del pueblo, sin ser sentidos, pues durante la noche los oficiales de la fuerza de Laguna habían estado de baile; cuando nos acercamos, como a media legua, salió a reconocernos un oficial llamado *el tonelero*; llegó como a una cuadra de nosotros y hubiera caído prisionero, a no haber de por medio un arroyito pantanoso, cuyo paso había errado el vaqueano.

El oficial, así que distinguió la bandera tricolor, partió a escape a dar aviso a Laguna. Tuvimos que

bajar el arroyito, como media legua, hasta encontrar el verdadero paso. Esta marcha dio lugar a los enemigos para prepararse y salieron a nuestro encuentro, formándose en una altura como a una legua del pueblo.

Nuestro jefe Lavalleja comisionó a un vecino para que dijese a Laguna que lo esperaba en campo neutral para hablarle. Efectivamente, vino este jefe; pero Lavalleja no pudo persuadirlo a que se plegase a nuestra causa, y al tiempo de despedirse le advirtió que lo iba a cargar inmediatamente.

Así se hizo; duró unos momentos la pelea, pero se pronunció la derrota en las filas enemigas, habiéndose muerto un soldado, cayendo prisionero uno de sus oficiales llamado Valverde y pasándose a nuestra fuerza siete hombres. Los demás fueron perseguidos en una distancia de siete leguas, huyendo unos hacia Soriano, otros hacia Mercedes, y Laguna con algunos oficiales hacia el Durazno.

En el mismo día 21 emprendimos marcha hacia Mercedes, habiéndose nos incorporado por el camino como treinta paisanos; entre ellos venía un postillón que conducía prisionero al ya mencionado oficial *el tonelero*, el cual iba a llevar a Montevideo el parte de nuestro encuentro con Laguna.

A las diez de la noche nos acercamos a Mercedes, pero como hubiese sabido Lavalleja que los enemigos estaban sobre las armas, atrincherándose y formando cantones con

los vecinos del pueblo, no encontró oportuno hostilizar la población y, en la misma noche, contramarchamos en dirección a las puntas del arroyo Grande.

Desde entonces fue necesario ocultarnos de día y marchar únicamente de noche, esparciendo hombreros y exploradores a todos lados.

Con estas precauciones conseguimos tomar todos los chasques que mandaban de Mercedes a Montevideo y sólo fuimos sentidos, cuando llegamos a San José.

ABRIL 27

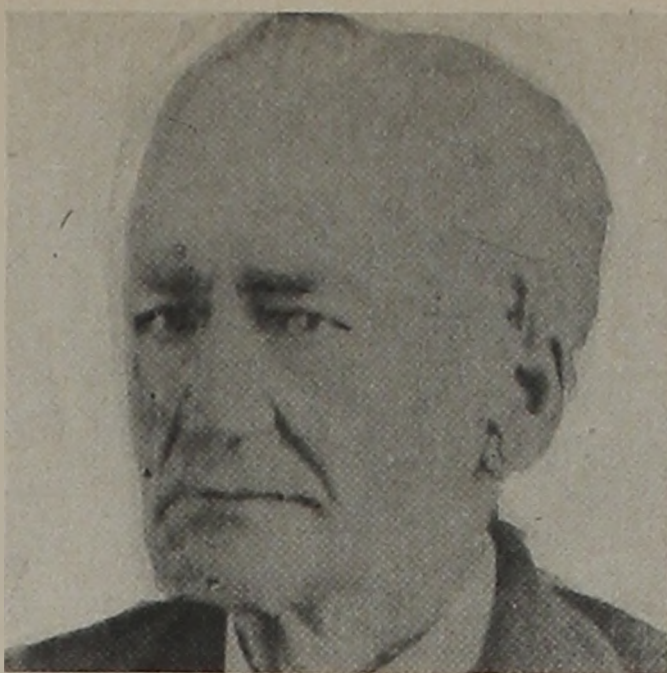
Ibamos marchando en dirección al Durazno, cuando tomamos prisionero a un vaqueano de Rivera, llamado Juan Baez, vecino del Colla, el cual regresaba de una comisión que le había encargado el dicho Rivera. Por ese prisionero supimos, que este jefe estaba acampado en el Durazno, con una fuerza como de trescientos hombres y que esperaba al comandante Calderón que venía a incorporársele, con un escuadrón de dragones.

El referido Baez había sido muy amigo de Lavalleja y como al mismo tiempo le repugnaba la dominación brasilera, propuso sorprender a Rivera y tomarlo prisionero. En consecuencia se comprometió a engañarlo, haciéndole creer que nuestra fuerza era la de Calderón.

Con este objeto nos condujo por quebradas, hasta ponernos a distancia a tres cuartos de legua del enemigo.



BASILIO ARAUJO
Copia del original de
Amadeo Gras por
Carlos Seigo



CARMELO COLMAN
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo



JUAN SPIKERMAN
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo

La guardia avanzada de éste era mandada por el teniente don Leonardo Olivera, y así fue que Baez tuvo que encontrarse con él después de habernos dejado emboscados. Dijo a aquel oficial que Calderón quedaba en el bajo próximo, y que él seguía a dar el parte a Rivera.

Mientras Olivera se aprontaba y montaba a caballo para venir al encuentro de los que consideraba amigos; Rivera salía de su campamento con una escolta de doce hombres y con el mismo objeto de Olivera. Este fue el primero que nos encontró, quedando pasmado al verse frente a Lavalleja y rodeado de una porción de jefes y oficiales, amigos todos. Conoció el engaño; pero como había sido uno de los que, tres meses antes, había tenido aviso de nuestra empresa, no trepidó en adherirse a ella inmediatamente.

Lavalleja hizo preparar cuarenta hombres bien montados y los hizo apostar en el repecho de una cuchilla a las órdenes de Manuel Oribe. A los pocos momentos apareció Rivera a gran galope seguido de su escolta, sujetando los caballos como a distancia de media cuadra; en un instante fue rodeado por la fuerza apostada.

Las primeras palabras que pronunció Rivera al encontrarse con Lavalleja, fueron éstas:

—*Perdóneme la vida y hágame respetar.*

—Lavalleja le contestó:

—*No tenga cuidado — agregando —. No se portó Vd. así cuando me persiguió por orden del Barón*

de la Laguna — Rivera contestó a este reproche que — *no lo había perseguido, que por el contrario lo había buscado para acordar con él un plan de independencia.*

Concluido este breve diálogo, Rivera prometió entregar la fuerza de su mando a Lavalleja, al efecto ordenó a don Leonardo Olivera que hiciese soltar los caballos de la división, asegurando en el campamento que la fuerza que había llegado era la de Calderón.

Echamos pie a tierra y esperamos a que la operación estuviese concluida.

Como a los tres cuartos de hora marchamos con dirección al campamento. Cuando estuvimos en el mismo centro desplegamos la bandera tricolor, y procedimos a desarmar todo lo que era brasilero, alistando a los orientales en nuestras filas.

En la noche de este mismo, día 27, marchamos en dirección del Paso del Rey.

ABRIL 29

En dicho paso esperamos al coronel Borbas que estaba destacado en San José con una fuerza como de trescientos hombres. Como Rivera era el comandante general de campaña por parte del gobierno brasilero, y se ignoraba aun su captura, se hizo que escribiese una nota al referido Borbas ordenándole que inmediatamente marchase con su división a incorporársele en el Paso del Rey.

ABRIL 30

Como a eso del medio día llegó al paso una carreta con uniformes, escoltada por doce hombres y un oficial, y al anochecer se presentó Borbas con su fuerza.

Estábamos acampados del lado Norte del Paso del Rey, teniendo los prisioneros, en número de doscientos, como a tres cuerdas a nuestra izquierda; a la derecha se hallaban Lavalleja, Rivera y algunos oficiales como a la misma distancia, estando firme nuestra fuerza compuesta de doscientos cincuenta hombres frente al paso, y como a dos cuerdas de él.

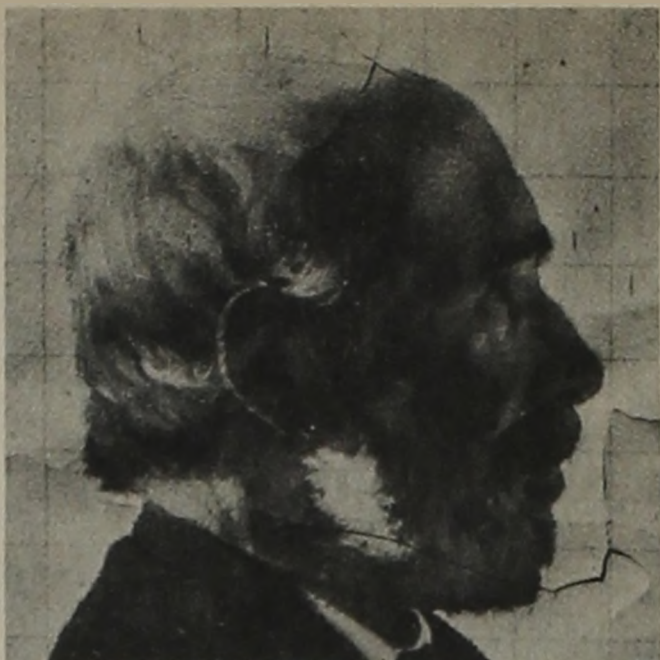
En esta posición, mandó orden Rivera a Borbas que pasase el río y acampase a la izquierda de nuestra fuerza. Hecha esta operación, Rivera envió a decir a Borbas que él y todos sus oficiales podían venir a tomar el café a su fogón, lo cual hicieron.

La noche estaba oscura y lloviznando; un ayudante de los nuestros dio orden a la tropa de Borbas que pusiese las armas en pabellón y desfilase a su derecha; por medio de esta maniobra fue fácil a nuestros soldados apoderarse de todo, quedando prisionera la división.

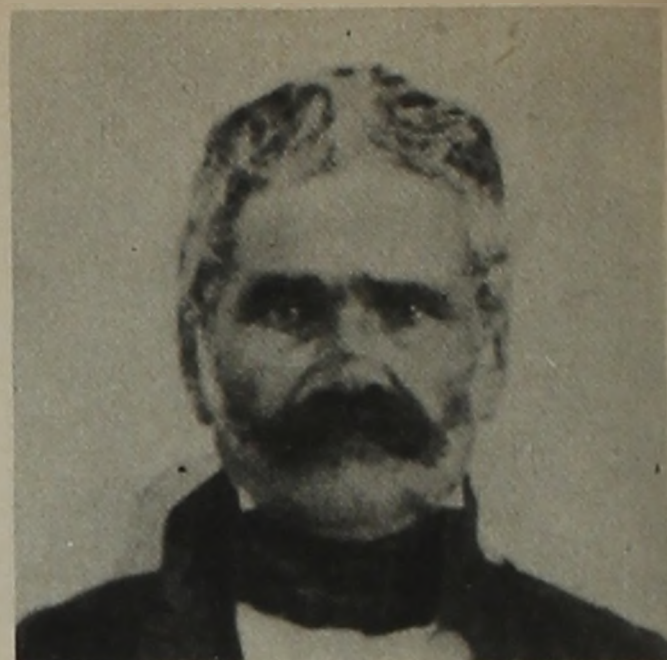
Mientras esto sucedía con la tropa, Lavalleja intimaba a Borbas y sus oficiales se rindiesen a las armas de la patria.



JOSE MAURICIO TRAPANI
Recaudador de fondos
para cruzada de los Treinta y Tres
y cuidador del libro en el
que fueron contabilizados



GREGORIO SANABRIA
Oleo de Juan M. Blanes
Museo Histórico Nacional
Montevideo



MANUEL FREIRE
Fotografía
Museo Histórico Nacional
Montevideo

MEMORIA DE LOS SUCESOS DE 1825

Se hallaban emigrados en Buenos Aires muchos jefes patriotas Orientales que habían tomado parte activa en los sucesos políticos del año 1823 en Montevideo con la esperanza de dar libertad a la Provincia dominada por los Portugueses desde 1817, que la invadieron.

La Batalla de Ayacucho ganada por los patriotas en diciembre de 1824, que decidió de los destinos de la América Española, inflamó el patriotismo de estos emigrados que reunidos en la Casa de comercio que regenteaba don Luis Ceferino de la Torre firmaron espontáneamente un compromiso jurando sacrificar sus vidas en la libertad de su patria, dominada por el Imperio del Brasil.

Siete fueron los patriotas iniciadores y que contrajeron ese heroico compromiso: Don Juan Antonio Lavalleja, su hermano Don Manuel, Don Manuel Oribe, Don Luis Ceferino de la Torre, Don Pablo Zufriategui, Don Simón del Pino y Don Manuel Meléndez, nombrando enseguida unánimemente a Don Juan Antonio Lavalleja jefe de la empresa, y como tal quedó en su poder ese documento que hará inmortales los nombres de esos siete heroicos patriotas que lo firmaron. Desde ese día se reunían diariamente en la casa de la Torre y se acordaban los trabajos que cada uno debía desempeñar. De la Torre reunía aisladamente el armamento posible, así como construía con sus propias manos las dos banderas que debían tremolar triunfantes en su Patria. Se adoptó la tricolor que había usado la Provincia Oriental cuando la invadió el

ejército portugués, con el agregado en el centro de *Libertad o muerte* consecuente con el juramento prestado.

Al iniciarse esa heroica Cruzada ya manifestaron los orientales el sentimiento de Independencia que después fue una realidad.

Don Manuel Oribe declaraba este secreto, (porque lo era de cierto, para no alarmar el poder brasileiro como por no ser sorprendidos por la autoridad de Buenos Aires, suponiendo se tratase de alguna revolución en esa Ciudad que aclarado el objeto, se habría malogrado la empresa) al patriota español vecino de Montevideo, Don José María Plateiro, a quien pidió unas 200 tercerolas que desde el año 1823 tenía depositadas en la Aduana, que le fueron cedidas generosamente y despachadas por el vista don Gregorio Gómez, con conocimiento del objeto a que se destinaban. Ese señor, amigo de don Manuel Oribe merece una particular mención por aquel servicio.

Don Manuel Lavalleja, Don Atanasio Sierra y Don Manuel Freire fueron destinados a la Banda Oriental en comisión, que partieron secretamente de Buenos Aires desembarcaron en la Agraciada dirigiéndose a la estancia de don Tomás Gómez (hoy Coronel) a quien comunicaron el objeto y afiliándose a él, les facilitó caballada para que se dirigiesen hasta Montevideo. Esta Comisión era la de hablar, en nombre de los firmantes, a todos los patriotas conocidos en el tránsito examinando sus opiniones en favor de la empresa.

Puestos de acuerdo con inmensidad de ellos como los Burgueños, Figueiredos, Latorres, Duranes, Calleros y muchos que no se recuerdan y que han figurado de jefes, regresaron para Buenos Aires embarcándose por el mismo punto de la Agraciada.

Los pequeños elementos que se reunían secretamente, costeados exclusivamente por las pequeñas fortunas de don Juan Antonio Lavalleja y don Luis de la Torre, eran conducidos al Saladero de don Pascual Costa, de quien estaba hecho cargo el mismo Lavalleja y tenía ocupados en él a muchos de los orientales que lo acompañaron.

Dispuestas las cosas y prontos para arrojar a la empresa, partieron nuevamente de Buenos Aires, Manuel Lavalleja, Sierra y Freire con una docena de compañeros conduciendo el armamento a depositarlo en la Isla Brazo Largo punto de reunión acordado, que estando cerca de la costa y de la estancia de don Tomás Gómez, debían combinar con éste el día que les arrimase caballos a los expedicionarios. Llevaban también la comisión de hablar a don Juan Arenas, oficial al servicio del Brasil, que como buen patriota y hombre de campo, reuniese algunos hombres con el pretexto de hacer una voltea de baguales y con ellos se presentase en la costa el día del desembarque; pero aconteció que Arenas había sido comisionado para perseguir unos ladrones que atacándolos había sido herido por una bala e inutilizado para aquel fin.

Quedaron solo acordes con Gómez



RAMON ORTIZ
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo



ANDRES CHEVESTE
Baqueano de los Treinta y Tres
Detalle de la obra de
Juan M. Blanes

ESCRITA POR LUIS CEFERINO DE LA TORRE

en el día que debía presentarles los caballos, y se retiraron a la Isla a esperar el arribo de sus compañeros.

En dos lanchones y distintos puntos de la costa de San Isidro para no llamar la atención se embarcaron de noche don Juan Antonio Lavalleja, Oribe, Zufriategui, Pino, Meléndez y demás compañeros con dirección a la Isla Brazo Largo; pero por una de esas rarezas no frecuentes una gran nortada de ocho días les impidió llegar el día señalado para el desembarque.

Gómez, puntual en su compromiso arrió a la costa sus caballos, no encontró noticia, se retira y lo repite al día siguiente, y al tercero le avisan que se desconfía de aquella operación y que se disponían a prenderlo. Gómez para evadirse abandona su casa se dirige a la costa y se embarca en una chalana que se dirigía para Buenos Aires, y se presenta a don Luis Latorre a procurar noticias de los expedicionarios, pues que se había acordado, quedaría en Buenos Aires de agente secreto para entender y remitir lo que se fuese precisando según los resultados de la empresa; así es que más tarde el General Lavalleja lo declaró, por un certificado, acreedor a los premios decretados por la Nación.

Incorporados en la Isla se disponen a pisar su patria. Cada uno de los 33, se arma de dos tercerolas y dos sables, formando unos pequeños líos de armas para conducirlos en cargueros, dejando el resto en la Isla, que más tarde fue descubierto y tomado por la escuadra brasilera.

Al partir de Buenos Aires, Don Juan Antonio Lavalleja, dejó su familia al cuidado de su amigo el benemérito patriota oriental Don Pedro Trápani, persona respetable y del comercio de Buenos Aires, a quien, como es consiguiente, le comunicó la arriesgada empresa a que se lanzaba, y obtuvo la promesa de su abnegación por ella y de que la protegería con los elementos necesarios luego que pisasen el territorio oriental, como lo hizo enviando al Buceo armamento y recursos que clandestinamente se embarcaron en la Goleta Libertad del sur y en Balleneras a la Costa de la Colonia.

Entre los trabajos para la empresa entraba una revolución en Montevideo con el Batallón de Pernambucanos de ideas republicanas y confinados en aquella plaza. Este trabajo le fue encomendado a la señora Doña Josefa Oribe de Contucci, patriota entusiasta que logró seducir a los sargentos que en prueba de su decisión remitieron a Buenos Aires un acta del compromiso y pidiendo una persona que se pusiese a la cabeza del movimiento. Don Pablo Zufriategui era el destinado, pero se creyó conveniente retardarlo hasta que al frente de Montevideo los patriotas pudiesen proteger el movimiento. Latorre les remitió de su peculio 18 onzas de oro para que fuesen repartidas entre los sargentos, y tres cajones de cartuchos a bala que clandestinamente consiguió extraer del Parque de Buenos Aires y que fueron conducidos a Montevideo en el Paquete Pepa, capitán Chentopé,

a ser entregado a la misma señora de Oribe con quien se entenderían los Sargentos.

El 19 de abril de 1825, pisan los 33 libertados el suelo patrio, desembarcando en el *Arenal grande* y se encuentran sin caballos ni noticias de Don Tomás Gómez.

El inmortal Lavalleja ordena a los tres lanchones su regreso, y con la rodilla en tierra desplegando las dos banderas juran ante Dios y por la Patria libertarla del poder extranjero o perecer en la lucha.

Esperan en vano noticias de caballos, Don Manuel Lavalleja y el baqueano Cheveste se internaron en el monte y descubren un caballo de un leñatero, y enancados lo recorren y juntan como para que puedan montar también Don Atanasio Sierra con seis soldados, que juntos se dirigen a la estancia más inmediata y arrean, todos los que encuentran, a donde estaban sus compañeros.

Provistos ya de caballos salen algunos bomberos a descubrir el campo y dar noticias de lo que ocurriese, permaneciendo todo ese día ocultos en los montes. Los bomberos regresan con la noticia de que el coronel Laguna y capitán don Servando Gómez al servicio del Brasil se hallaban en la costa de San Salvador con una pequeña fuerza en observación de la costa.

Lavalleja marchó esa noche a encontrarlo, incorporando a los 33 todos los hombres que se encontraron en el tránsito y armándolos con el doble armamento que cada uno conducía.

El día 23 que ya constaba la fuerza de 50 hombres, son descubiertos por la guardia avanzada de Laguna que fue a reconocerlos y preguntar quiénes eran, y contestando es *Lavalleja*, dispararon a reunirse a los suyos y juntos volvieron al encuentro. Lavalleja envió un parlamento a Laguna pidiéndole una entrevista separados de las fuerzas, la tuvieron y no conviniendo Laguna tomar parte en la Cruzada porque no veía elementos de triunfo, Lavalleja le intimó se disponga a batirse porque lo va a cargar como su enemigo. Así lo hizo y puso en fuga a 80 hombres que tenía, tomando prisioneros la mayor parte, que como orientales se incorporaron a los patriotas. El Coronel Laguna y Capitán don Servando más tarde figuraron de Jefes en esa memorable campaña. ¡Eran orientales!!!

LOS TREINTA Y TRES DESPUES DE LLEGAR A TIERRA ORIENTAL

Relato de Atanasio Sierra

Estábamos, decía, en una situación singular. A nuestra espalda el monte, al frente el caudaloso Uruguay, sobre cuyas aguas batían los remos de las tres lanchas que se alejaban; en la playa yacían recados, frenos, armas de diferentes formas y tamaños; aquí dos o tres tercerolas allá un sable, aquí una espada, más allá un par de pistolas; ponchos por un lado, sombreros por el otro, todo mezclado aún como se

había desembarcado. Este desorden, agregado a nuestros trajes completamente sucios, rotos en varias partes y que naturalmente no guardaban la uniformidad militar, nos daba el aspecto de verdaderos bandidos.

Desde las once de la noche del 19 hasta las nueve de la mañana del 20, nuestra ansiedad fue extrema. Continuamente salíamos a la orilla del monte y aplicábamos el oído a la tierra por ver si sentíamos el trote

de los caballos que esperábamos. Lavalleja se paseaba tranquilamente al lado de un grupo de *sarandíes*, y habiéndosele acercado don Manuel Oribe y Zufriategui diciéndole que eran las seis de la mañana y no llegaba Gómez con los caballos, les respondió sonriéndose: "Puede ser que Gómez no venga porque los brasileiros lo tendrán apurado; pero Cheveste volverá, y con caballos; es capaz de sacarlos de la misma caballada de Laguna". Cuando don Tomás Gómez, acompañado de Cheveste y don Manuel Lavalleja, llegaron con los deseados caballos, hubo muchos de nosotros que se abrazaron al pescuezo de éstos dándoles besos como si fuesen sus queridas".

LA HAZAÑA LIBERTADORA DE 1825

Evocada por Lavalleja

El 19 de abril del año 25 desembarqué en la margen Oriental del Uruguay con 32 hombres que me acompañaban, costeados de mi peculio; y sin más inteligencia con los habitantes de esta Provincia, que con dos que debían esperarme con caballos, lo que no tuvo efecto por varios accidentes y sólo venía fiado

en el patriotismo de los orientales, que contribuirían a ayudarme en la empresa.

No tenía ninguna inteligencia con el gobierno de Buenos Aires, Entre Ríos, etc., para que me auxiliasen y sólo algunos ciudadanos lo hacían particularmente.

Seguí los primeros pasos de mi

empresa con todos los trabajos que ofrecía mi debilidad, hasta que el 28 hice prisionero a Don Frutos, en Monzón; quien me ofreció que si lo perdonaba me acompañaría en la empresa. Lo hice y enseguida desarmamos la fuerza que se hallaba en San José al mando del coronel Borbas.

"Fragmento de las memorias inéditas del Brigadier General Juan Antonio Lavalleja, escrita por su letra, que existen en el archivo de su nieto el señor Constantino Lavalleja". Publicadas en "Minas - Lavalleja", 1902.

JUAN A. LAVALLEJA

a su esposa Ana Monterroso

San José Mayo 2-825

Mi querida Anita. El 19 salté en tierra. El 23 atacué a D. Julián Laguna y a Servando en San Salvador. El 24 entré en Soriano. No quiero atacar a la Capilla en Mercedes por evitar un desorden en los vecinos de aquel pueblo. Continué mi marcha al interior de la campaña, y tuve noticias que D. Frutos venía en marcha de la Colonia a incorporarse a una fuerza de 300 Portugueses que cruzaban la campaña, y ésta fue cortada por nosotros.

Desatendi todas atenciones y me propuse perseguirlo día y noche y el 29 a las once de la mañana lo hice prisionero con 6 oficiales que le acompañaban y 50 y tantos soldados.

No te puedo pintar cual fue la situación de aquel hombre cuando se

vio entre mis manos: me suplicó le librara su vida; a estas expresiones me encomendó y le hice ver que no era tan ingrato como él: yo traté de sacar de ese acaso imprevisto todas las ventajas que me podían ser favorables, y lo primero fue hacerle hacer un oficio para el Coronel Borba que se hallaba en San José de guarnición para que saliera con toda su tropa y poderlo sorprender. Efectivamente logré mi intento: fueron prisioneros 150 soldados y 9 oficiales.

En fin hija me veo tan lleno de atenciones que no tengo un pequeño lugar: basta decirte que vamos con toda felicidad. Ya está reunido conmigo D. Bonifacio Calderón con 100 hombres y 200 que están en el paso del Durazno ya están a mis órdenes. Yo marché en esta misma hora que

son las 9 de la noche sobre Canelón y mañana pienso estar en el Cerrito de Montevideo. Ya no tengo nada que temer. La Provincia se ha pronunciado de un modo indecible a mi favor. En la adjunta de Oribe para La Torre van más detalladas nuestras operaciones. Yo no tengo tiempo por eso no lo hago, pero dentro de 4 días mandaré a Cheveste y te escribiré circunstanciadamente; esto mismo hazle presente a los amigos y que no les escribo por que no me es posible pues ya marcha la tropa sobre el enemigo y no puedo detenerme un solo instante. La carta de Oribe instruirá a todos. Expresiones a mi amigo D. Pascual Costa y que dentro de 6 días le diré algo de bueno. A D^{na} J.^{na} Carlos que soy su amigo. A mi hija muchos y muchos cariños y tú manda a tu eterno esposo

J.A.L.

Documento copiado del original por el Dr. Francisco A. Berra.



EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES POR JUAN MANUEL BLANES

I

La Cruzada de los Treinta y Tres Orientales es el episodio de la historia nacional que más tempranamente impresionó la sensibilidad de nuestros artistas inspirándoles obras dramáticas, composiciones poéticas y la primera tela de carácter histórico: el óleo de Josefa Palacios, natural de Colonia, que alrededor de 1854 representó en el lienzo el desembarco de los Treinta y Tres Orientales.

En 1832, cuando aún vivían la mayoría de los protagonistas, el Dr. Carlos Villademoros llevó a la escena el acto del juramento de Libertad o Muerte tomado por Lavalleja a sus compañeros en el arenal de la Agra-ciada en el amanecer del 19 de abril de 1825, juramento cuya existencia real ha sido alguna vez controvertido.

Posteriormente, en 1878, Juan Manuel Blanes, inmortalizó aquel momento en la tela titulada "El juramento de los Treinta y Tres Orientales" que inflamó el sentimiento popular al exhibirse en Montevideo y que, desde aquel entonces, identificó en el espíritu público el juramento con el desembarco y a ambos con la independencia nacional. A ello contribuyó también, en fuerte grado, "La Leyenda Patria" que meses más tarde, mayo de 1879, Juan Zorrilla de San Martín recitó al pie del monumento a la Independencia Nacional en Florida, en ocasión de su inauguración. En inspirados versos que conmovieron al público, el poeta exaltó la epopeya de los cruzados de 1825 y evocó la escena del

juramento cuya imagen había creado el pincel de Blanes.

El propio Blanes, en la *Memoria* que presentó a la "Sociedad de Ciencias y Artes" el 5 de enero de 1878, explicó la elección del momento del juramento como tema de su cuadro en los siguientes párrafos: "Había rechazado siempre la escena del desembarco, no sólo por los inconvenientes de la hora Histórica (noche) sino porque me forzaba a pantomimas y recursos que podrían comprometer la dignidad de la representación y su legibilidad. ¿Puedo decirlo? No habría llegado más que a alguna imagen que tanto parecería de héroes generosos, como de gentes de intención dudosa, pues no era posible abundar la disposición con accesorios de licencia o fantasía artística".

"La arenga o proclama que Lavalleja (el General) dirigió a sus compañeros en la mañana del desembar-

co, y a sol alto, parecía uno de los mejores episodios; pero encontré razones para no adoptarlo, porque la *conveniencia* buscada no estaba en distinguir demasiado al jefe y a los subordinados, sino en caracterizar igualmente el propósito de que estaba animada aquella colectividad de héroes, para todos los cuales el peligro era igual, como igual fue el coraje con que lo desafiaron".

"Había pensado siempre en su juramento, pero esta idea me había sido combatida muchas veces por los que no creen que haya tenido lugar ese acto en Gardizábal (actual arroyo Gutiérrez)".

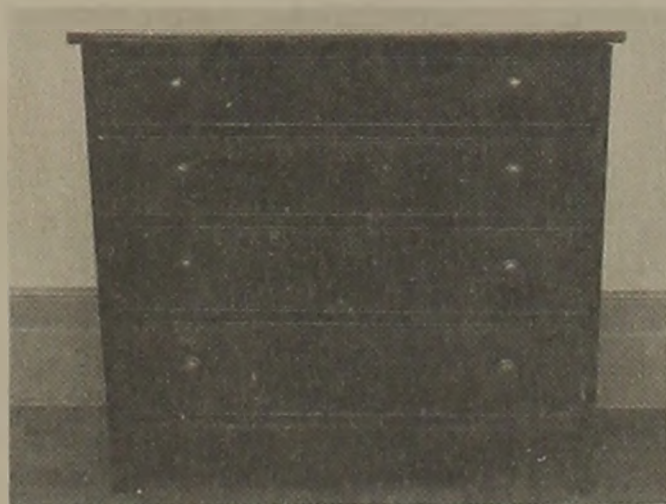
"Esta lucha se hacía cada vez más incómoda y sólo cesó cuando una voz amiga fortificó mis opiniones, con argumentos idénticos a los que me llevaban a reconocerle más nobleza al juramento que a la proclama".

"Es un principio artístico universalmente recibido, que hay verosimilitudes preferibles a muchas verdades, y me parece innecesario insistir sobre él".

"He adoptado pues la verosimilitud del juramento, porque es *bella, conveniente, buena*, esto es, hace *unidad una*, da acción é interés a todos los personajes, sin que las gradaciones de *unidad subalterna* disputen valor a la *unidad principal*".

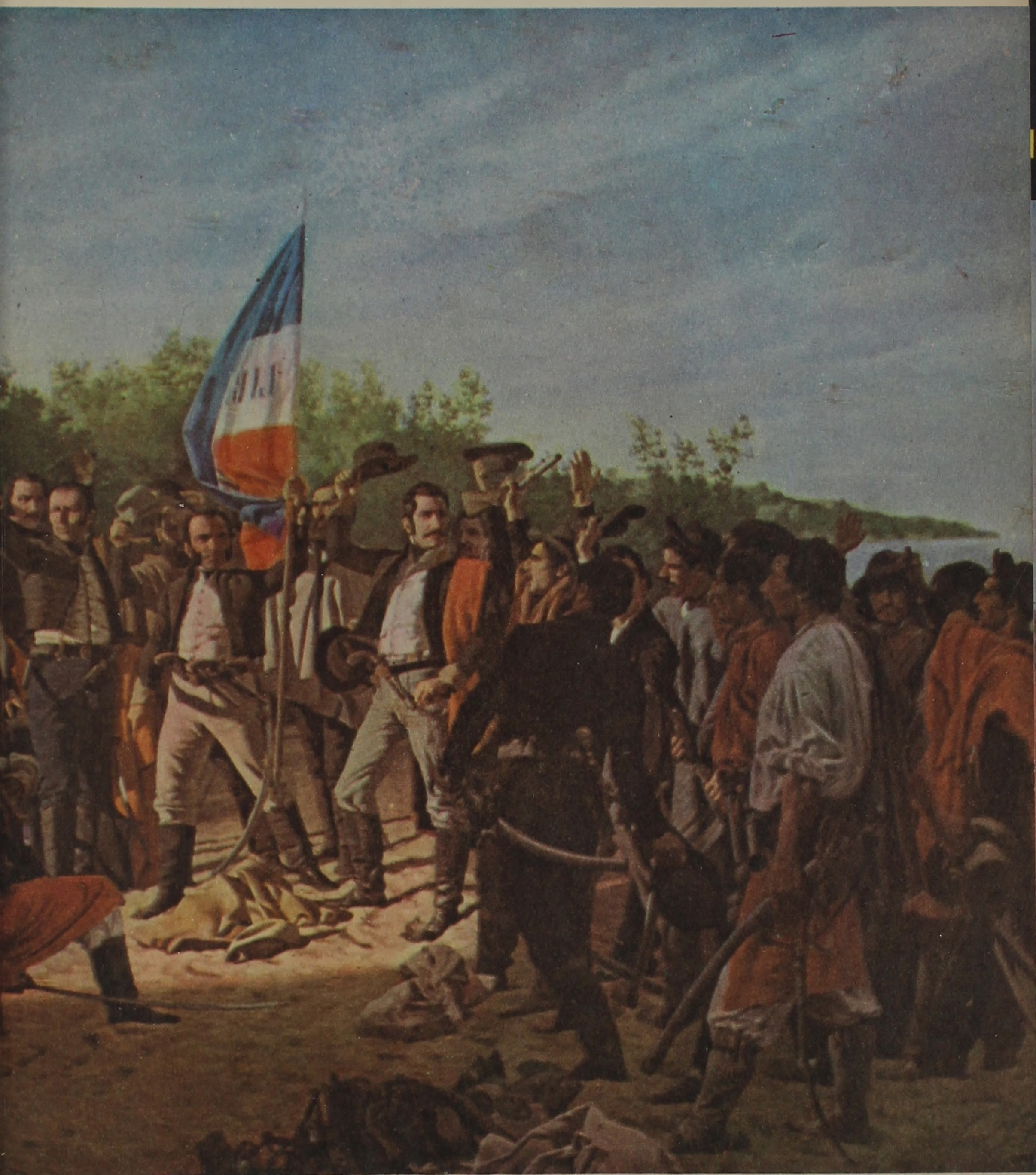
Es exacto que la Historia no ha recogido aun el documento que de manera irrefutable verifique la realización formal del hecho que rememora el óleo de Blanes, pero es evidente que la Cruzada Libertadora,

(Continúa en la pág. 18)

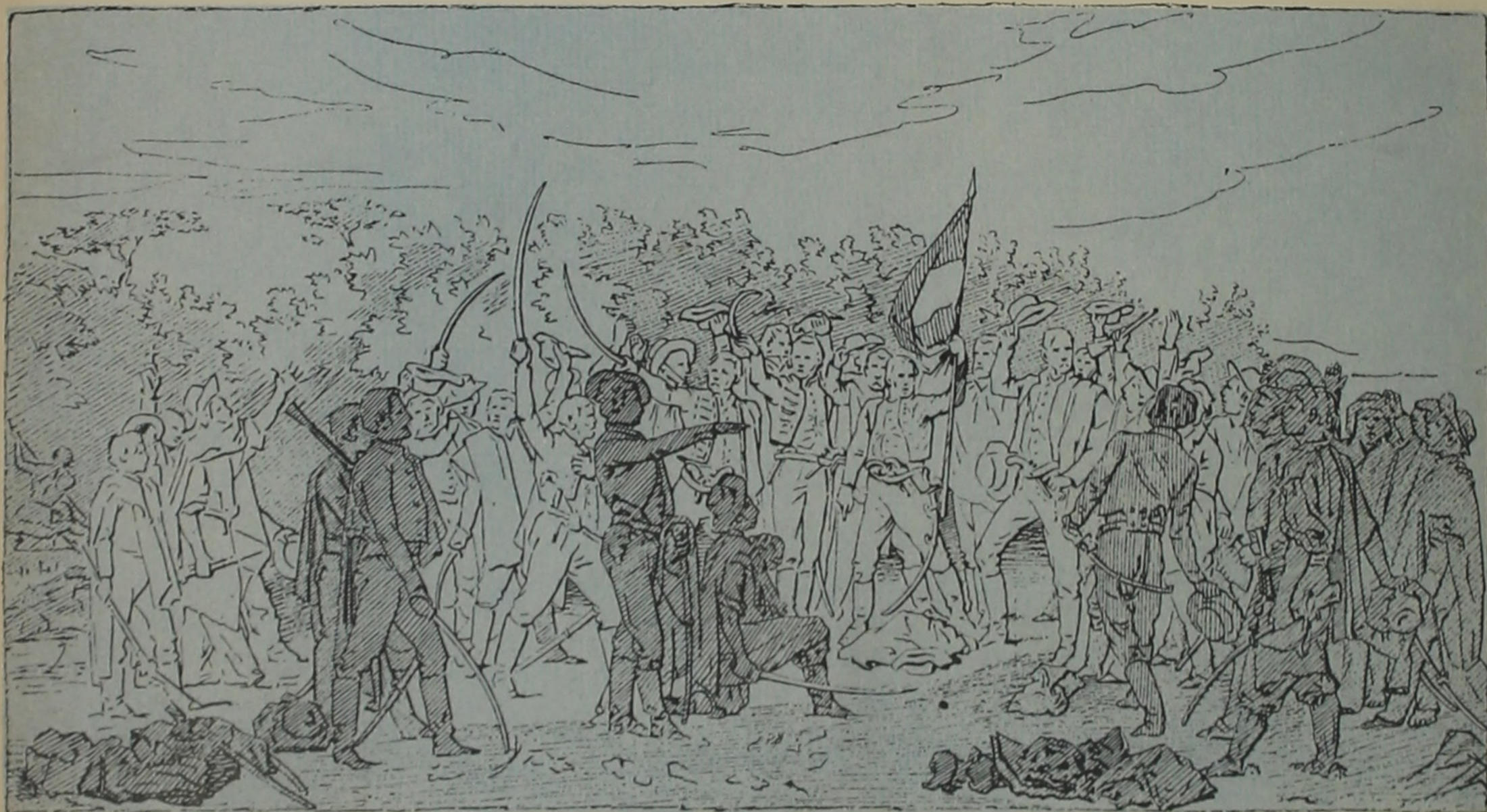


COMODA
Que perteneció a
Pedro Trápani
en la que se custodió la
documentación de
la Cruzada Libertadora de 1825
Museo Histórico Nacional
Montevideo



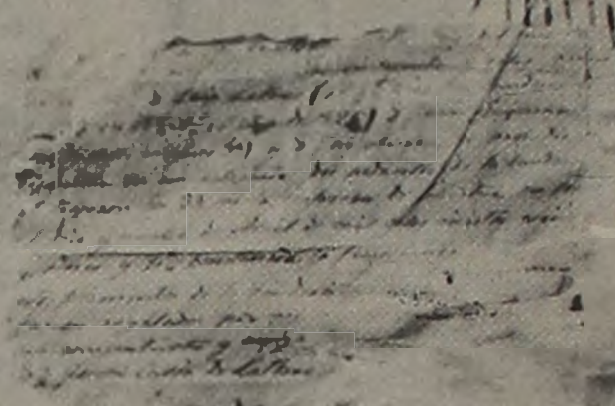


EL JURAMENTO
De los Treinta y Tres
Dibujo a pluma de Blanes



La numeración empieza a la izquierda del espectador con el número 1, y termina con la última figura del cuadro, siguiendo estrictamente el orden de colocación sin tener en cuenta la perspectiva.

1, Ignacio Núñez—2, Juan Acosta—3, Felipe Carapé—, 4, Juan Rosas— 5, Celedonio Rojas—6, Manuel Meléndez—7, Avelino Miranda—8, Agustín Velázquez—9, Manuel Freire—10, Joaquín Artigas—, 11, Gregorio Sanabria— 12, Santiago Nieves— 13, Santiago Gadea— 14, Ignacio Medina— 15, Jacinto Trápani— 16, Luciano Romero (arrodillado)— 17, Juan Spikerman—18, Pablo Zufriategui— 19, Simón del Pino— 20, Manuel Lavalleja—21, Juan Antonio Lavalleja— 22, Atanasio Sierra— 23, Manuel Oribe— 24, Andrés Spikerman— 25, Ramón Ortiz— 26, Basilio Araujo—27, Juan Ortiz—28, Pantaleón Artigas— 29, Andrés Chebeste —31, Francisco Lavalleja— 32, Dionisio Oribe— 33, Carmelo Colman.



Capital de la Republica Oriental del Uruguay

Donna Isabella d'Avola, Corone.

[illegible]

*Sp' il Sultano come non può esser mai la prece fir-
mata con un suo commesso, e che si debba appellarne per l'istesso.*

De tres fragmentos de la bandera de los Treinta y Tres realizada por Juan Spikerman en 1858.

Museo Histórico Nacional. Montevideo.



Formaban ese grupo Juan Antonio Lavalleja, Manuel Lavalleja, Manuel Oribe, Luis Ceferino de la Torre, Pablo Zufriategui, Simón del Pino, y Manuel Meléndez.

En poder de Lavalleja, designado jefe, quedó — según esta versión — el documento suscrito por aquellos patriotas. Más adelante la *Memoria* de de la Torre menciona el juramento que fue pronunciado luego del desembarco. “El 19 de abril de 1825 pisan los 33 libertadores el suelo patrio, desembarcando en el Arenal Grande y se encuentran sin caballos ni noticias de D. Tomás Gómez”.

“El inmortal Lavalleja ordena a los tres lanchones su regreso, y con la rodilla en tierra desplegando las dos banderas juran ante Dios y por la Patria libertarla del poder extranjero o perecer en la lucha”. (“Revisita del Instituto Histórico y Geográfico”. T. 19, página 316).

Juan Spikerman, otro de los Treinta y Tres, se refiere también al juramento prestado por los cruzados. Dice en sus *Memorias* que, concluido el desembarco, “Lavalleja tomó la bandera y nos dirigió una proclama llena de fuego y patriotismo a la que contestamos con el mismo ardor, jurando llevar adelante nuestra empresa de Libertad o Muerte”.

Este tipo de *Memorias*, como fuente de la Historia, debe ser tomado con cierta reserva ya que generalmente son escritas muchos años después de los sucesos a que se refieren: sin mayor rigor cronológico y sin la información documental necesaria para la precisión de la información, la que surge simplemente del recuerdo que sobre los acontecimientos conserva el autor, recuerdos desdibujados, muchas veces, por la edad o idealizados a través de los años. Sin embargo, la referencia al juramento por dos de los actores de aquella jornada, el antecedente de haberlo escenificado en su obra el Dr. Villademoros cuando vivían Lavalleja y sus compañeros, unido a la naturaleza misma de la empresa, convierten el hecho como acertadamente considera Blanes, no sólo en verosímil, sino en un acto verdadero recogido por la tradición y por las crónicas. Al artista le es lícito entonces interpretarlo plásticamente. Siendo pues verosímil y posible el juramento, Blanes consideró que se daba en él la primera condición que requiere la pintura histórica. Además, el episodio elegido satisfacía,

sin duda alguna, la segunda condición, belleza espiritual, porque es bella — dice — la verdad de los Treinta y Tres, capaz de infundir en el espectador “los encantos y el valor de las virtudes patrióticas” que él ha procurado recordar en su cuadro.

II

EL CUADRO DE BLANES

El 19 de abril de 1859 el Sargento Mayor D. Juan Spikerman donó a la señora Josefa Cavia de la Torre dos fragmentos de la bandera de los Treinta y Tres Orientales que había sido confeccionada por Luis Ceferino de la Torre labrándose un acta de la ceremonia, la que se custodia en el Museo Histórico Nacional. A la izquierda del texto de dicha acta aparece dibujada a pluma, una hoja de palma en la que se han inscripto los nombres de los integrantes de la cruzada del 19 de abril.

La letra “E” inicial del acta tiene como fondo una viñeta, también dibujada a pluma, que representa el desembarco de los Treinta y Tres. En el centro del grupo aparece Lavalleja con la bandera de los cruzados en alto flanqueado por los compañeros que en la composición forman un círculo.

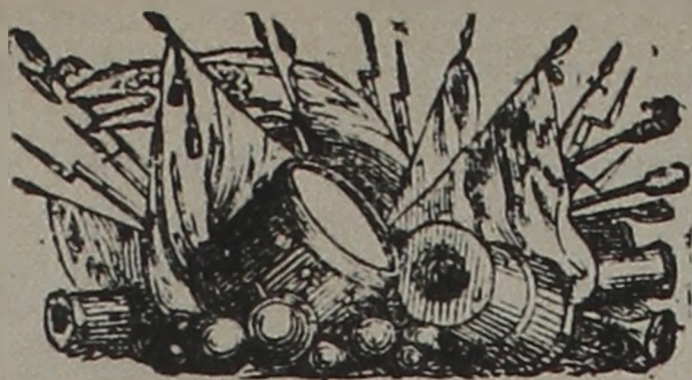
¿Quién fue el autor de este dibujo en el que aparece anticipada la idea de la composición lograda por Blanes en 1878?

Entre los firmantes del acta figuran dos nombres que podrían corresponder a su autor: Juan Manuel Besnes e Irigoyen y Juan Manuel Blanes. Nos inclinamos a creer que el dibujo es obra de Blanes lo que vendría a constituir un interesante antecedente del lienzo de 1878. Si no lo fuera su intervención, en aquel acto lo vincula ya al tema de los Treinta y Tres y pone en evidencia su interés por aquel hecho histórico y las reliquias que de él se conservan. Es probable, que en esta época haya surgido en su mente la idea de una gran tela sobre el asunto. Entre los firmantes del acta de 1859 figuran también dos de los integrantes de la cruzada lavallejista: Atanasio Sierra y Juan Spikerman, de quienes debió Blanes, seguramente, escuchar una versión animada de los hechos que impresionaron su espíritu en el que fue paulatinamente madurando

por sus singulares rasgos heroicos, fue la obra de un grupo de juramentados. Isidoro De María en su “Compendio de Historia de la República Oriental del Uruguay” (Tomo V, págs. 28-29. Montevideo. 1901), al referirse a los trabajos preparatorios de la empresa realizados en Buenos Aires, dice al respecto: “Allí contrajeron el solemne compromiso de iniciar la rendición de la Patria, obligándose bajo juramento a emprender la Cruzada Libertadora, a costa de su vida y su fortuna. Labraron un acta de ese compromiso patriótico, por lo cual aceptaban formalmente el de abordar la libertad de la Patria, ó morir en la demanda, nombrando para jefe de la empresa al Teniente Coronel Don Juan Antonio Lavalleja; agregando que si fallaba se comprometían a renovar la una y veinte veces”.

“Esa acta firmada por todos la entregaron original en el mismo instante al jefe nombrado. Lavalleja la recibió gozoso guardándola en el bolsillo. Desgraciadamente no tomaron copia de ella, y en medio de las tribulaciones del tiempo, se le perdió a Lavalleja, por cuya causa quedó la historia privada de poder consignar ese precioso documento en sus páginas”.

Isidoro De María, seguramente, tomó esta información de las *Memorias* de Luis Ceferino de la Torre, uno de los integrantes de la Cruzada, quien, luego de referirse a los trabajos preparatorios realizados en Buenos Aires y a las reuniones que un grupo de patriotas celebraban en su casa, dice que allí “firmaron espontáneamente un compromiso jurando sacrificar sus vidas en la libertad de su patria dominada por el Imperio del Brasil”.



LOS TREINTA Y TRES.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

POR EL

DOCTOR D. CARLOS G. VILLADEMOROS.

ACTORES.

D. JUAN A. LAVALLEJA... General y primer Ge-
[fe de los 33.

" MANUEL ORIBE.... }
" MANUEL LAVALLEJA } Oficiales Superiores
" PABLO ZUFRIATEGUI } de los 33.
" TOMAS GOMEZ..... vecino de la B. O. y
SU ESPOSA.

D. JACINTO TRAPANI..... Ayudante del Gene-
ral Lavalleja.

" JULIAN LAGUNA..... Coronel al servicio
del Brasil.

UN JUEZ DEL PUEBLO-de San Salvador.

UN MENSAJERO.

TROPA de los TREINTA Y TRES.

FACSIMIL DE LA PRIMERA PAGINA

De la obra de
Carlos G. Villademoros sobre
la cruzada de los Treinta y Tres.

Publicado en 1835 en
"El Parnaso Oriental"

la idea de la obra. Años después, en agosto de 1865, Blanes escribió a Andrés Lamas sobre la posibilidad de hacer el cuadro en términos tales que permiten deducir que esa intención desde tiempo atrás animaba al pintor y era conocida por algunos compatriotas. "A propósito de cuadros de historia, expresa Blanes, y con motivo de mejoras que el Gobierno hace aquí en la casa de gobierno, el Sr. Juan Ramón Gómez

tuvo la feliz ocurrencia de hablarme sobre la oportunidad de hacer el cuadro sobre el desembarco de los 33 patriotas. Esta idea que para usted no es nueva por cierto, halagó no ya mis deseos de sacudir la mezquindad y las penas de mi vida material, pero sí el deseo de mostrarme en cuanto me considero capaz como pintor de historia, para alcanzar algo más de lo que se me acuerda como retratista, como le llaman a uno por

aquí". Sobre este proyecto de 1865, no realizado entonces, Blanes agrega: "Hice un boceto que se me pidió, y me presté a hacerlo sin conocimiento del lugar del desembarco para mostrar una composición solamente...".

En 1865 fracasó la gestión con el gobierno pero Blanes siguió alentando su proyecto y en 1875 se puso a la tarea de pintar el "Juramento de los Treinta y Tres Orientales".

Comenzó por estudiar sobre el terreno el lugar en que se desarrolló la acción visitando en la madrugada del 19 de abril de aquel año la playa de la Agraciada, para apreciar el mismo paisaje que sirvió de escenario al acto que iba a evocar con sus pinceles, en las condiciones más análogas a las que pudieron darse en la mañana del 19 de abril de 1825 a fin de ambientar de ese modo el solemne episodio con elementos de la realidad.

La obligación de ser veraz se la imponía su concepto de que el cuadro histórico, además de apoyarse sobre una verdad bella, debe dar una justa representación del hecho que interpreta.

En la Memoria de la "Sociedad Ciencias y Artes" ya mencionada, Blanes explicó cómo entendió que debía componer su tela sin perder de vista otra de las exigencias de la pintura histórica, la de recrear el pasado provocando emociones con imágenes que no desagraden, lo que él denomina "belleza óptica".

Esta exposición de Blanes, explicativa de su cuadro, es particularmente interesante no sólo por lo que puede servir para la comprensión de la obra en sí, sino principalmente porque ilustra de una manera acabada, sobre el pensamiento pictórico del artista y sus concepciones en materia plástica.

"Cuando he dicho que el intento de un cuadro de historia nacional era en mí una inclinación, he querido decir que, tratando de encontrar lo que a mi propósito conviniera, (y este propósito era el cuadro de los Treinta y Tres), he tenido que ocuparme incesantemente en darme cuenta clara del asunto por los medios á mi alcance, hasta penetrar, si puedo decirlo así, en el espíritu que reinó en la escena real, cuya interpretación intentaba. Debía, pues, ahorrarme vacilaciones en la tela, y para consignar en ella un pensamiento ordenado se hacía necesario haber entendido ya el asunto,

Opone, diestro, el invencible brazo;
 Aquesto nos salvó; y al fin nos vemos
 En el seguro puerto, deseado,
 Adonde yo el primero conducido,
 Mi grata voz al eternal levanto.
 Pronto aquí llegarán mis compañeros
 Y pronto Gomez, el fraterno abrazo,
 De ellos recibireis... :-.....

ESCENA 4.ª

Al finalizar D. MANUEL LAVALLEJA estas expresiones se hará sentir un pequeño ruido y LAVALLEJA y GOMEZ verán ya en tierra á todos, los que mientras el hablaba venían remando acia la costa. Al verlos D. MANUEL LAVALLEJA dirá á GOMEZ.

LAVALLEJA (D. MANUEL.)

Helos amigo.

GOMEZ;

Oh Dios! venero tus decretos altos!

D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA es el último que salta en tierra con una bandera tricolor en la mano izquierda, y en el momento incando una rodilla, pronunciará la invocacion siguiente. El acto de incarse lo imitan todos,

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Salve Patria infeliz! mi Patria amada!

Fragmento de la obra teatral
 de Villademoros que hubo de
 representarse en 1832

y haber previsto todos los efectos. Con tanta mayor razón he debido cuidar mis reflexiones, cuanto he reconocido, siempre ser el asunto superior á mis fuerzas”.

“La claridad, la simplicidad, la unidad, los episodios, el traje y el modo, esto es, la precisión, la economía, la armonía, el interés y el aspecto, debían tener la palabra en la composición, para llegar a una verdad inteligible y óptica”.

“Creí, pues, que la composición debía apoyarse en la idea verosímil y hasta probable, de que la disciplina particular, voluntaria, y tolerada en sus descuidos, y que habría de tomar forma militar cuando hubieran de producirse Rincón, Sarandí, Cerro, etc.”.

“Así es que para mi composición, no es visto más que un grupo de amigos abnegados, resueltos, valientes, y sirviéndome de una frase de

Sarmiento empleada a mi propósito, “me he hecho cómplice en la escena”, y nos hemos acomodado como Dios quiere en derredor de la bandera cuyo triunfo proclamamos y juramos”.

“La verosimilitud me ha hecho adoptar este como *Dios quiere* para componer la representación de ese acto, que nació sin duda, de la confianza en el valor y la justicia de la causa, más que de la confianza en el aparato”.

“El partido tomado tenía dificultades, porque era necesario evitar la monotonía, el demasiado acomodo, el demasiado descuido; no sé, señores, si he logrado triunfar de estas dificultades”.

“Cuestión previa para el concepto de esta composición, la *línea dominante* debía escogerse, y he preferido la horizontal porque convenía á la exposición de treinta y tres figuras que no debían hacer hileras”.

Más adelante dice que todas las figuras representadas concurrían a un solo objeto y habiéndose propuesto una escena que pudiera ser abarcada por la vista en toda su extensión dio, a la agrupación general, una “intención circular bastante marcada”.

Luego continúa: “Me he esforzado por alcanzar los caracteres generales de la humanidad para leerlos a través de un grupo de patriotas uruguayos; y si la representación no brilla por lo chispeante, no se excede en las afectaciones, que son contrarias a la convicción, que comprometen la gravedad, que desvirtúan el pensamiento representado: así, más que una imprudente altanería, pensé que conviniese la naturalidad y la dignidad”.

“He tratado de ser preciso, cuidando que la perspectiva, llave de la representación óptica, me diese el resultado apetecido, sin precipitar la degradación de los tonos y las líneas, recurso que no responde a la ocultación del arte, y que pertenece a la categoría de lo afectado y lo amanerado. Si la imagen hubiera de llegar sólo a los sentidos, esa manera y esa afectación tendrían el interés que despiertan cuando se ha de juzgar una pintura con la vista solamente. Dirigiéndose conjuntamente al sentido y a la inteligencia, la pintura obra como el espejo en condiciones de arte imitador, y en condiciones de arte liberal; pero no sé señores, si he podido romper el círculo de la

Al fin toco tus costas oprimidas
Y el Dios eterno, de las almas dueño
Aquí, en mi pecho renovar las iras
Y la venganza ve que atrajo dora
Del Lusitano la ofresion impia!
Salve! mil veces salve! helos tus hijos,
Tus hijos sí, de la mancion querida,
Dó la abundancia grata los rodeaba,
Profugo, ay! y en la miseria mira,
Mira el fiero mortifero, en su mano,
Precursor del estrago y de la ruina,
Mira el fiero sembrante, en que la rabia,
La sangre, anuncia que veras vertida.
Sangre del invasor! Sangre que piden
Las sacras sombras, de la tumba fria,
Dó el furor de la guerra, las lanzara
De dó al furor y á la venganza, incitan.
Venganza sin piedad! amigos todos,
Tenden la espada y á la faz benigna,
Del Dios de los mortales hoy juremos
No gozar de quietud, sino concluida
La raza infame, que al Oiente libre,
De esclavo el nombre, vergonzoso, fija.

Todos.

Lo juramos.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Señor! El juramento

Acepta, que prestamos y castiga
Con el rigor de tu potente diestra,
Al que cobarde, de llenar desista,

EL JURAMENTO

Lavalleja toma juramento
a los cruzados

quimera con mis desvelos, por hacer de la representación alguna belleza óptica, y alguna verdad intelectual".

Declara luego que ha desterrado de la representación todo lo que pareciese jactancioso y audaz en los personajes atendiendo más bien a la sencillez de algunos. "He huído, expresa, servir con el gesto la vanidad ciega, porque no he pensado, ni remotamente, llegar a superar a nadie por medio de exageraciones impru-

dentes. Sólo he procurado tentar un fin, no para los iniciados en el arte, sino para hacer comprensible el espectáculo, que debe hablar a todos los hombres".

"Los aficionados a los hallazgos de taller y de Academias cuya admiración y alabanzas quisiera conquistar y merecer, han de encontrar muy poco que aplaudir en esta tela".

"Entre las faltas que pueda haber incurrido a algunos ojos, no pare-

cería la más perdonable la manera como he usado el retrato..." "el dominio de la historia para el pintor se distingue mucho de el del retrato, porque la acción y las pasiones le sacan fuera del retrato ordinario para servir signos especiales: así es que en el caso del cuadro de los Treinta y Tres la representación conveniente de la edad y la expresión, me ha impuesto algunas modificaciones".

En otro pasaje justifica el vestuario con el que presentó a sus personajes: "Los vestidos sirven la memoria de la época, y no he creído deber abandonarlos por más que el arte prescriba límites para su uso y limite la extensión de su exacta imitación. No creo que particularidades que estima reconocer históricas y nacionales, no pueden decorar con dignidad el sujeto, por la sola razón de que el traje no sea el principal placer que ha de producir la pintura. No lo creo, además, porque si hay en el arte, como los hay realmente, asuntos históricos de traje consagrado, el de los patriotas del año 25 debe consagrarse en el Uruguay para las imágenes históricas de aquellos días".

El dibujo y el claroscuro como medios de realizar la pintura fueron utilizados, según Blanes, de acuerdo a las necesidades de la representación. En cuanto al colorido declara que era para él "el medio más peligroso de este cuadro, por lo descuidado del acto casi reclamaba un tema ruidoso de color, que, por otra parte se armonizaría mal con la nobleza de la acción y la severidad del propósito".

"En esta parte — agrega — me he limitado a hacer de manera que el espectador no dude de la cualidad de los objetos, y no he pensado en ostentar energías fuera de oportunidad, ni coloraciones extrañas. La variedad sola no ha evitado repeticiones inmediatas de color, y no dudo, señores, que procediendo así, *dejaré acaso muchos gustos por satisfacer*".

Blanes termina esta parte de su exposición refiriéndose a lo que él llama "el toque" que declara ser en este cuadro el característico de sus pinturas. "No es mi toque seguro como el de Ribera, gracioso y sabio como el de Rembrandt, ni osado como el de Rubens. Tocando, estudio más que no aventuro, y fio menos que no temo".

En un punto distante, donde importa
Que, con valor y actividad, se espida.

(Dando la lista al marinero)

Ahora, tomadla, y marcha.

LISTA.

CLASES Y NOMBRES.

<i>General,</i>	<i>Soldados,</i>
D. Juan Antonio Lavalleja	Avelino Miranda
<i>Jefes,</i>	Celedonio Rojas
D. Manuel Oribe	Andrés Araguetti
" Pablo Zufriategui	Juan Ortiz
" Manuel Lavalleja	Carmelo Colman
" Manuel Freire	Ramón Ortiz
" Simón del Pino	Dionicio Oribe
" Basilio Araújo.	Juan Rosas
<i>Oficiales,</i>	Felipe Carapé
D. Santiago Gadea	Francisco Lavalleja
" Atanacio Sierra	Joaquín Artigas
" Jacinto Trapani	Juan Acosta
" Gregorio Sanabria	Santiago Ni va
" Manuel Melendes	Ignacio Nuñez
" Pantaleón Artigas	Andrés Cheveste
" Juan Piquimán	Luciano Romero
" Andrés Piquimán.	Agustín Velásquez
	Ignacio Medina.

El marinero luego que toma la lista, se embarca precipitadamente y empieza a alejarse de la costa, remando. Luego que Lavalleja lo ve distante dirige a Gómez la palabra.

LISTA DE LOS
TREINTA Y TRES
Que figura en la obra de
Villademoros

III

DESCRIPCION E IDENTIFICACION DE LOS PERSONAJES

La tela de Juan Manuel Blanes suscitó en el Río de la Plata, desde el momento en que fue conocida, juicios y comentarios entusiastas y admirativos que consagraron el talento del pintor. La obra llegó rápidamente al alma popular por su extraordinaria expresividad, por la signifi-

cación histórica del episodio, y, también, por el acierto y la oportunidad de las publicaciones que divulgaron detalles que ayudaban a interpretarla. Entre éstas debe mencionarse la relación de los personajes representados en la escena del juramento y el croquis correspondiente que se publicó en un folleto, como complemento de la "Memoria sobre el cuadro del juramento de los 33" antes citada, y que circuló en la época,

profusamente. El croquis permitió identificar a cada uno de los personajes, de acuerdo a la nómina tomada de una de las listas de los Treinta y Tres tomada en la época como verdadera y a la siguiente explicación que lo acompañaba: "La numeración empieza a la izquierda del espectador con el número 1, y termina con la última figura del cuadro, siguiendo estrictamente el orden de colocación sin tener en cuenta la perspectiva".

El Dr. Francisco A. Berra, eminente pedagogo, autor de numerosas obras didácticas, entre otras, el controvertido "Bosquejo Histórico", poseedor del don especial de desarrollar con prolija exactitud los temas que trataba, en un estudio crítico publicado en "El Siglo", en enero de 1878, realizó una minuciosa descripción de la tela de Blanes. La rigurosidad con que Berra realizó su tarea difícilmente puede ser superada, en cuya virtud se reproduce seguidamente el pasaje sustancial del capítulo descriptivo del mencionado estudio.

"El lienzo — expresa el Dr. Berra — representa, en un campo de 6 metros de longitud y 3,25 de alto, el lugar donde desembarcaron los Treinta y Tres. Se ven en perspectiva primeramente la playa arenosa, cuyo colorido es tomado del natural; a corta distancia, hacia el fondo, y en línea horizontal, que toma casi todo el largo del cuadro, el bosquecillo de mata-ojos, higuerones y ceibos, sobre cuyas copas se extienden un cielo azul cruzado por blanquecinas nubes. A la derecha del espectador, casi perpendicularmente al plano general, corre el Uruguay, del que ve la orilla izquierda que forma la curva entrante de la Agraciada; y a la izquierda aparece la desembocadura del Gardiáabal. El sol, que ilumina el campo de trecho en trecho, por los claros que los árboles dejan, se levanta a pocos grados del horizonte, y sus rayos caen en ángulo agudo, tomando paralelamente la línea del indicado bosque".

"Una de las tres embarcaciones que condujeron la expedición empieza a alejarse del arroyo en dirección a la margen entrerriana del Uruguay; y los Treinta y Tres, abandonados a su suerte, ocupan la playa, en tamaño natural, formando un grupo sin orden, en línea horizontal irregularmente convexa hacia el fondo, y a penas subdividido en tres:

uno central, en que figuran D. Juan Antonio Lavalleja; a su derecha, y en plano sucesivos, D. Manuel, su hermano, del Pino, Zufriategui, D. Juan Spikerman, Romero, Trápani, Medina, Gadea, Nievas, Sanabria, Joaquín Artigas, Freire, Velásquez, Miranda, Meléndez y Rojas; y a su izquierda, Sierra, D. Manuel Oribe, D. Andrés Spikerman, D. Ramón Ortiz, Araújo y D. Juan Ortiz. El grupo que queda al oriente consta de Rojas, Carapé, Acosta y Núñez; y en el occidental están situados Pantaleón Artigas, Areguati, el baqueano Cheveste, Francisco Lavalleja, Dionisio Oribe y Colmán”.

“De pie, como casi todas las figuras, y atrayendo así la atención de sus compañeros, está hacia el centro de los grupos el retrato del jefe de los cruzados, entonces coronel D. Juan Antonio Lavalleja, de baja estatura y de cuerpo robusto. Viste pantalón blanco, que entra en las cañas de las botas, chaleco cerrado del mismo color, casaquilla negra con cuellos y puños amarillos. Está armado de espada, cuyo cinturón de cuero sostiene dos pistolas. Con la mano izquierda levanta una de las banderas tricolores, y con la derecha señala el suelo, en que están su poncho de viajero y su sombrero. Su fisonomía, un tanto enérgica, y su actitud toda, es la del hombre que acaba de jurar solemnemente hacer triunfar la idea escrita en la insignia que su brazo hizo tremolar el primero, o morir por ella en el suelo que pisa”.

“A su derecha y a su izquierda le acompañan los Sargentos Mayores don Pablo Zufriategui y don Manuel Oribe, brillantes figuras en el lienzo, que no menos lo fueron en el desenvolvimiento de la inmortal empresa. El primero, de porte bizarro, lleva chaqueta con alamares, cuya abertura deja ver el chaleco blanco que cae sobre el pantalón de un bello azul turquí. Tiene, como Lavalleja, dos pistolas en la cintura; pende de su brazo izquierdo un poncho liviano, y la mano derecha, con que empuña la espada, así como la vista, se dirigen hacia el Oriente, por donde el sol testigo de su juramento, empieza a subir siguiendo su eterna carrera. El segundo, alto, delgado, joven, de distinguida apostura, vestido de chaqueta con vueltas amarillas y chaleco blanco y alto, y pantalón mezclilla, apoya la mano izquierda en el puño de la espada y levanta la



derecha, con que tiene el sombrero, en actitud de responder en voz elevada y entusiasta al juramento de su jefe.

“A la derecha de Zufriategui, casi a los pies de Lavalleja, está Luciano Romero, joven paisano campesino, de cuerpo flexible, vestido de poncho recogido sobre los hombros, remangada la manga de la camisa, mantilla roja, blanco calzoncillo y botas sobre él. Carga trabuco en la cintura, levanta la cabeza dirigiéndola al protagonista de la campaña y tiene el sombrero echado a la nuca, la rodilla izquierda sobre la arena, la mano del mismo lado sobre el pecho y la espada desnuda en la derecha. La difícil e intencionada actitud de esta figura, que hace valioso contraste con la de Lavalleja, al que salva de la subordinación física a que naturalmente lo condenan las esbeltas figuras de Oribe y Zufriategui, revela un corazón animado por entusiasta patriotismo, a la vez que un espíritu confiado en el director de la campaña y de voluntad resuelta”.

“Jacinto Trápani, Santiago Gadea y Gregorio Sanabria siguen a Romero por la derecha. El primero, robusto, de expresión entera y grave, chaqueta negra, chaleco marrón, pantalón mezclilla, poncho sobre el

hombro izquierdo, sombrero en la mano correspondiente y dos pistolas en la cintura, mira hacia el Norte, al interior del país, y señala a él con la espada que tiende horizontalmente con la mano derecha, presentando su frente al espectador, como Zufriategui. Sanabria se dirige al lado opuesto con la cabeza descubierta, chaqueta oscura, cuyo bolsillo derecho deja ver un pañuelo de seda, chaleco, cotonía rayada y pantalón claro; la mano izquierda enérgicamente apoyada en el pecho, la derecha levantada con la espada. Su aire, acentuado por el poncho que le cae desde el hombro diestro, es el del hombre arrojado que de los primeros y con honra, cayó en la acción de Sarandí. Pero la figura que entre los tres trae con más vigor la atención del curioso, es la de Gadea, situada en medio de las de Trápani y Sanabria, pero en el primer plano. Corpulento en lo alto y lo grueso, color cobrizo, cabello crespo y abundante, mirada torva, fisonomía un tanto sombría, sombrero echado sobre el lado y ojo izquierdos, traje exterior negro, chaleco azul, pañuelo rojo, saliente del bolsillo del pantalón, trabuco en la cintura, sable vestido en la mano izquierda, poncho en el mismo brazo, y la mano derecha extendida en línea horizontal en dirección al centro del grupo que describo, tales son los rasgos principales de este retrato, cuyo conjunto denuncia con claridad al bravo, independiente, impetuoso y alardeador”.

“Más a la derecha del cuadro, y terminando por esta parte los primeros planos del grupo central, aparecen: Freire, vestido de chaqueta y pantalón negros, chaleco blanco y poncho de invierno que pende con negligencia del hombro derecho, la espada en una mano y el sombrero en la otra; y Meléndez joven de buena postura, de traje negro, cabeza descubierta, y en actitud de pronunciar el juramento, a la vez que con la punta de la espada traza una cruz en la arena, en señal de la firmeza de su compromiso. Hacia el extremo opuesto del grupo ocupa el primer plan Basilio Araújo que, de espaldas al espectador, con la mano izquierda en la empuñadura de la espada y el sombrero en la derecha, indica la acción de expresar su voto con toda la fuerza de su voz. Con no menos expansión se pronuncia Ramón Ortiz, personaje rústico, vo-



luminoso, bien mantenido, con el aspecto de un buen hombre, muy accesible a los sentimientos patrióticos, que acompaña su estruendosa aclamación con los sacudimientos de los dos brazos levantados en todo lo largo que tienen sobre su cabeza, con una de cuyas manos agita la tercera destinada a multiplicar sus abundantes fuerzas”.

“Detrás de los personajes que componen este grupo, más o menos ocultos por ellos, y ocupando los planos posteriores, aparecen de derecha a izquierda del cuadro: Celedonio Rojas; Avelino Miranda; Agustín Velázquez; Joaquín Artigas; Santiago Nievas, que levanta la mano derecha con los dedos pulgar e índice dispuestos en forma de cruz, en ademán de jurar; Ignacio Medina, joven paisano del campo, que manifiesta con una franca risa el contento que le domina; Juan Spikerman; Simón del Pino; Manuel Lavalleja (detrás de su hermano); Atanasio Sierra, rostro sereno y continente noble, embellecido por un poncho blanco de fajas celestes, cuyos colores cambian vivacidad y gracia con los vecinos del ropaje de Oribe y Lavalleja; Andrés Spikerman, y finalmente, Juan Ortiz”.

“Acosta y Rosas aparecen en el grupo de la derecha del cuadro, detrás de Núñez y Carapé. El segundo está poco visible. El primero revela su condición y sus creencias, con las botas de potro que cubren sus pies y con el rosario y la cruz que levanta al tiempo de jurar. Núñez, joven de aspecto simpático, vestido con chaqueta, pantalón y poncho azules, mira hacia el centro de la escena, sin entusiasmo ni temor, casi impassible, sin dar señales de otro sentimiento que, acaso, el de la curiosidad, como si no entendiera bien la significación política y moral del acto en que figura. Carapé forma contraste con Núñez. De proporciones desarrolladas, de condición humilde y de costumbres agrestes, como lo indican su camiseta colorada flotante, la mantilla celeste que envuelve sus muslos, los calzoncillos largos, blancos y planchados, las botas de potro que le cubren los pies y el poncho de verano recogido por delante y echado para atrás por ambos lados de la cabeza, cuya corona cubre apenas un sombrero mal ajustado al volumen de su cráneo; acostumbrado, además, a recibir francamente el influjo de los hechos que de algún



modo pueden interesar los sentimientos vírgenes, Carapé oye la voz del que lo ha de dirigir en la lucha por la independencia, se entusiasma y a su vez grita, aumentando la energía de su expresión con el movimiento del brazo izquierdo que levanta casi hasta las nubes”.

“En el grupo más cercano a la orilla del Uruguay, a la izquierda de Lavalleja y Oribe, ocupan el primer plan Colman y Cheveste. Aquél, cubierto por un poncho de paño azul, pantalón del mismo color y botas de potro, imita el ejemplo de sus compañeros, con la invocación de la cruz, que señala con los dedos de la mano derecha. Detrás de él está el moreno Dionisio Oribe; en seguida, hacia el tercer plan, Francisco Lavalleja, arquetipo sin segundo de las representaciones de las razas indígenas ya extinguidas que poblaron las islas del Uruguay, que presencia la escena fríamente, porque no la comprende; y hacia el centro, Pantaleón Artigas, en ademán de desenvainar la espada, Andrés Areguati. Chebeste hace parte de este grupo, pero el artista lo coloca en primer término, un tanto destacado, como para exhibirlo distintamente. Este individuo fue la inteligencia geográfica de los Treinta y Tres, por los extensos y minuciosos conocimientos que tuvo del terreno en que debía desarrollarse la acción revolucionaria. Fue, por eso, parte del alma que animó a los revolucionarios en el curso de su empresa, y el pintor ha querido asegurar la inmortalidad de su memoria supliendo lo oscuro del nombre con que fué conocido el héroe, por la acumulación en él de todos los méritos de que es capaz el talento artístico. Chebeste no tiene la pureza típica que se aplaude en Francisco Lavalleja, corre por sus venas alguna gota de sangre extranjera, pero es perfectamente lo que hoy llamamos un tipo criollo. Su traje lo constituyen la camisa, que deja desnudo

el antebrazo; un pañal colorado, sobre el cual descende desde la cintura el culero característico de nuestros hombres de campo, no contagiados por los caprichos de la moda europea; el calzoncillo blanco, metido en botas de potro, largas; poncho arrollado sobre el hombro derecho y sombrero de paja alto, con una pluma de pavo real en la cinta, en la mano, del mismo lado que está extendida para abajo y hacia atrás, por un acto reflejo de los sentimientos que lo dominan. Además, lleva en los pies espuelas de hierro, de domador; rebenque pendiente de un dedo de la mano izquierda, con la cual toma el sable por su parte media; manea que cuelga de la empuñadura de esta arma, haciendo de dragona, y trabuco y boleadoras por delante, sujetas en la cintura. Inútil sería empeñarme en explicar qué es lo que siente Chebeste. Su cara tiene una expresión indefinible: parece que la audacia, la astucia, el sarcasmo, la travesura, el cinismo, esto y mucho más, asoman a aquel rostro, y se mezclan para formar un complejo sin nombre, a manera de los rayos de mil colores dispersos, que por la acción de un lente convergen en un foco para resolverse en un compuesto que es a la vez idéntico y distinto de los elementos”.

IV

TRASCENDENCIA DE “EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES”

La Revolución Libertadora de 1825 y el episodio protagonizado por los Treinta y Tres Orientales que le dio comienzo, se incorporaron a la conciencia nacional, como etapa fundamental de nuestra Historia, antes que el período de la Patria Vieja, que tuvo por figura central al Jefe de los Orientales y fundador de la nacionalidad D. José Gervasio Artigas. El artiguismo, y todo lo que él representó en nuestra formación histórica, necesitó primero que una vasta labor crítica y polémica desarraigara las versiones calumniosas que lo habían deformado.

La hazaña de los Treinta y Tres, por el contrario, no fue discutida. La audacia del episodio; la trascendencia del movimiento libertador

LOS TREINTA Y TRES HEROES.

que fundaron la libertad e independencia del ESTADO ORIENTAL
del URUGUAY en 19 de Abril de 1825.

GENERAL.

El Teniente Coronel. D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

idem. D. Manuel Oribe.

Mayores. { D. Pablo Zufreátegui.
D. Simón del Pino.

Capitanes. { D. Manuel Freire.
D. Manuel Laballeja.
D. Jacinto Trapani.

Alfereces. { D. Atanasio Sierra.
D. Pantaleón Arugas.
D. Manuel Meléndez.

Vecinos. { D. Gregorio Sanabria.
D. Santiago Gadea.

Sargentos. { Juan Piquiman.
N. Areguati.

Cabos. { Avelino Miranda.
N. Velasco, muerto en ITUZAINGO.

Soldados. { Ramon Ortiz.
Juan Ortiz.
Andrés Piquiman.
Carmelo Colman.
Santiago Nievas.
Miguel Martínez.
Juan Rosas.
Tiburcio Gómez.
Matías Gómez.
Juan Acosta.
Luciano Romero.
Juan Arteaga.....idem.
José Medina.....idem.
N. Carapè.

Baqueano. Andrés Cheveste.

Neg. Esclavos. { Dionisio Oribe.
Joaquín Artigas.

que condujo a la independencia; la intrepidez de los actores; los contornos románticos del hecho glosados por los escritores del Río de la Plata desde que él se produjo, le ganaron, desde un principio, un lugar en el sentimiento y en la admiración popular. Trasmitido de una generación a otra por la versión tradicional; recogido en sus detalles en las *Memorias* y crónicas de los mismos actores que en la década del 60 comenzaron a salir a luz, el episodio del desembarco de los Treinta Tres Orientales fue narrado por primera vez, con destino a los escolares de la República en el "Bosquejo Histórico" de Francisco A. Berra, cuya primera edición se publicó en 1866.

Los homenajes propuestos en el parlamento a los integrantes de la cruzada en distintas ocasiones; los que a su turno se fueron tributando a los integrantes del grupo que adquirieron mayor notoriedad por haber sobrevivido a sus compañeros; los trabajos realizados para localizar el sitio donde se produjo el desembarco; la evocación anual del episodio en las columnas de la prensa, ponen de manifiesto la vigencia del hecho; su arraigo profundo en la conciencia nacional. Ese fue el sentimiento que Blanes quiso recoger en su obra y a la verdad que lo logró plenamente. Pocas veces una obra de arte provocó en nuestro me-

dio, ni antes ni después, manifestaciones tan singulares como las que suscitó "El Juramento de los Treinta y Tres", desde que fue expuesto en el taller del artista en enero de 1878.

El pueblo en sus expresiones de homenaje exaltaba dos cosas: el heroísmo de los cruzados y el genio pictórico de Blanes que sacudió el espíritu nacional, que inspiró a los poetas, que arrancó páginas y comentarios de valor crítico y literario, que suscitó estudios y contribuciones de índole histórica en torno al memorable episodio.

La tela fue llevada en triunfo a la ciudad de Buenos Aires, la consagración tuvo entonces carácter rioplatense. Blanes sintió profundamente el alcance del reconocimiento provocado por su obra y la donó al Estado. El episodio histórico en ella representado era parte inseparable de la Historia del país y el lienzo por él trazado debía formar parte del patrimonio nacional por entrega directa de su autor que entendió que no podía recibir por ello ninguna recompensa material.

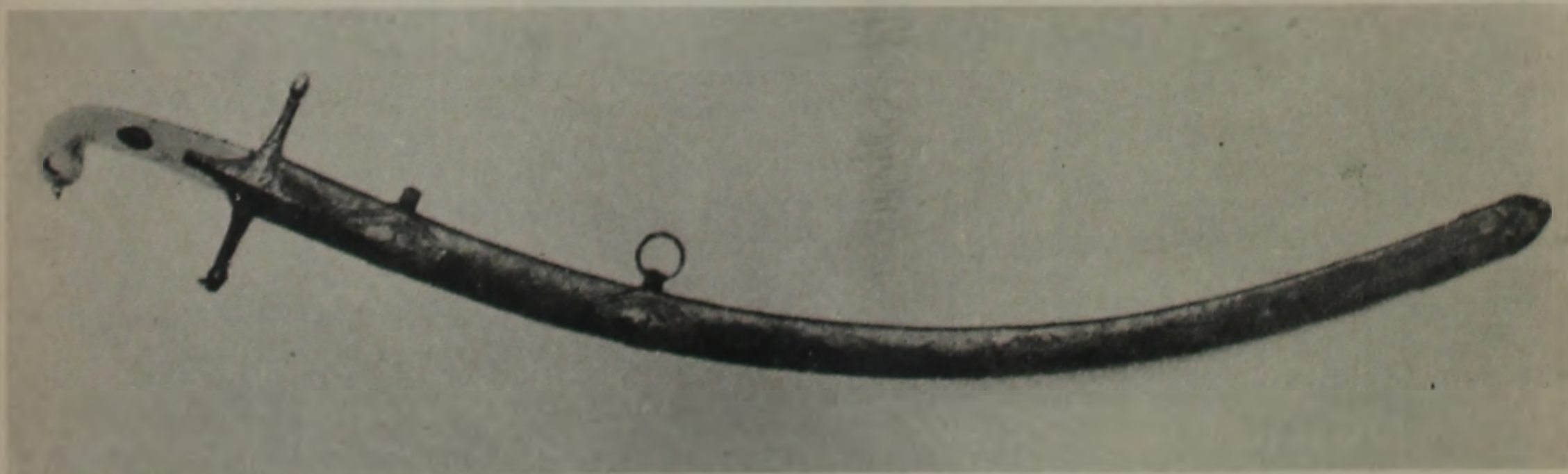
Desde entonces el cuadro es propiedad del Gobierno de la República que lo destinó sucesivamente a ocupar un lugar de honor en sus organismos oficiales hasta que, con carácter definitivo preside una sala del Museo Nacional de Bellas Artes don-

de se halla desde el año 1911. La tela es objeto en estos momentos de trabajos de restauración.

Por la contemplación directa de la tela de Blanes el pueblo ha penetrado en el espíritu de este acontecimiento fundamental de nuestra Historia. La obra se ha universalizado en los planos más diversos a través de toda clase de reproducciones. Primero en grabados lineales a una sola tinta; después en fototipias; más tarde mediante reproducciones en colores que decoraron los muros de las aulas de las Escuelas en todo el país; en los cromos que ilustraron los manuales de Historia Patria, las portadas de los cuadernos y álbumes escolares, las carátulas de las revistas y de las grandes ediciones conmemorativas, de los periódicos modernos que la han popularizado.

En la actualidad "El Juramento de los Treinta y Tres" es algo más que un gran cuadro histórico. Posee valores que rebasan su mérito artístico, con ser éste grande. Es una obra que ha contribuido a formar la conciencia nacional, a vigorizar el sentimiento patriótico, a difundir entre otros pueblos la fisonomía del país al poner de manifiesto rasgos tan salientes de nuestro carácter, al sublimar el significado de uno de los episodios más grandes de la gestación de nuestra nacionalidad.

Maria Julia Ardao



ESPADA

Usada por el General
Juan A. Lavalleja
Museo Histórico Nacional
Montevideo

CARTA DE “MARTIN FIERRO”

A JUAN MANUEL BLANES SOBRE “EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES”

Buenos Aires, agosto 20 de 1878.

Amigo don Juan Manuel
Que se halle, me alegraré
Sano del copete al pie.
Y perdone si en su carta
Algún disparate ensarta
Este servidor de usted.
Una suya recibí
Punteada con todo esmero,
Y al verlo tan cariñoso
Dije para mí, a este Blanes
No hay oriental que le gane
Como amigo verdadero.
Y aunque me diga atrevido
O que a la Luna le ladro
Como ese bicho taladro
Que no sabe estarse quieto
En todas partes me meto.
Y me metí a ver “su cuadro”.
Por supuesto, los diez pesos
Los largué como el mejor,
Yo no soy regatador,
Y ya entré a ver después
Los famosos “Treinta y tres”...
Ah, cuadro que da calor.
Me quedé medio azorao
Al ver esa comitiva —
Lo miré de abajo arriba
Pero, que el diablo me lleve,
Si parece que se mueve
Lo mismo que cosa viva.
Encima le han colocao
Un sol que valdrá un tesoro.
Lo habrán puesto, no lo inoro
Como en el naípe español;
Pues habrán dicho esos toros
“A todos alumbra el sol”.
Y esa gente tan dispuesta
Que su país va a libertar
No se le puede mirar
Sin cobrarles afición...
Si hasta quisiera el mirón
Poderlos acompañar.

Para mí, más conocida,
es la gente subalterna;
Mas se ve que quien gobierna
O lleva la dirección
Es un viejo petizón
Que está allí abierto de piernas.
Tira el sombrero y el poncho
Y levanta su bandera
Como diciendo “Ande quiera
“que flamé se ha de triunfar;
“vengo resuelto a peliar
“Y que me siga quien quiera”.
Le está saliendo a los ojos
El fuego que el pecho encierra —
Y señalando a la tierra
Parece que va a decir:
“Hay que triunfar o morir
“Muchachos, en esta guerra”.
Y animando aquella gente
Que a lidiar se precipita
Mientras se mueve y agita
Con la proclama del viejo,
Hay uno que desde lejos
Le muestra una crucecita.
Cerca de él, hay otro criollo
De poncho y de bota fina —
Se ve que en la tremolina
Hará aujero si atropella
Ha agarrao la carabina
Como pa darles con ella.
Al lao, el de camiseta,
Ya deja ver que es soldao;
Está muy arremangao
Como hombre resuelto a todo
Se le conoce en el modo
Que ha sido algún desalmao.
Hay otro de pantalón,
Tirador bordao de seda;
Que le resista quien pueda
Cuando llegue a gritar truco.
Ha echao al hombro el trabuco
Y se ha metido en la rueda.
De pantalón va también
Otro de sombrero al lao;
Es resuelto y animao
Pero de un modo distinto:

Tiene el naranjero al cinto
 Y parece más confiao.
 Hay otro viejo gritando:
 "A mí naides me aventaja —
 "En cuanto suene la caja
 "He de responder al grito" —
 Tiene en la mano un corvito
 Que ha de estar como navaja.
 Ese que está arrodillao
 No me deja de gustar,
 Uno puede asegurar
 Que va a decir —cuando hable—
 "Todos tienen que jurar
 "Sobre la hoja de este sable".
 Que ha de haber sido algún bravo
 En el ademán se advierte;
 Y para estar de esa suerte,
 Dije yo, lo han elegido
 O por ser más decidido
 O por tener bota juerte.
 Me gusta el de casaquín
 Se le nota el movimiento
 Como que en ese momento
 Tira su sombrero arriba,
 A tiempo que pega un "viva"
 Medio loco de contento.
 Pero entre tanto valiente
 Dende lejos se divisa
 El que en mangas de camisa
 Se hace notar el primero—
 Un gaucho más verdadero
 No he visto, ni en los de Urquiza.
 Espuela y bota de potro,
 Todo está como nacido;
 Es patriota decidido,
 Se vé que resuelto está;
 Para mejor le ha salido
 Medio escaso el chiripá.
 En el amor y en la guerra—
 En todo habrá sido igual;
 Tiene, en trance tan formal,
 El enemigo en contorno;
 Pero no olvidó el adorno
 De cola de pavo-rial.
 Le adivina la intención
 Todito aquel que lo vea;
 Para dentrar en pelea
 Revela hallarse dispuesto
 Y de fantástico ha puesto
 De dragona la manea.
 Lleva su ropa y sus armas
 Como quien las sabe usar;
 Con gracia sabe arreglar,
 Su trabuco en la cintura
 Muestra ser por la figura

Sin asco para matar.
 Y además de algunos otros,
 Me ha llamado la atención
 Uno que está en un rincón
 Como quien no dice nada
 Se ha largado a la patriada
 Descalzo y de pantalón.
 Y yo, para mi decía,
 Estos hacen lo que deben;
 Y varones que se atreven
 Con voluntá decidida
 A jugar así la vida
 Tal vez ni cigarros lleven.
 Van a libertar su país
 Peliando con valentía;
 Quizá ni ropa tendrían,
 Pero nada los sujeta;
 Hasta las mismas maletas
 Están, ay, medio vacías.
 La carabina y el sable
 Que están tirados allí,
 Pensé yo al verlos así—
 A alguno se ha hecho avestruz
 O son de aquel de la cruz,
 Que los ha dejado allí.
 A la distancia se llevan
 El bote los marineros,
 Los mismos que lo trujieron
 Se retiran apuraos.
 Ya se ve, que les hicieron
 La compañía del horcao.
 Parecen que van diciendo:
 "Ai quedan sin esperanza,
 "Y vámonos sin tardanza,
 "Si viene juerza enemiga;
 "Tal vez ninguno consiga
 "Escapar de la matanza".
 Yo los hubiera agarrao
 A los que el bote se llevan;
 Justo es que a todo se atreva
 El hombre que hace la guerra;
 Cuando pisaron en tierra
 Debió principiar la leva.
 No meto en esta coplada
 A todos, pa no cansarlo—
 Pero debo confesarlo,
 Amigo, y se lo confieso,
 Ya le saqué los diez pesos
 Al cuadro, tanto mirarlo.
 Cuento sin son "treinta y tres",
 Si en mi cálculo no yerro;
 Con esta mi carta cierro,
 Amigo, me planto aquí—
 Ni Cristo pasó de allí
 Ni tampoco

MARTIN FIERRO.



LIBERTAD ó MUERTE

Uruguay es mi país.
Y cumple un siglo.
Y medio.
Felicitémonos



La epopeya nacional de 1825

1

La Cruzada de los Treinta y Tres Orientales

DIRECTORES REDACTORES RESPONSABLES

Profesores
Juan E. Pivel Devoto
Alcira Ranieri de Pivel Devoto

PUBLICACION PERIODICA MENSUAL ILUSTRADA

EDITORES

Librería Nacional
Barreiro y Ramos S. A.

25 de Mayo
esq. Juan C. Gómez

Impresa en
Talleres Gráficos
Barreiro y Ramos S. A.
Montevideo - Uruguay



Dep. Legal N° 30.082/75.



Las reproducciones son absoluta-
mente fieles al tenor y estado de los
documentos reproducidos.

EL 19 DE ABRIL DE 1825

Estamos, por fin, en la mañana del 19 de abril de 1825; una gran mañana, o lo aseguro; una espléndida mañana. Cuando apunta todos los años, los niños orientales cantan en las ramas.

En la costa del Uruguay ha desembarcado — recatándose, tanto de los cruceros brasileños que andan recorriendo el río y mirando los horizontes de día y de noche, cuanto de las autoridades de Buenos Aires, que no quieren choques con el Brasil — un grupo de orientales armados.

Todos orientales; ni uno solo es extranjero. Son los viejos soldados de Artigas; son treinta y tres hombres, *treinta y tres orientales*. Ese es todo el ejército libertador, equivalente al de dos mil combatientes, con banderas argentinas, que pasó los Andes, conducido por San Martín, en ayuda de Chile. Esos *Treinta y Tres* llevan también una bandera. Pero no es la de ningún amigo generoso; es la propia, tricolor: roja, blanca y azul; los colores de Artigas. Pero la banda diagonal roja ha tomado la dirección horizontal de sus compañeras, para dejar libre la central blanca o de plata, en que aquellos hombres han escrito, como si fueran locos: "LIBERTAD O MUERTE". ¡Valiente bandera!

He ahí *Treinta y Tres hombres*, que provocan a la guerra a quince o veinte mil soldados enemigos; que dejan a su espalda, enemigo también, a un gobierno americano que los considera insensatos, y que los hostiliza porque no quiere comprometerse en una empresa que no es suya.

Hay que convenir en que esos hombres son locos de atar, dignos hijos de Artigas... o son otra cosa que se parece a la locura. Es preciso confesarlo.

¿Quién conduce a esos hombres locos, o semi-locos, o como queráis llamarlos?... El espíritu de Artigas.

¿Cuál es su nombre?... Lavalleja.

Es Lavalleja, por fin, el audaz Lavalleja; él es la primera vibración; es el núcleo, la célula vital, o como se llame. Comenzar su rotación, y envolver a la patria en ella, será todo uno. Todos girarán armoniosos en torno del punto vibratorio: desde Rivera hasta el último de los gauchos orientales; todas las fracciones, las de Montevideo, las de los campos; ni un solo hombre quedará fuera del círculo de cohesión, ni uno solo. Toda la patria de Artigas cubra su forma orgánica, en la nebulosa generatrix.

Esos *Treinta y Tres* hombres que desembarcan en la *Agraciada* el 19 de abril de 1825, como llevados por una fuerza casi inconsciente, declaran la independencia definitiva de la Banda Oriental, el 25 de agosto de ese mismo año, cuatro meses después de su desembarque. Y mes y medio más tarde, el 12 de octubre, esos orientales, solos todavía con su bandera tricolor, libran la batalla campal de Sarandí, en que destruyen al ejército brasileño.

Es preciso que sepáis cómo ha pasado todo eso: es el milagro heroico, de que hemos hablado más de una vez; es nuestra *Leyenda Patria*; el epílogo de la *Epopeya de Artigas*.

Lavalleja ha salido de Buenos Aires sigilosamente con sus compañeros; su odisea al través de las islas del Uruguay, medio muertos de hambre, desorientados, separados por la tempestad los unos de los otros, deteniéndose aquí, encendiendo fuegos más allá, atisbando la costa que se divisa a lo lejos, ha sido cantada por el griego Homero, hace cuatro o cinco mil años; también por Virgilio, el latino que habló de Eneas.

¡El desembarque, por fin!... Se despiden las barcas conductoras; los marineros desnudos las empujan, y se alejan, y se pierden entre las islas que salen de la niebla. Cuadro de aurora. Los hombres de Eneas hubieran ofrecido un sacrificio a Júpiter; los de Lavalleja juran ante el Dios Uno y Trino omnipotente. Los *Treinta y Tres* se encuentran solos; se esperan caballos, que debían estar allí, pero que no llegan... ¿Por qué no han llegado los caballos anunciados? Muchos ponen el oído en el suelo para percibir la vibración producida por los cascos... Llegan, por fin; algunos besan a los animales, que relinchan. Solo el sol de Abril. La legión despliega su bandera; jura ante Dios libertar la patria; monta a caballo; deja la playa, cruza el monte, penetra en las colinas; choca con la primera partida enemiga, de cien hombres, y la derrota; sigue hacia adelante... va a encontrarse con Rivera. — (Juan Zorrilla de San Martín "La Epopeya de Artigas").



LA EPOPEYA NACIONAL DE 1825

Ocurre en la vida de los pueblos lo mismo que en la vida de los hombres. A un periodo de intensidad creadora, batalladora, que compromete la totalidad de sus energías, sigue otro de detensión, de aflojamiento. No es que el espíritu esté detenido o ausente. Es que se prepara para nuevos y mayores esfuerzos.

Así los días inmediatos que siguieron al alejamiento de Artigas parecían el sueño del pueblo Oriental. Sin duda, había cansancio de la lucha prolongada y cruenta. Había una minoría para la que un entendimiento con los invasores era la única solución que alcanzaban a descubrir sus espíritus no templados para la resistencia. Otra minoría, más ínfima, llegó a considerar que la ocupación extranjera podría proporcionarnos ciertas manifestaciones de "civilización" más atractivas que la áspera y sobria patria gaucha fundada por Artigas.

Como siempre ocurre en estos casos, la ocupación por la fuerza y la usurpación luso-brasileña, se propuso revestir estos actos de una pseudo legalidad para presentarlos ante la faz del mundo como expresión de la voluntad del pueblo oriental: las resoluciones del Congreso Cisplatino, los actos que le siguieron de reconocimiento a la autoridad del Emperador Pedro I, la jura de la Constitución brasileña, la designación de dos diputados y un senador para representarnos en el parlamento de Río de Janeiro. Pero por encima de toda esa ficción, quebrantos de la voluntad y claudicaciones de dirigentes de endeble personalidad, se movía una impresionante, una irresistible fuerza histórica: la orientalidad.

Un nacionalismo espontáneo, primitivo, popular, identificado con el amor a la tierra, al pago, a la libertad. Además, un nacionalismo cons-

ciente, esclarecido que podía fundamentar racionalmente sus aspiraciones y giraba en torno del principio proclamado en 1813: la soberanía particular de los pueblos será declarada y ostentada como el objeto único de la Revolución. Ambas formas de orientalismo encontraron su símbolo en la gran figura histórica que les sirvió de energía catalizadora: Artigas, y no fue éste el menor de sus méritos: tuvo el inmenso don de convertir en lúcida conciencia lo que no era más que un instinto. Con él y a través de largos sufrimientos, el Pueblo Oriental se convirtió en una entidad indestructible; que probó sus armas en varios frentes, contra distintos enemigos: contra España, contra los dirigentes de Buenos Aires que pretendieron oponer a la voluntad soberana de los pueblos, la supervivencia del virreinalismo, contra Portugal en la heroica defensa del terruño entre 1816 y 1820, contra

Brasil al resistir la incorporación a sus dominios en 1823. Con esa bandera, con un institucionalismo enunciado desde los días iniciales de la "admirable alarma" ¿cómo era posible creer en 1824 que la orientación había sido vencida, que el espíritu vital que le dio origen había muerto? Como dijo tan bellamente el poeta español, los yunques y las fraguas del alma no trabajan para el polvo ni para el viento. Ni el alma de un hombre, ni el alma de un pueblo.

Ya desde fines de 1822, el sentimiento nacional se fue abriendo camino. En 1823 se agudizó en un definido programa de acción revolucionaria para poner fin al dominio lusitano e impedir la artera maniobra para la anexión al Brasil. Ese espíritu revolucionario tuvo la adhesión de núcleos importantes del país, de algunas provincias argentinas y aun encontró eco en los sectores liberales que se oponían al autocratismo del Emperador Pedro I.

Analizado a un siglo y medio de distancia, el estallido en 1825 y el triunfo de "la Revolución de los Pa-

trias" aparece con una lógica irrefutable. Pero la historia tiene leyes distintas de las ópticas. Aquella ve mejor cuanto más lejos mira. A los actores de los sucesos, en cambio, les es más fácil ser ganados por la indecisión, por el temor, por todos los lazos de amor que los atan a la vida.

El hombre, sólo posee en la tierra una vida y una vida breve. Se requiere una inmensa porción de generosidad para sublimarla entregándola a un ideal. Por eso es necesario medir en toda su magnitud el heroísmo de la Epopeya Nacional Libertadora de 1825.

Era locura sublime el gesto de 33 hombres que empuñaron las armas para desafiar a un imperio, confiados tan sólo en la adhesión del pueblo oriental. Era temible locura contar con las tinieblas de un cielo que velase la travesía. Era locura esperar el silencio de un río que no latiese con el rítmico golpe de los remos. Era locura esperar hombres, caballos, armas, de la patria despedazada, empobrecida y dominada por un ejército de ocupación que controlaba

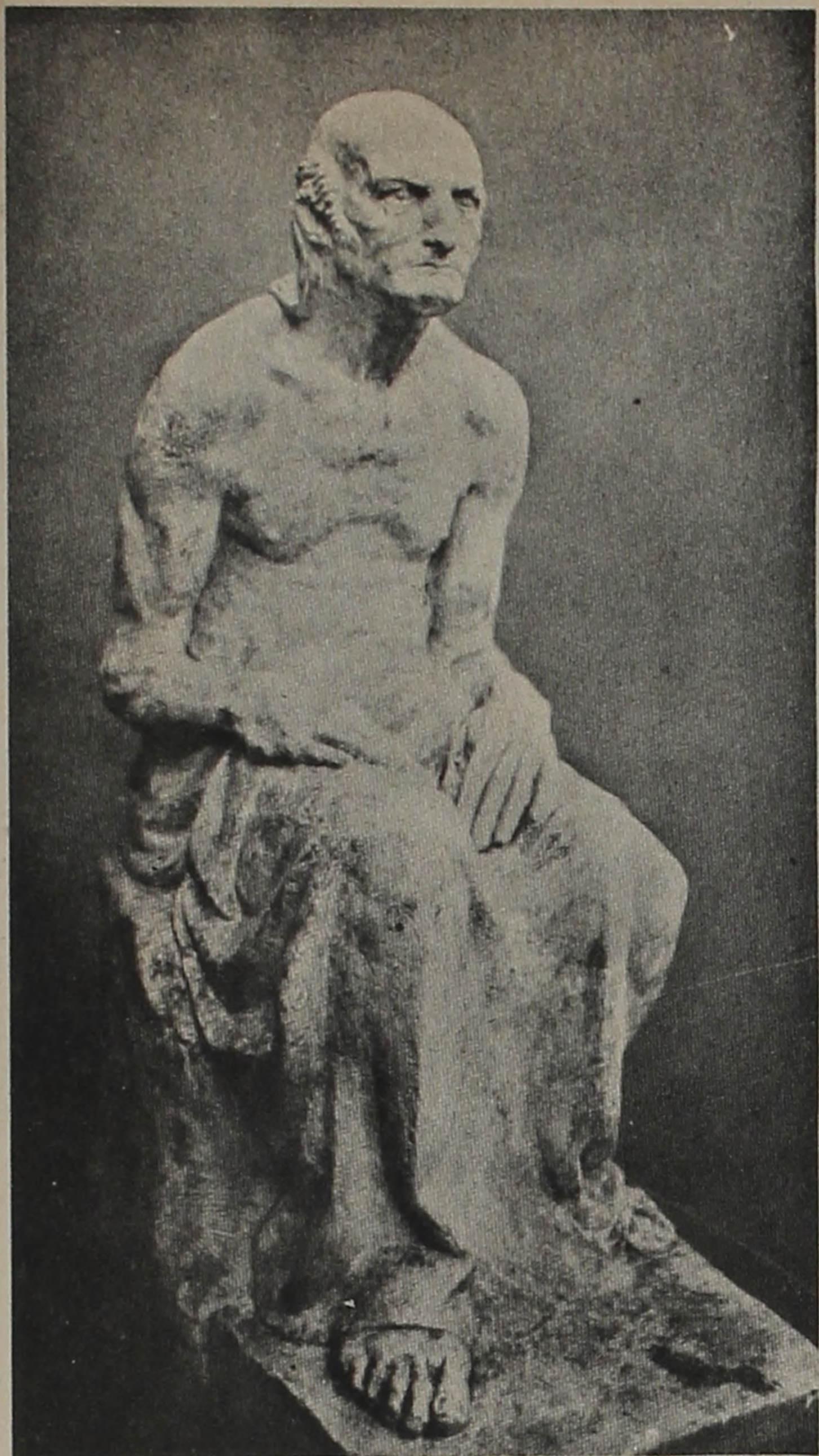
el medio rural y ocupaba los baluartes de las ciudades fortificadas. Era sublime locura pedir ofrenda de sangre para la hermosa bandera tricolor de "Libertad o Muerte". Hermosa locura que se convirtió en realidad en la sublevación en masa del pueblo oriental que hizo posible los triunfos de Rincón, Sarandí, Santa Teresa y la reconquista del suelo patrio. De un modo milagroso, 33 hombres acaudillados por Juan Antonio Lavalleja, El Libertador, dieron la clarinada para la Epopeya de 1825. Para reconquistar la Libertad, declarar la Independencia y organizar las Instituciones republicanas. Con el presente cuaderno iniciamos la publicación de la serie cuyas próximas entregas serán dedicadas al estudio de los hechos que forman la Epopeya de 1825. En sus páginas serán reproducidos preferentemente los testimonios legados por los actores en sus Memorias, Crónicas de la época o los documentos oficiales y privados que reaviven en la memoria del pueblo uruguayo el recuerdo de la cruzada que hace ciento cincuenta años declaró la Independencia Nacional.



BRINDIS DE PEDRO TRAPANI

El 23 de abril de 1825, súbditos británicos radicados en Buenos Aires, personalidades locales, autoridades oficiales y comerciantes se reunieron en la fonda de Fauch para celebrar el aniversario de San Jorge. La sala fue adornada con las banderas de Inglaterra, Estados Unidos, Colombia y otras Repúblicas americanas. Todos los asistentes hicieron un brindis.

Pedro Trápani, representante personal de Lavalleja y gran propulsor de la Cruzada, que asistió al acto, pronunció el suyo en los siguientes términos: "Porque se consagren los esfuerzos que hacen los patriotas en libertar una pequeña parte de este continente, que aún gime bajo las ignominiosas cadenas de los déspotas. Hablo, Señores, de la linda y desgraciada Banda Oriental, cuyos hijos han demostrado ser tan dignos enemigos de los ingleses en la guerra como amigos sinceros de ellos en la paz".



ARTIGAS EN EL PARAGUAY

Yeso de

José Luis Zorrilla de San Martín

EL SUEÑO DE ARTIGAS

I

*Al través de las nubes
Brillaban las estrellas;
El Uruguay; envuelto en sus vapores,
Rodaba lento y palpitaba apenas.
Sentadas en las lomas
Están las sombras negras,
Sentadas en las lomas de la patria
Con las miradas hacia el río vueltas.
La luna no ha dejado
Su lecho de maleza;
El astro que precede las auroras
No se ha empinado aún sobre la cuesta.*

II

*¿No es una luz la que refleja el río
Sobre sus aguas negras?
Las sombras que ocupaban la colina
¿No han levantado al verla las cabezas?
¿Ha abierto ya los ojos una aurora?
¿Ha roto alguna estrella
Su nube oscura, por llevar al río
Su mirada de luz? ¿Quién va? ¡Quién llega!*

III

*La luna no ha dejado
Su lecho de maleza,
El astro que precede las auroras
No se ha empinado aún sobre la cuesta;
Pero las sombras sienten
Que algo se mueve en ellas,
Algo que ya desgarrar sus entrañas
Y las agita en convulsión suprema.*

IV

*El viejo duerme, el de la frente cana,
El de una edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra.
La noche del destierro duerme. Artigas...
duerme sonriendo... sueña!
A su lado, la frente entre las manos,
Está la Gloria que, velando espera.
Espera, cuenta las calladas horas,
Y, al fin, se alza serena,
Sacude al viejo, y, señalando al cielo,
"Ya es la hora" le dice, "alza, despierta!"*

V

*Estallaron las sombras sobre el río,
Huyeron las estrellas;
Envuelto en luz, el Uruguay se agita
Y una barca en sus ondas balancea.
Que corre, corre con la lona al viento,
Y choca en la ribera,
Y la hace restallar, como un escudo
Golpeado por el puño de la guerra.*

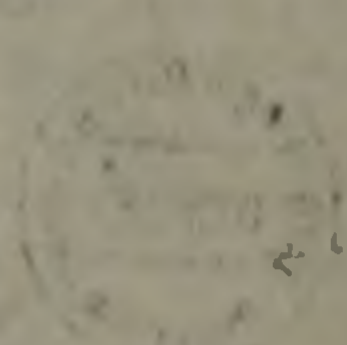
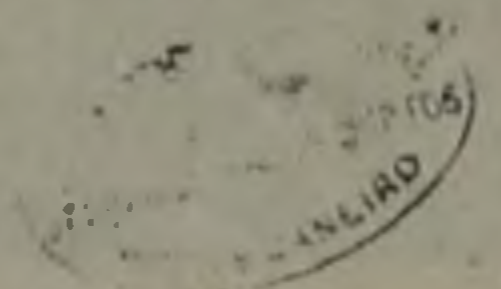
VI

*Y el viejo que dormía, el de los sueños,
El de la edad de piedra,
El de la frente que formó la patria
Para llevar laureles en la tierra
Despierta sacudido por la Gloria
Que á lo lejos le muestra
Su ensueño eterno en las riberas patrias
Animar el pendón de Lavalleja.*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Relacion de la que acompañaron al que Subscribió en
la empresa de la Banda Oriental

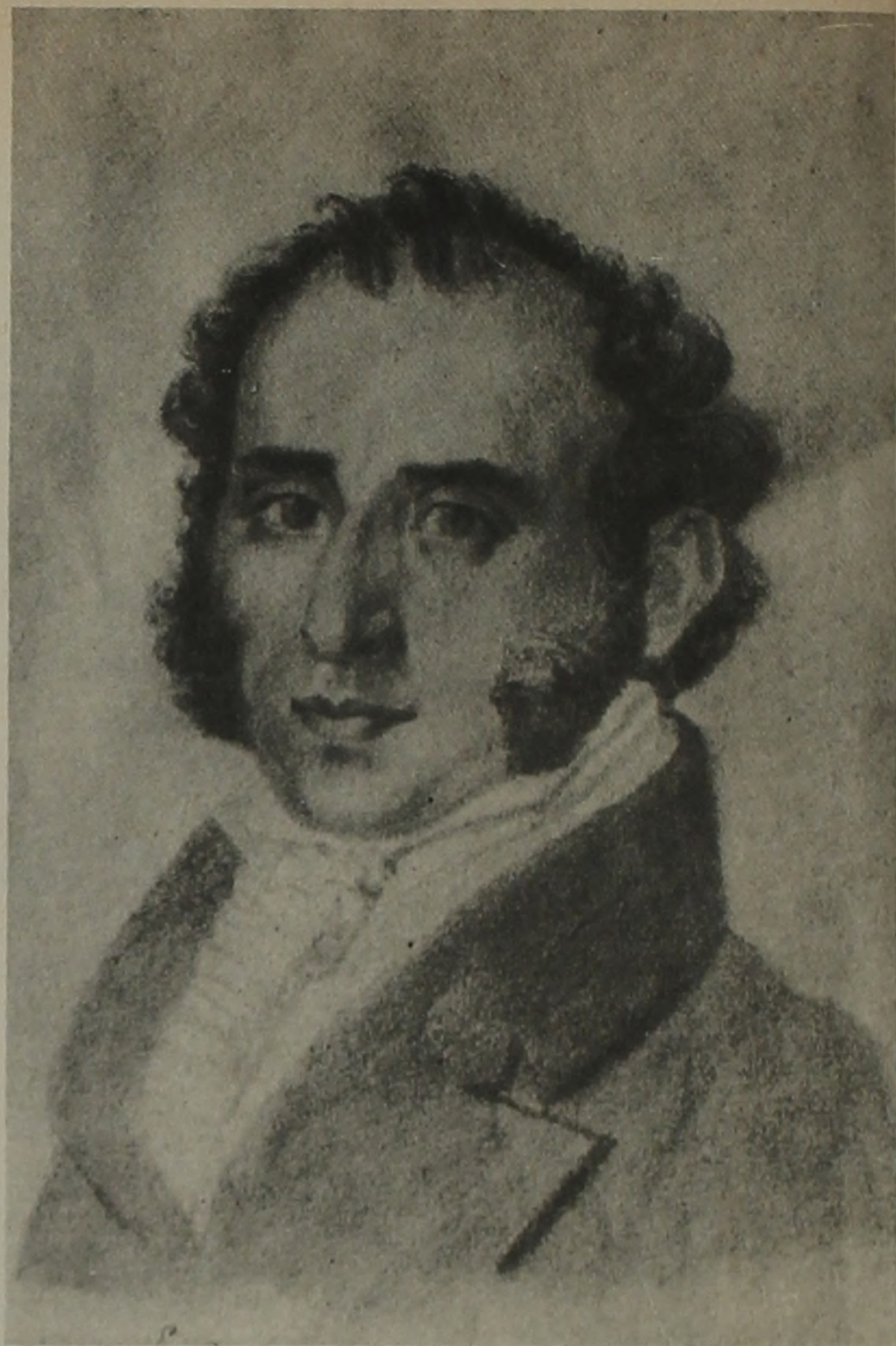
- D. Manuel Gálvez
- D. Pablo de la Cruz
- D. Manuel de la Cruz
- D. Estanislao Sierra
- D. Manuel Meléndez
- D. Estanislao Arizaga
- D. Manuel Sáiz
- D. Jacinto Trapaz
- D. Santiago Rada
- Señor D. Felipe Penabaz
- Señor D. Pedro Antonio Argente
- Señor Juan Biquimán
- Señor Esteban Rosas
- Señor Agustín Belarquin
- Señor Andrés Biquimán
- Señor Esteban
- Señor Acosta
- Señor D. Romero
- Señor Romero
- Señor Felipe
- Señor Ortiz
- Señor Nieto
- Señor Rosas
- Señor Esteban
- Señor Miranda
- Señor Gómez



Don Leguissano
 Miguel Martinez
 Juan Ortiz
 Juan Artigas
 Mariano Benito Salas
 Esteban Chagui Artigas
 Lito Domingo Ortiz
 Jm. [Signature]

LISTA DE LOS TREINTA Y TRES ORIENTALES
 ENVIADA POR LAVALLEJA A PEDRO TRAPANI
 Original en el
 Museo Histórico Nacional

LA CRUZADA DE 1825 RELATADA EN LA MEMORIA DE JUAN SPIKERMAN



JUAN A. LAVALLEJA
Carbón de Juan M. Blanes tomado
de una miniatura antigua
Museo Histórico Nacional
Montevideo

El año 1823 cuando se suscitó la cuestión entre los brasileiros y lusitanos, los hijos del país se adhirieron a éstos, a consecuencia de la promesa que ellos les hicieron de entregarles este país libre e independiente, debiendo embarcarse el general en jefe de la plaza don Alvaro da Costa, con la división de Talaveras, compuesta de tres mil hombres de las tres armas. Este arreglo fue hecho con el Cabildo de Montevideo.

Sitiaba esta plaza el general don Carlos Federico Lecor, con un ejército de más de tres mil hombres. Duró este sitio once meses, y se concluyó por medio de un tratado, por el cual los lusitanos entregaron la plaza a los brasileiros, y se embarcaron para Europa.

Esta fue la causa por la cual emigramos a Buenos Aires como ciento y tantos Orientales entre jefes, oficiales y algunos particulares.

Por esta misma época don Juan Antonio Lavalleja estaba hecho cargo de las estancias de Zamora, las cuales administraba por cuenta del Estado, pero habiéndose comprometido en un proyecto de revolución contra la dominación brasileira, fue perseguido por don Fructuoso Rivera, al servicio del Imperio, y tuvo que emigrar a Entre Ríos, pasando de allí a Buenos Aires, donde estableció un saladero.

Fue en ese mismo saladero donde se convino y arregló la empresa del año 1825.

El día 1º de abril de 1825 nos embarcamos, a las doce de la noche, en la costa de *San Isidro*, en un lanchón, los nueve primeros individuos de la expedición, desembarcando y acampando en una isla formada por un ramal del Paraná, llamado *Brazo Largo*. Esos nueve individuos eran:

Don Manuel Oribe, Don Manuel

Freire, Don Manuel Lavalleja, Don Atanasio Sierra, Don Juan Spikerman, Don Carmelo Colmán, Sargento Areguati, Don José Leguizamón (a) *Palomo*. Vaqueano Andrés Cheveste.

En dicha isla permanecimos 15 días esperando la segunda expedición la cual, hasta completar el número de Treinta y Tres, venía a las órdenes de Don Juan Antonio Lavalleja.

La causa de la demora fue que, en la noche que se embarcaron esos compañeros, los tomó un temporal y los arrojó hacia la altura del *Salado*, costa Sur de Buenos Aires. Como no podían atracar a ninguna de las costas, pues la oriental estaba vigilada por los brasileiros, y la argentina por el gobierno de Buenos Aires, del cual nos habíamos ocultado para salir del territorio, les faltaron los víveres, y hubieran perecido, si el día 15



MANUEL ORIBE
Oleo de Eduardo de Carbajal
Museo Histórico Nacional
Montevideo



FRUCTUOSO RIVERA
Oleo de Amadeo Gras
Copia de Valenzani
Museo Histórico Nacional
Montevideo

de abril no se hubieran incorporado a los que estábamos en la isla. Allí encontraron donde calmar su hambre, pues hacía dos días que nos habíamos provisto de carne, la cual nos la trajo el vaqueano Cheveste, quien en una canoa, acompañado de dos hombres, pasó a la costa oriental y consiguió carnear una res.

Permanecimos en la isla hasta el día 18 de abril.

En aquella fecha nos embarcamos en los dos lanchones y navegamos durante la noche, hasta ponernos a la vista de la costa oriental, a fin de hacer la travesía del Uruguay, en la noche del 19.

El Río estaba cruzado por lanchas de guerra imperiales, y, por consiguiente, emprendimos marcha en esa noche. A las siete, habiendo navegado como dos horas, nos encontramos entre dos buques enemigos, uno a babor y otro a estribor; veíamos sus

faroles a muy poca distancia; el viento era Sur, muy lento, y tuvimos que hacer uso de los remos.

19 DE ABRIL DE 1825

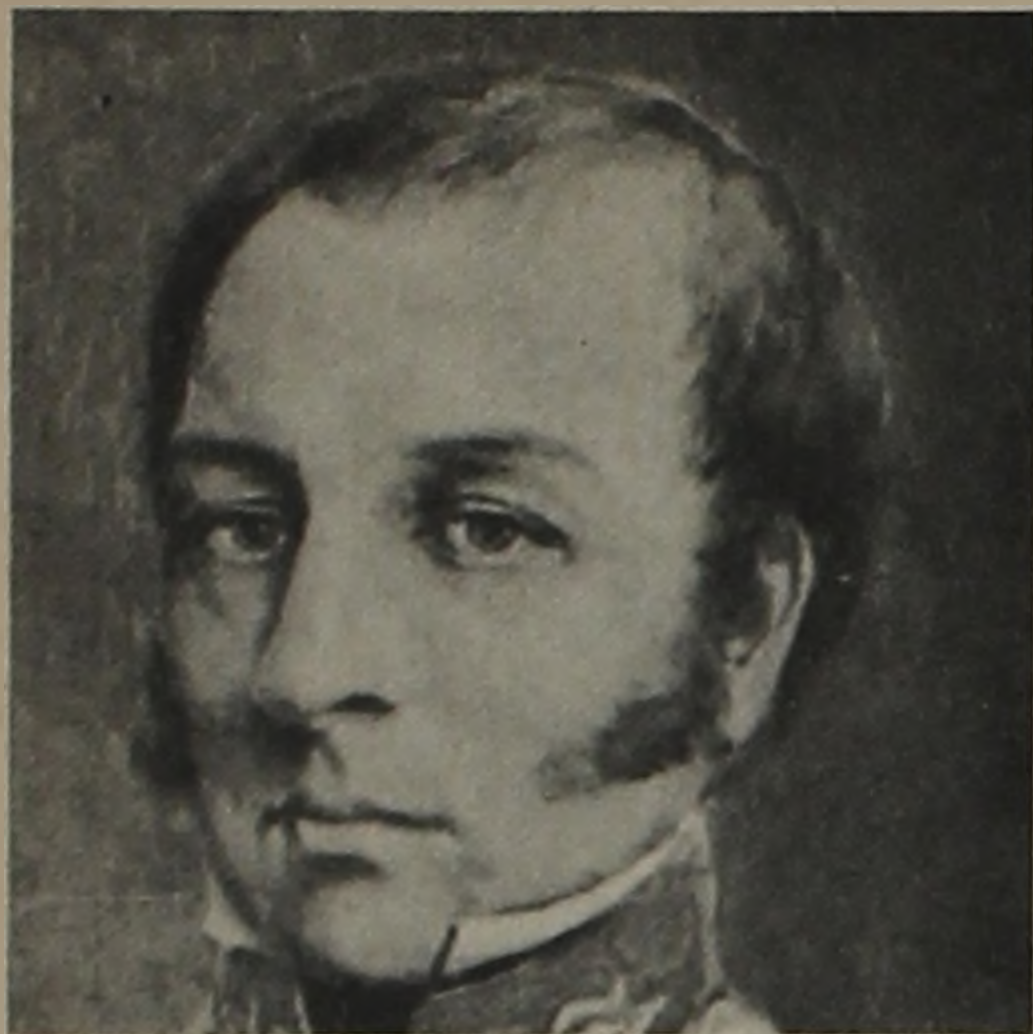
A las 11 de la noche desembarcamos en el *Arenal Grande*, costa del Uruguay. En ese momento no pudimos menos que besar el suelo de nuestra Patria. Concluido el desembarque, D. Juan Antonio Lavalleja despachó los dos lanchones para Buenos Aires llevando la lista de los Treinta y Tres a don Pedro Trápani, cuyo señor fue quien nos proporcionó los recursos para nuestra expedición.

Concluido este trabajo, nuestro jefe Lavalleja tomó la bandera y nos dirigió una proclama llena de fuego y patriotismo a la que contestamos con el mismo ardor, jurando llevar

adelante nuestra empresa de *Libertad o Muerte*.

Esa misma noche debíamos haber encontrado al vecino don Tomás Gómez, el cual según había convenido tres meses antes con nuestros dos comisionados, D. Atanasio Sierra y D. Manuel Lavalleja, debía esperarnos con caballos, prontos.

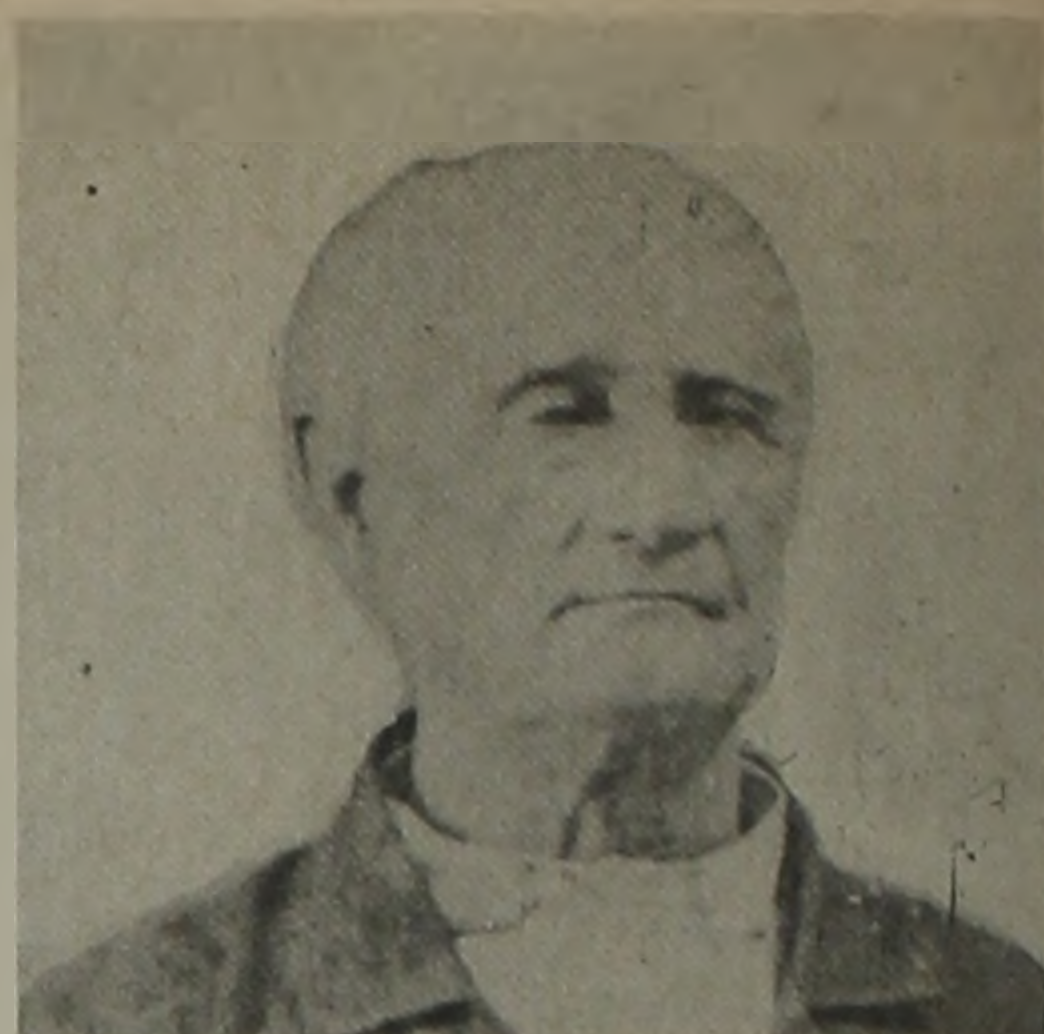
Circunstancias imprevistas lo habían obligado a ocultarse en el monte y por consecuencia fue necesario que nuestro jefe enviase a su hermano con el vaqueano Cheveste a la estancia de Gómez, la cual distaba poco de la costa; esta comisión la hicieron a pie los dos enviados.



PABLO ZUFRIATEGUI
Oleo de Luis Queirolo Repetto
Museo Histórico Nacional
Montevideo



JULIAN LAGUNA
Grabado Impreso
en Buenos Aires en 1835
Museo Histórico Nacional
Montevideo



JUAN ACOSTA
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo

20 DE ABRIL

A las nueve o diez de la mañana llegaron nuestros comisionados con don Tomás Gómez, trayendo un número suficiente de caballos para toda nuestra gente.

Emprendimos marcha a las once de la mañana, siguiendo por dentro del monte del Uruguay hasta encontrar *la barra de San Salvador*. En este trayecto se nos reunieron como treinta o cuarenta hombres montaraces y seguimos toda la noche de este día por la costa de aquel arroyo, con dirección al pueblo del mismo nombre.

Tuvimos noticias de que en ese pueblo había una fuerza enemiga, como de ochenta a cien hombres, mandada por el comandante don Julián Laguna y la cual estaba destinada a vigilar la costa del Uruguay; pues el gobierno imperial tenía aviso de nuestros proyectos.

ABRIL 21

Amanecimos como a una legua del pueblo, sin ser sentidos, pues durante la noche los oficiales de la fuerza de Laguna habían estado de baile; cuando nos acercamos, como a media legua, salió a reconocernos un oficial llamado *el tonelero*; llegó como a una cuadra de nosotros y hubiera caído prisionero, a no haber de por medio un arroyito pantanoso, cuyo paso había errado el vaqueano.

El oficial, así que distinguió la bandera tricolor, partió a escape a dar aviso a Laguna. Tuvimos que

bajar el arroyito, como media legua, hasta encontrar el verdadero paso. Esta marcha dio lugar a los enemigos para prepararse y salieron a nuestro encuentro, formándose en una altura como a una legua del pueblo.

Nuestro jefe Lavalleja comisionó a un vecino para que dijese a Laguna que lo esperaba en campo neutral para hablarle. Efectivamente, vino este jefe; pero Lavalleja no pudo persuadirlo a que se plegase a nuestra causa, y al tiempo de despedirse le advirtió que lo iba a cargar inmediatamente.

Así se hizo; duró unos momentos la pelea, pero se pronunció la derrota en las filas enemigas, habiéndose muerto un soldado, cayendo prisionero uno de sus oficiales llamado Valverde y pasándose a nuestra fuerza siete hombres. Los demás fueron perseguidos en una distancia de siete leguas, huyendo unos hacia Soriano, otros hacia Mercedes, y Laguna con algunos oficiales hacia el Durazno.

En el mismo día 21 emprendimos marcha hacia Mercedes, habiéndose nos incorporado por el camino como treinta paisanos; entre ellos venía un postillón que conducía prisionero al ya mencionado oficial *el tonelero*, el cual iba a llevar a Montevideo el parte de nuestro encuentro con Laguna.

A las diez de la noche nos acercamos a Mercedes, pero como hubiese sabido Lavalleja que los enemigos estaban sobre las armas, atrincherándose y formando cantones con

los vecinos del pueblo, no encontró oportuno hostilizar la población y, en la misma noche, contramarchamos en dirección a las puntas del arroyo Grande.

Desde entonces fue necesario ocultarnos de día y marchar únicamente de noche, esparciendo hombres y exploradores a todos lados.

Con estas precauciones conseguimos tomar todos los chasques que mandaban de Mercedes a Montevideo y sólo fuimos sentidos, cuando llegamos a San José.

ABRIL 27

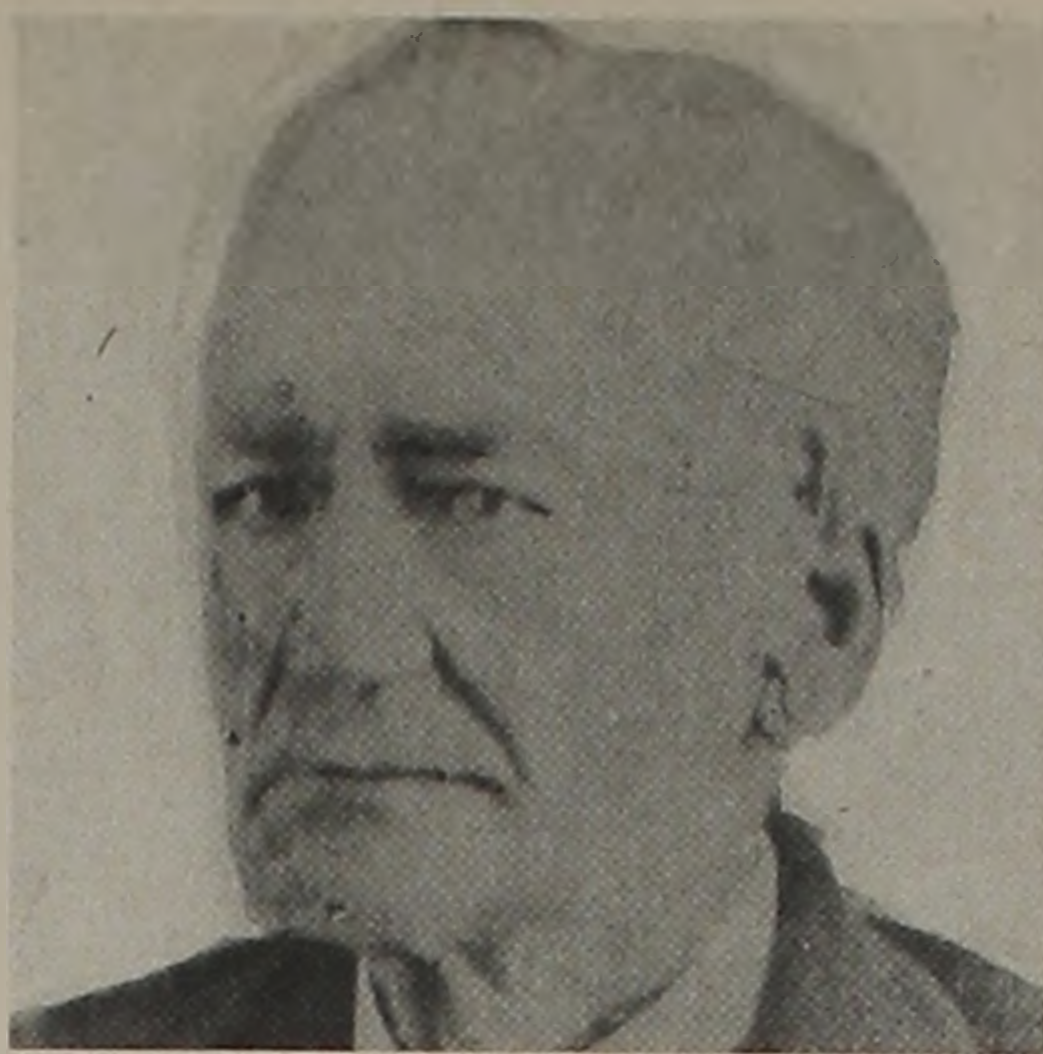
Ibamos marchando en dirección al Durazno, cuando tomamos prisionero a un vaqueano de Rivera, llamado Juan Baez, vecino del Colla, el cual regresaba de una comisión que le había encargado el dicho Rivera. Por ese prisionero supimos, que este jefe estaba acampado en el Durazno, con una fuerza como de trescientos hombres y que esperaba al comandante Calderón que venía a incorporársele, con un escuadrón de dragones.

El referido Baez había sido muy amigo de Lavalleja y como al mismo tiempo le repugnaba la dominación brasilera, propuso sorprender a Rivera y tomarlo prisionero. En consecuencia se comprometió a engañarlo, haciéndole creer que nuestra fuerza era la de Calderón.

Con este objeto nos condujo por quebradas, hasta ponernos a distancia a tres cuartos de legua del enemigo.



BASILIO ARAUJO
Copia del original de
Amadeo Gras por
Carlos Seigo



CARMELO COLMAN
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo



JUAN SPIKERMÁN
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo

La guardia avanzada de éste era mandada por el teniente don Leonardo Olivera, y así fue que Baez tuvo que encontrarse con él después de habernos dejado emboscados. Dijo a aquel oficial que Calderón quedaba en el bajo próximo, y que él seguía a dar el parte a Rivera.

Mientras Olivera se aprontaba y montaba a caballo para venir al encuentro de los que consideraba amigos; Rivera salía de su campamento con una escolta de doce hombres y con el mismo objeto de Olivera. Este fue el primero que nos encontró, quedando pasmado al verse frente a Lavalleja y rodeado de una porción de jefes y oficiales, amigos todos. Conoció el engaño; pero como había sido uno de los que, tres meses antes, había tenido aviso de nuestra empresa, no trepidó en adherirse a ella inmediatamente.

Lavalleja hizo preparar cuarenta hombres bien montados y los hizo apostar en el repecho de una cuchilla a las órdenes de Manuel Oribe. A los pocos momentos apareció Rivera a gran galope seguido de su escolta, sujetando los caballos como a distancia de media cuadra; en un instante fue rodeado por la fuerza apostada.

Las primeras palabras que pronunció Rivera al encontrarse con Lavalleja, fueron éstas:

—*Perdóneme la vida y hágame respetar.*

—Lavalleja le contestó:

—*No tenga cuidado — agregando —. No se portó Vd. así cuando me persiguió por orden del Barón*

de la Laguna — Rivera contestó a este reproche que — *no lo había perseguido, que por el contrario lo había buscado para acordar con él un plan de independencia.*

Concluido este breve diálogo, Rivera prometió entregar la fuerza de su mando a Lavalleja, al efecto ordenó a don Leonardo Olivera que hiciese soltar los caballos de la división, asegurando en el campamento que la fuerza que había llegado era la de Calderón.

Echamos pie a tierra y esperamos a que la operación estuviese concluida.

Como a los tres cuartos de hora marchamos con dirección al campamento. Cuando estuvimos en el mismo centro desplegamos la bandera tricolor, y procedimos a desarmar todo lo que era brasilero, alistando a los orientales en nuestras filas.

En la noche de este mismo, día 27, marchamos en dirección del Paso del Rey.

ABRIL 29

En dicho paso esperamos al coronel Borbas que estaba destacado en San José con una fuerza como de trescientos hombres. Como Rivera era el comandante general de campaña por parte del gobierno brasilero, y se ignoraba aun su captura, se hizo que escribiese una nota al referido Borbas ordenándole que inmediatamente marchase con su división a incorporársele en el Paso del Rey.

ABRIL 30

Como a eso del medio día llegó al paso una carreta con uniformes, escoltada por doce hombres y un oficial, y al anochecer se presentó Borbas con su fuerza.

Estábamos acampados del lado Norte del Paso del Rey, teniendo los prisioneros, en número de doscientos, como a tres cuerdas a nuestra izquierda; a la derecha se hallaban Lavalleja, Rivera y algunos oficiales como a la misma distancia, estando firme nuestra fuerza compuesta de doscientos cincuenta hombres frente al paso, y como a dos cuerdas de él.

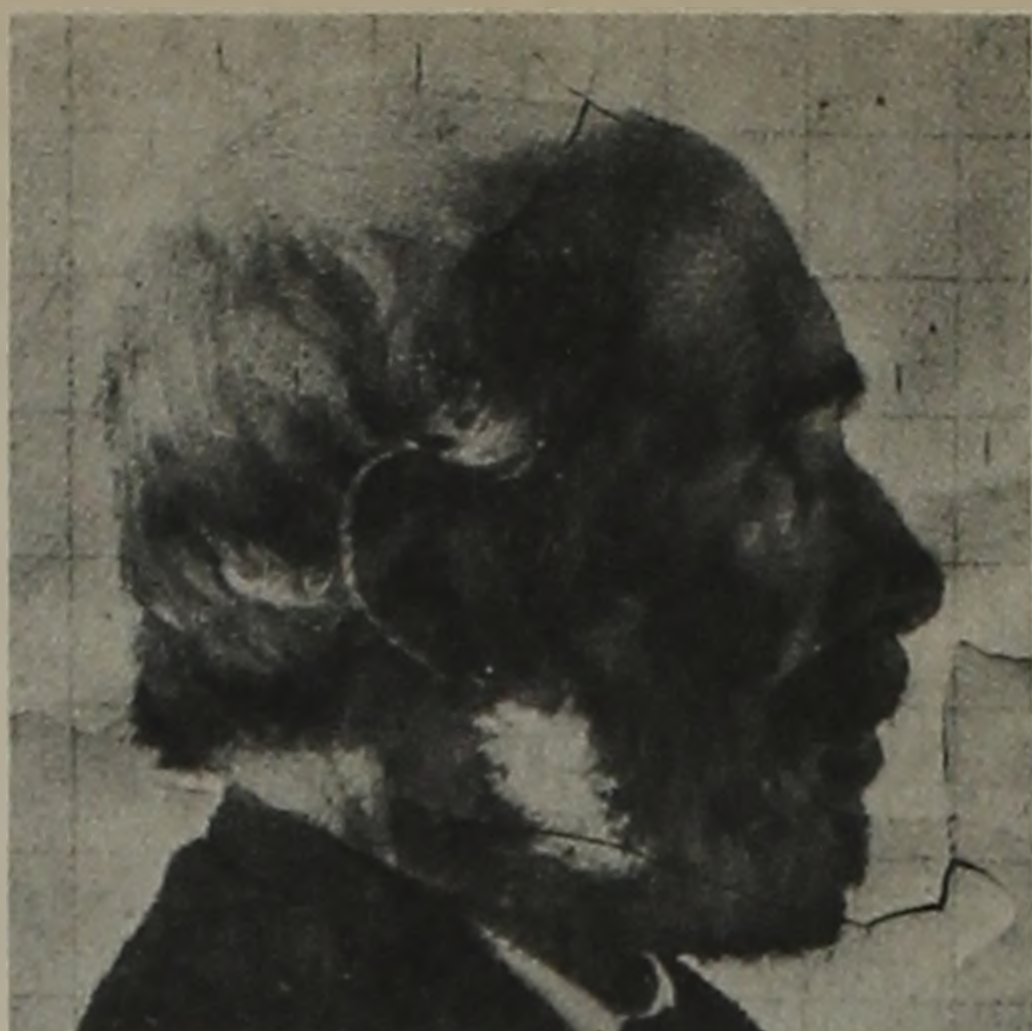
En esta posición, mandó orden Rivera a Borbas que pasase el río y acampase a la izquierda de nuestra fuerza. Hecha esta operación, Rivera envió a decir a Borbas que él y todos sus oficiales podían venir a tomar el café a su fogón, lo cual hicieron.

La noche estaba oscura y lloviendo; un ayudante de los nuestros dio orden a la tropa de Borbas que pusiese las armas en pabellón y desfilase a su derecha; por medio de esta maniobra fue fácil a nuestros soldados apoderarse de todo, quedando prisionera la división.

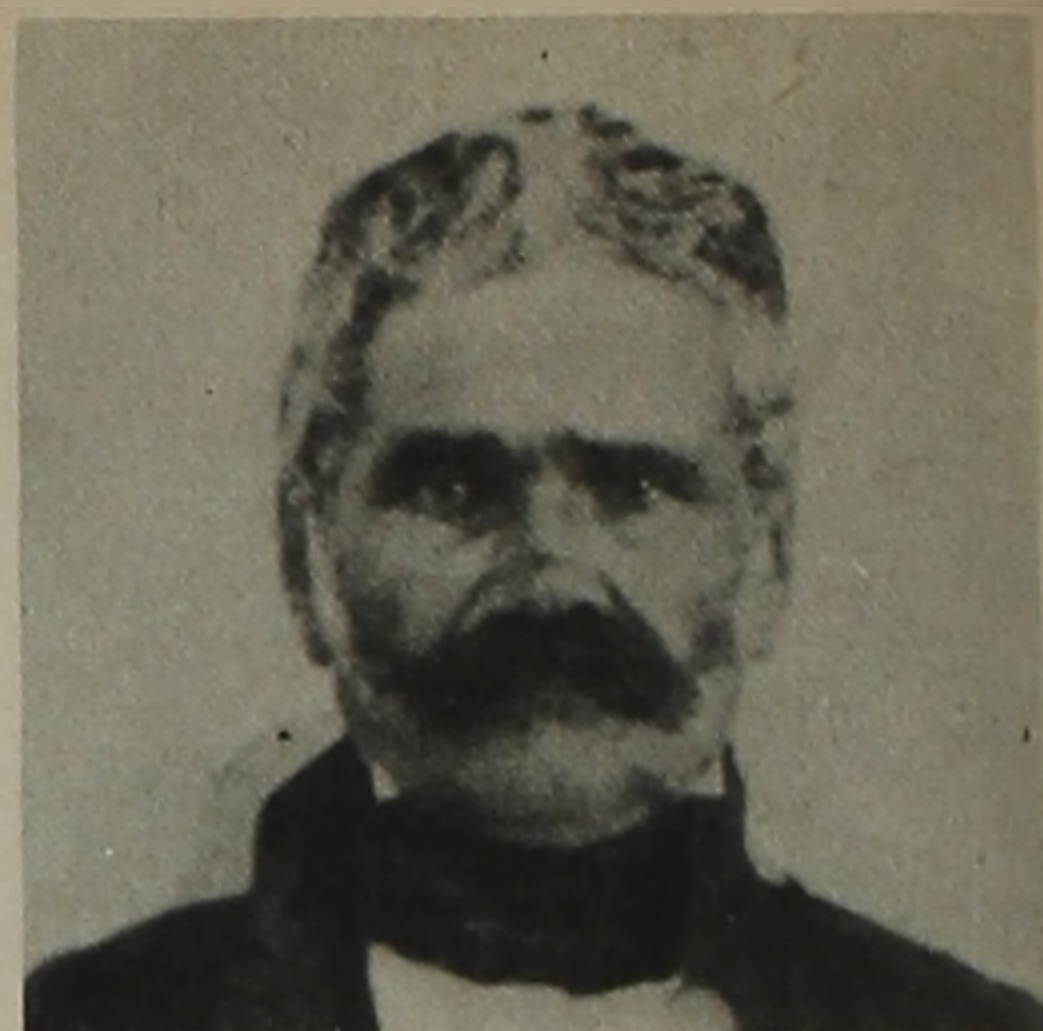
Mientras esto sucedía con la tropa, Lavalleja intimaba a Borbas y sus oficiales se rindiesen a las armas de la patria.



JOSE MAURICIO TRAPANI
Recaudador de fondos
para cruzada de los Treinta y Tres
y cuidador del libro en el
que fueron contabilizados



GREGORIO SANABRIA
Oleo de Juan M. Blanes
Museo Histórico Nacional
Montevideo



MANUEL FREIRE
Fotografía
Museo Histórico Nacional
Montevideo

MEMORIA DE LOS SUCESOS DE 1825

Se hallaban emigrados en Buenos Aires muchos jefes patriotas Orientales que habían tomado parte activa en los sucesos políticos del año 1823 en Montevideo con la esperanza de dar libertad a la Provincia dominada por los Portugueses desde 1817, que la invadieron.

La Batalla de Ayacucho ganada por los patriotas en diciembre de 1824, que decidió de los destinos de la América Española, inflamó el patriotismo de estos emigrados que reunidos en la Casa de comercio que regenteaba don Luis Ceferino de la Torre firmaron espontáneamente un compromiso jurando sacrificar sus vidas en la libertad de su patria, dominada por el Imperio del Brasil.

Siete fueron los patriotas iniciadores y que contrajeron ese heroico compromiso: Don Juan Antonio Lavalleja, su hermano Don Manuel, Don Manuel Oribe, Don Luis Ceferino de la Torre, Don Pablo Zufriategui, Don Simón del Pino y Don Manuel Meléndez, nombrando enseguida unánimemente a Don Juan Antonio Lavalleja jefe de la empresa, y como tal quedó en su poder ese documento que hará inmortales los nombres de esos siete heroicos patriotas que lo firmaron. Desde ese día se reunían diariamente en la casa de la Torre y se acordaban los trabajos que cada uno debía desempeñar. De la Torre reunía aisladamente el armamento posible, así como construía con sus propias manos las dos banderas que debían tremolar triunfantes en su Patria. Se adoptó la tricolor que había usado la Provincia Oriental cuando la invadió el

ejército portugués, con el agregado en el centro de *Libertad o muerte* consecuente con el juramento prestado.

Al iniciarse esa heroica Cruzada ya manifestaron los orientales el sentimiento de Independencia que después fue una realidad.

Don Manuel Oribe declaraba este secreto, (porque lo era de cierto, para no alarmar el poder brasileiro como por no ser sorprendidos por la autoridad de Buenos Aires, suponiendo se tratase de alguna revolución en esa Ciudad que aclarado el objeto, se habría malogrado la empresa) al patriota español vecino de Montevideo, Don José María Plateiro, a quien pidió unas 200 tercerolas que desde el año 1823 tenía depositadas en la Aduana, que le fueron cedidas generosamente y despachadas por el vista don Gregorio Gómez, con conocimiento del objeto a que se destinaban. Ese señor, amigo de don Manuel Oribe merece una particular mención por aquel servicio.

Don Manuel Lavalleja, Don Atanasio Sierra y Don Manuel Freire fueron destinados a la Banda Oriental en comisión, que partieron secretamente de Buenos Aires desembarcaron en la Agraciada dirigiéndose a la estancia de don Tomás Gómez (hoy Coronel) a quien comunicaron el objeto y afiliándose a él, les facilitó caballada para que se dirigiesen hasta Montevideo. Esta Comisión era la de hablar, en nombre de los firmantes, a todos los patriotas conocidos en el tránsito examinando sus opiniones en favor de la empresa.

Puestos de acuerdo con inmensidad de ellos como los Burgueños, Figueiredos, Latorres, Duranes, Calleros y muchos que no se recuerdan y que han figurado de jefes, regresaron para Buenos Aires embarcándose por el mismo punto de la Agraciada.

Los pequeños elementos que se reunían secretamente, costeados exclusivamente por las pequeñas fortunas de don Juan Antonio Lavalleja y don Luis de la Torre, eran conducidos al Saladero de don Pascual Costa, de quien estaba hecho cargo el mismo Lavalleja y tenía ocupados en él a muchos de los orientales que lo acompañaron.

Dispuestas las cosas y prontos para arrojar a la empresa, partieron nuevamente de Buenos Aires, Manuel Lavalleja, Sierra y Freire con una docena de compañeros conduciendo el armamento a depositarlo en la Isla Brazo Largo punto de reunión acordado, que estando cerca de la costa y de la estancia de don Tomás Gómez, debían combinar con éste el día que les arrimase caballos a los expedicionarios. Llevaban también la comisión de hablar a don Juan Arenas, oficial al servicio del Brasil, que como buen patriota y hombre de campo, reuniese algunos hombres con el pretexto de hacer una voltea de baguales y con ellos se presentase en la costa el día del desembarque; pero aconteció que Arenas había sido comisionado para perseguir unos ladrones que atacándolos había sido herido por una bala e inutilizado para aquel fin.

Quedaron solo acordes con Gómez



RAMON ORTIZ
Fotografía en el
Museo Histórico Nacional
Montevideo



ANDRES CHEVESTE
Baqueano de los Treinta y Tres
Detalle de la obra de
Juan M. Blanes

ESCRITA POR LUIS CEFERINO DE LA TORRE

en el día que debía presentarles los caballos, y se retiraron a la Isla a esperar el arribo de sus compañeros.

En dos lanchones y distintos puntos de la costa de San Isidro para no llamar la atención se embarcaron de noche don Juan Antonio Lavalleja, Oribe, Zufriategui, Pino, Meléndez y demás compañeros con dirección a la Isla Brazo Largo; pero por una de esas rarezas no frecuentes una gran nortada de ocho días les impidió llegar el día señalado para el desembarque.

Gómez, puntual en su compromiso arrió a la costa sus caballos, no encontró noticia, se retira y lo repite al día siguiente, y al tercero le avisan que se desconfía de aquella operación y que se disponían a prenderlo. Gómez para evadirse abandona su casa se dirige a la costa y se embarca en una chalana que se dirigía para Buenos Aires, y se presenta a don Luis Latorre a procurar noticias de los expedicionarios, pues que se había acordado, quedaría en Buenos Aires de agente secreto para entender y remitir lo que se fuese precisando según los resultados de la empresa; así es que más tarde el General Lavalleja lo declaró, por un certificado, acreedor a los premios decretados por la Nación.

Incorporados en la Isla se disponen a pisar su patria. Cada uno de los 33, se arma de dos tercerolas y dos sables, formando unos pequeños líos de armas para conducirlos en cargueros, dejando el resto en la Isla, que más tarde fue descubierto y tomado por la escuadra brasilera.

Al partir de Buenos Aires, Don Juan Antonio Lavalleja, dejó su familia al cuidado de su amigo el benemérito patriota oriental Don Pedro Trápani, persona respetable y del comercio de Buenos Aires, a quien, como es consiguiente, le comunicó la arriesgada empresa a que se lanzaba, y obtuvo la promesa de su abnegación por ella y de que la protegería con los elementos necesarios luego que pisasen el territorio oriental, como lo hizo enviando al Buceo armamento y recursos que clandestinamente se embarcaron en la Goleta Libertad del sur y en Balleneras a la Costa de la Colonia.

Entre los trabajos para la empresa entraba una revolución en Montevideo con el Batallón de Pernambucanos de ideas republicanas y confinados en aquella plaza. Este trabajo le fue encomendado a la señora Doña Josefa Oribe de Contucci, patriota entusiasta que logró seducir a los sargentos que en prueba de su decisión remitieron a Buenos Aires un acta del compromiso y pidiendo una persona que se pusiese a la cabeza del movimiento. Don Pablo Zufriategui era el destinado, pero se creyó conveniente retardarlo hasta que al frente de Montevideo los patriotas pudiesen proteger el movimiento. Latorre les remitió de su peculio 18 onzas de oro para que fuesen repartidas entre los sargentos, y tres cajones de cartuchos a bala que clandestinamente consiguió extraer del Parque de Buenos Aires y que fueron conducidos a Montevideo en el Paquete Pepa, capitán Chentopé,

a ser entregado a la misma señora de Oribe con quien se entenderían los Sargentos.

El 19 de abril de 1825, pisan los 33 libertados el suelo patrio, desembarcando en el *Arenal grande* y se encuentran sin caballos ni noticias de Don Tomás Gómez.

El inmortal Lavalleja ordena a los tres lanchones su regreso, y con la rodilla en tierra desplegando las dos banderas juran ante Dios y por la Patria libertarla del poder extranjero o perecer en la lucha.

Esperan en vano noticias de caballos, Don Manuel Lavalleja y el baqueano Cheveste se internaron en el monte y descubren un caballo de un leñatero, y enancados lo recorren y juntan como para que puedan montar también Don Atanasio Sierra con seis soldados, que juntos se dirigen a la estancia más inmediata y arrean, todos los que encuentran, a donde estaban sus compañeros.

Provistos ya de caballos salen algunos bomberos a descubrir el campo y dar noticias de lo que ocurriese, permaneciendo todo ese día ocultos en los montes. Los bomberos regresan con la noticia de que el coronel Laguna y capitán don Servando Gómez al servicio del Brasil se hallaban en la costa de San Salvador con una pequeña fuerza en observación de la costa.

Lavalleja marchó esa noche a encontrarlo, incorporando a los 33 todos los hombres que se encontraron en el tránsito y armándolos con el doble armamento que cada uno conducía.

El día 23 que ya constaba la fuerza de 50 hombres, son descubiertos por la guardia avanzada de Laguna que fue a reconocerlos y preguntar quiénes eran, y contestando es *Lavalleja*, dispararon a reunirse a los suyos y juntos volvieron al encuentro. Lavalleja envió un parlamento a Laguna pidiéndole una entrevista separados de las fuerzas, la tuvieron y no conviniendo Laguna tomar parte en la Cruzada porque no veía elementos de triunfo, Lavalleja le intimó se disponga a batirse porque lo va a cargar como su enemigo. Así lo hizo y puso en fuga a 80 hombres que tenía, tomando prisioneros la mayor parte, que como orientales se incorporaron a los patriotas. El Coronel Laguna y Capitán don Servando más tarde figuraron de Jefes en esa memorable campaña. ¡Eran orientales!!!

LOS TREINTA Y TRES DESPUES DE LLEGAR A TIERRA ORIENTAL

Relato de Atanasio Sierra

Estábamos, decía, en una situación singular. A nuestra espalda el monte, al frente el caudaloso Uruguay, sobre cuyas aguas batían los remos de las tres lanchas que se alejaban; en la playa yacían recados, frenos, armas de diferentes formas y tamaños; aquí dos o tres tercerolas allá un sable, aquí una espada, más allá un par de pistolas; ponchos por un lado, sombreros por el otro, todo mezclado aún como se

había desembarcado. Este desorden, agregado a nuestros trajes completamente sucios, rotos en varias partes y que naturalmente no guardaban la uniformidad militar, nos daba el aspecto de verdaderos bandidos.

Desde las once de la noche del 19 hasta las nueve de la mañana del 20, nuestra ansiedad fue extrema. Continuamente salíamos a la orilla del monte y aplicábamos el oído a la tierra por ver si sentíamos el trote

de los caballos que esperábamos. Lavalleja se paseaba tranquilamente al lado de un grupo de *sarandíes*, y habiéndosele acercado don Manuel Oribe y Zufriategui diciéndole que eran las seis de la mañana y no llegaba Gómez con los caballos, les respondió sonriéndose: "Puede ser que Gómez no venga porque los brasileiros lo tendrán apurado; pero Cheveste volverá, y con caballos; es capaz de sacarlos de la misma caballada de Laguna". Cuando don Tomás Gómez, acompañado de Cheveste y don Manuel Lavalleja, llegaron con los deseados caballos, hubo muchos de nosotros que se abrazaron al pescuezo de éstos dándoles besos como si fuesen sus queridas".

LA HAZAÑA LIBERTADORA DE 1825

Evocada por Lavalleja

El 19 de abril del año 25 desembarqué en la margen Oriental del Uruguay con 32 hombres que me acompañaban, costeados de mi peculio; y sin más inteligencia con los habitantes de esta Provincia, que con dos que debían esperarme con caballos, lo que no tuvo efecto por varios accidentes y sólo venía fiado

en el patriotismo de los orientales, que contribuirían a ayudarme en la empresa.

No tenía ninguna inteligencia con el gobierno de Buenos Aires, Entre Ríos, etc., para que me auxiliasen y sólo algunos ciudadanos lo hacían particularmente.

Seguí los primeros pasos de mi

empresa con todos los trabajos que ofrecía mi debilidad, hasta que el 28 hice prisionero a Don Frutos, en Monzón; quien me ofreció que si lo perdonaba me acompañaría en la empresa. Lo hice y enseguida desarmamos la fuerza que se hallaba en San José al mando del coronel Borbas.

"Fragmento de las memorias inéditas del Brigadier General Juan Antonio Lavalleja, escrita por su letra, que existen en el archivo de su nieto el señor Constantino Lavalleja". Publicadas en "Minas - Lavalleja", 1902.

JUAN A. LAVALLEJA

a su esposa Ana Monterroso

San José Mayo 2-825

Mi querida Anita. El 19 salté en tierra. El 23 atacué a D. Julián Laguna y a Servando en San Salvador. El 24 entré en Soriano. No quiero atacar a la Capilla en Mercedes por evitar un desorden en los vecinos de aquel pueblo. Continué mi marcha al interior de la campaña, y tuve noticias que D. Frutos venía en marcha de la Colonia a incorporarse a una fuerza de 300 Portugueses que cruzaban la campaña, y ésta fue cortada por nosotros.

Desatendí todas atenciones y me propuse perseguirlo día y noche y el 29 a las once de la mañana lo hice prisionero con 6 oficiales que le acompañaban y 50 y tantos soldados.

No te puedo pintar cual fue la situación de aquel hombre cuando se

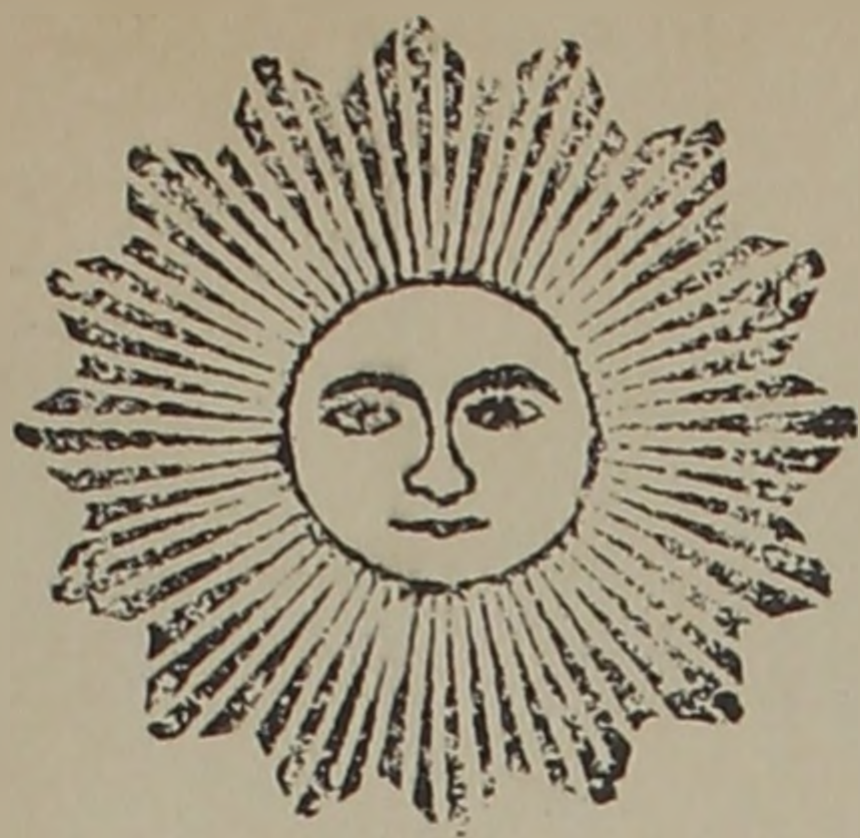
vio entre mis manos: me suplicó le librara su vida; a estas expresiones me encomendó y le hice ver que no era tan ingrato como él: yo traté de sacar de este acaso imprevisto todas las ventajas que me podían ser favorables, y lo primero fue hacerle hacer un oficio para el Coronel Borba que se hallaba en San José de guarnición para que saliera con toda su tropa y poderlo sorprender. Efectivamente logré mi intento: fueron prisioneros 150 soldados y 9 oficiales.

En fin hija me veo tan lleno de atenciones que no tengo un pequeño lugar: basta decirte que vamos con toda felicidad. Ya está reunido conmigo D. Bonifacio Calderón con 100 hombres y 200 que están en el paso del Durazno ya están a mis órdenes. Yo marché en esta misma hora que

son las 9 de la noche sobre Canelón y mañana pienso estar en el Cerrito de Montevideo. Ya no tengo nada que temer. La Provincia se ha pronunciado de un modo indecible a mi favor. En la adjunta de Oribe para La Torre van más detalladas nuestras operaciones. Yo no tengo tiempo por eso no lo hago, pero dentro de 4 días mandaré a Cheveste y te escribiré circunstanciadamente; esto mismo hazle presente a los amigos y que no les escribo por que no me es posible pues ya marcha la tropa sobre el enemigo y no puedo detenerme un solo instante. La carta de Oribe instruirá a todos. Expresiones a mi amigo D. Pascual Costa y que dentro de 6 días le diré algo de bueno. A D^{na} J.^{na} Carlos que soy su amigo. A mi hija muchos y muchos cariños y tú manda a tu eterno esposo

J.A.L.

Documento copiado del original por el Dr. Francisco A. Berra.



EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES POR JUAN MANUEL BLANES

I

La Cruzada de los Treinta y Tres Orientales es el episodio de la historia nacional que más tempranamente impresionó la sensibilidad de nuestros artistas inspirándoles obras dramáticas, composiciones poéticas y la primera tela de carácter histórico: el óleo de Josefa Palacios, natural de Colonia, que alrededor de 1854 representó en el lienzo el desembarco de los Treinta y Tres Orientales.

En 1832, cuando aún vivían la mayoría de los protagonistas, el Dr. Carlos Villademoros llevó a la escena el acto del juramento de Libertad o Muerte tomado por Lavalleja a sus compañeros en el arenal de la Agra-ciada en el amanecer del 19 de abril de 1825, juramento cuya existencia real ha sido alguna vez controvertido.

Posteriormente, en 1878, Juan Manuel Blanes, inmortalizó aquel momento en la tela titulada "El juramento de los Treinta y Tres Orientales" que inflamó el sentimiento popular al exhibirse en Montevideo y que, desde aquel entonces, identificó en el espíritu público el juramento con el desembarco y a ambos con la independencia nacional. A ello contribuyó también, en fuerte grado, "La Leyenda Patria" que meses más tarde, mayo de 1879, Juan Zorrilla de San Martín recitó al pie del monumento a la Independencia Nacional en Florida, en ocasión de su inauguración. En inspirados versos que conmovieron al público, el poeta exaltó la epopeya de los cruzados de 1825 y evocó la escena del

juramento cuya imagen había creado el pincel de Blanes.

El propio Blanes, en la *Memoria* que presentó a la "Sociedad de Ciencias y Artes" el 5 de enero de 1878, explicó la elección del momento del juramento como tema de su cuadro en los siguientes párrafos: "Había rechazado siempre la escena del desembarco, no sólo por los inconvenientes de la hora Histórica (noche) sino porque me forzaba a pantomimas y recursos que podrían comprometer la dignidad de la representación y su legibilidad. ¿Puedo decirlo? No habría llegado más que a alguna imagen que tanto parecería de héroes generosos, como de gentes de intención dudosa, pues no era posible abundar la disposición con accesorios de licencia o fantasía artística".

"La arenga o proclama que Lavalleja (el General) dirigió a sus compañeros en la mañana del desembar-

co, y a sol alto, parecía uno de los mejores episodios; pero encontré razones para no adoptarlo, porque la *conveniencia* buscada no estaba en distinguir demasiado al jefe y a los subordinados, sino en caracterizar igualmente el propósito de que estaba animada aquella colectividad de héroes, para todos los cuales el peligro era igual, como igual fue el coraje con que lo desafiaron".

"Había pensado siempre en su juramento, pero esta idea me había sido combatida muchas veces por los que no creen que haya tenido lugar ese acto en Gardizábal (actual arroyo Gutiérrez)".

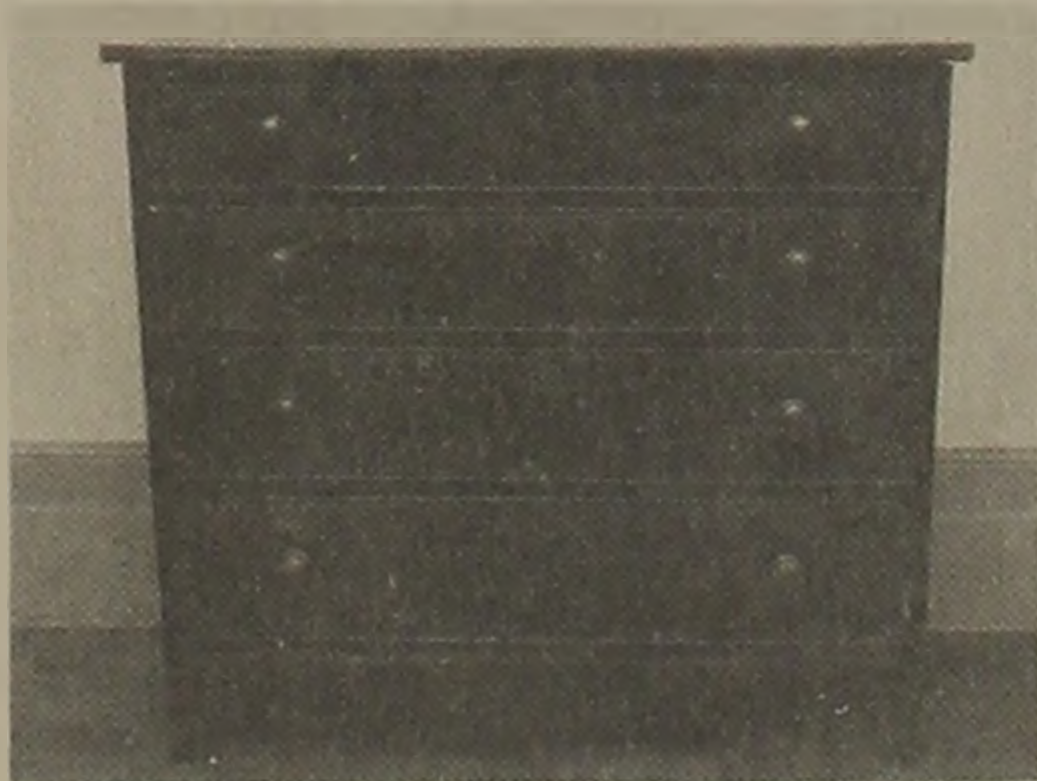
"Esta lucha se hacía cada vez más incómoda y sólo cesó cuando una voz amiga fortificó mis opiniones, con argumentos idénticos a los que me llevaban a reconocerle más nobleza al juramento que a la proclama".

"Es un principio artístico universalmente recibido, que hay verosimilitudes preferibles a muchas verdades, y me parece innecesario insistir sobre él".

"He adoptado pues la verosimilitud del juramento, porque es *bella, conveniente, buena*, esto es, hace *unidad una*, da acción é interés a todos los personajes, sin que las gradaciones de *unidad subalterna* disputen valor a la *unidad principal*".

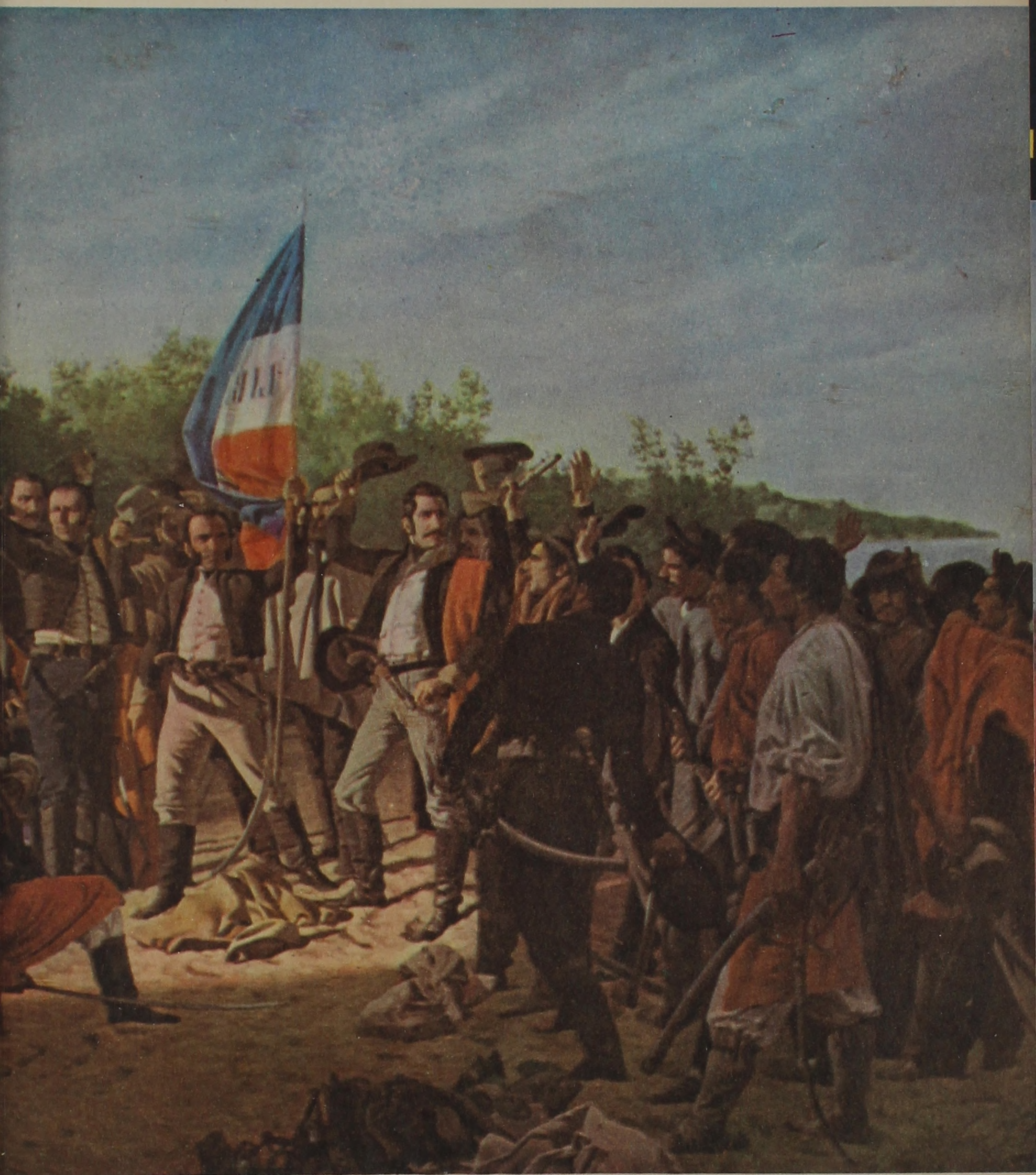
Es exacto que la Historia no ha recogido aun el documento que de manera irrefutable verifique la realización formal del hecho que rememora el óleo de Blanes, pero es evidente que la Cruzada Libertadora,

(Continúa en la pág. 18)



COMODA
Que perteneció a
Pedro Trápani
en la que se custodió la
documentación de
la Cruzada Libertadora de 1825
Museo Histórico Nacional
Montevideo





EL JURAMENTO
De los Treinta y Tres
Dibujo a pluma de Blanes



La numeración empieza a la izquierda del espectador con el número 1, y termina con la última figura del cuadro, siguiendo estrictamente el orden de colocación sin tener en cuenta la perspectiva.

1, Ignacio Núñez—2, Juan Acosta—3, Felipe Carapé—, 4, Juan Rosas— 5, Celedonio Rojas—6, Manuel Meléndez—7, Avelino Miranda—8, Agustín Velázquez—9, Manuel Freire—10, Joaquín Artigas—, 11, Gregorio Sanabria— 12, Santiago Nieves— 13, Santiago Gadea— 14, Ignacio Medina— 15, Jacinto Trápani— 16, Luciano Romero (arrodillado)— 17, Juan Spikerman—18, Pablo Zufriategui— 19, Simón del Pino— 20, Manuel Lavalleja—21, Juan Antonio Lavalleja— 22, Atanasio Sierra— 23, Manuel Oribe— 24, Andrés Spikerman— 25, Ramón Ortiz— 26, Basilio Araujo—27, Juan Ortiz—28, Pantaleón Artigas— 29, Andrés Chebeste —31, Francisco Lavalleja— 32, Dionisio Oribe— 33, Carmelo Colman.



Faint handwritten text in the upper right corner, possibly a date or reference.

la Ciudad de Montevideo, Capital de la Republica Oriental del Uruguay

Faint handwritten text at the top of the main body.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

Faint handwritten text line.

ACTA DE DONACION

De tres fragmentos de la bandera de
los Treinta y Tres realizada por Juan
Spikerman en 1858.
Museo Histórico Nacional. Montevideo.



por sus singulares rasgos heroicos, fue la obra de un grupo de juramentados. Isidoro De María en su "Compendio de Historia de la República Oriental del Uruguay" (Tomo V, págs. 28-29. Montevideo. 1901), al referirse a los trabajos preparatorios de la empresa realizados en Buenos Aires, dice al respecto: "Allí contrajeron el solemne compromiso de iniciar la rendición de la Patria, obligándose bajo juramento a emprender la Cruzada Libertadora, a costa de su vida y su fortuna. Labraron un acta de ese compromiso patriótico, por lo cual aceptaban formalmente el de abordar la libertad de la Patria, ó morir en la demanda, nombrando para jefe de la empresa al Teniente Coronel Don Juan Antonio Lavalleja; agregando que si fallaba se comprometían a renovar la una y veinte veces".

"Esa acta firmada por todos la entregaron original en el mismo instante al jefe nombrado. Lavalleja la recibió gozoso guardándola en el bolsillo. Desgraciadamente no tomaron copia de ella, y en medio de las tribulaciones del tiempo, se le perdió a Lavalleja, por cuya causa quedó la historia privada de poder consignar ese precioso documento en sus páginas".

Isidoro De María, seguramente, tomó esta información de las *Memorias* de Luis Ceferino de la Torre, uno de los integrantes de la Cruzada, quien, luego de referirse a los trabajos preparatorios realizados en Buenos Aires y a las reuniones que un grupo de patriotas celebraban en su casa, dice que allí "firmaron espontáneamente un compromiso jurando sacrificar sus vidas en la libertad de su patria dominada por el Imperio del Brasil".

Formaban ese grupo Juan Antonio Lavalleja, Manuel Lavalleja, Manuel Oribe, Luis Ceferino de la Torre, Pablo Zufriategui, Simón del Pino, y Manuel Meléndez.

En poder de Lavalleja, designado jefe, quedó — según esta versión — el documento suscrito por aquellos patriotas. Más adelante la *Memoria* de de la Torre menciona el juramento que fue pronunciado luego del desembarco. "El 19 de abril de 1825 pisan los 33 libertadores el suelo patrio, desembarcando en el Arenal Grande y se encuentran sin caballos ni noticias de D. Tomás Gómez".

"El inmortal Lavalleja ordena a los tres lanchones su regreso, y con la rodilla en tierra desplegando las dos banderas juran ante Dios y por la Patria libertarla del poder extranjero o perecer en la lucha". ("Revisita del Instituto Histórico y Geográfico". T. 19, página 316).

Juan Spikerman, otro de los Treinta y Tres, se refiere también al juramento prestado por los cruzados. Dice en sus *Memorias* que, concluido el desembarco, "Lavalleja tomó la bandera y nos dirigió una proclama llena de fuego y patriotismo a la que contestamos con el mismo ardor, jurando llevar adelante nuestra empresa de Libertad o Muerte".

Este tipo de *Memorias*, como fuente de la Historia, debe ser tomado con cierta reserva ya que generalmente son escritas muchos años después de los sucesos a que se refieren: sin mayor rigor cronológico y sin la información documental necesaria para la precisión de la información, la que surge simplemente del recuerdo que sobre los acontecimientos conserva el autor, recuerdos desdibujados, muchas veces, por la edad o idealizados a través de los años. Sin embargo, la referencia al juramento por dos de los actores de aquella jornada, el antecedente de haberlo escenificado en su obra el Dr. Villademoros cuando vivían Lavalleja y sus compañeros, unido a la naturaleza misma de la empresa, convierten el hecho como acertadamente considera Blanes, no sólo en verosímil, sino en un acto verdadero recogido por la tradición y por las crónicas. Al artista le es lícito entonces interpretarlo plásticamente. Siendo pues verosímil y posible el juramento, Blanes consideró que se daba en él la primera condición que requiere la pintura histórica. Además, el episodio elegido satisfacía,

sin duda alguna, la segunda condición, belleza espiritual, porque es bella — dice — la verdad de los Treinta y Tres, capaz de infundir en el espectador "los encantos y el valor de las virtudes patrióticas" que él ha procurado recordar en su cuadro.

II

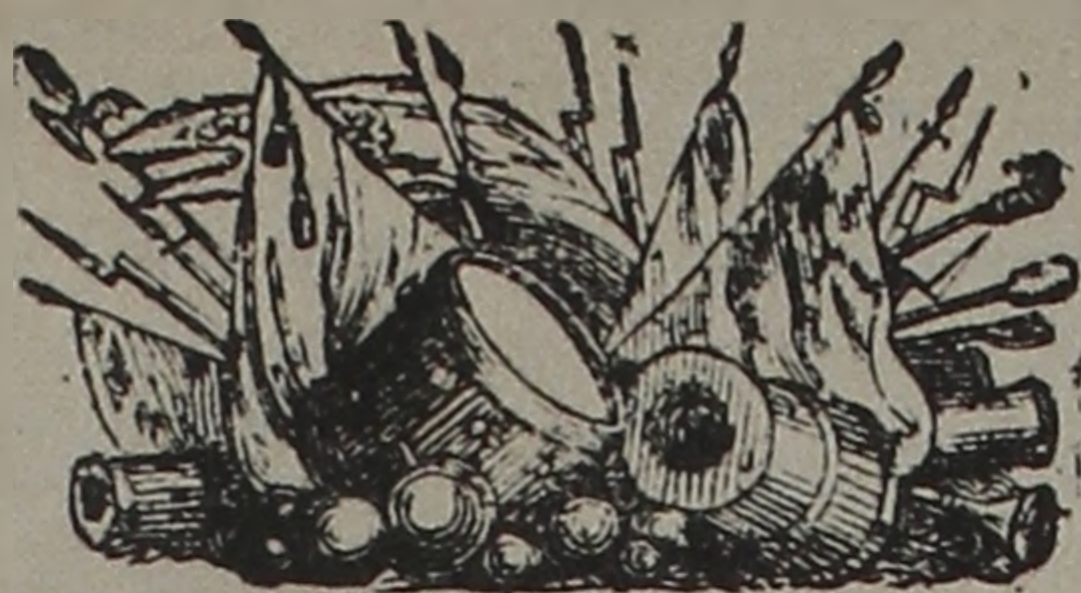
EL CUADRO DE BLANES

El 19 de abril de 1859 el Sargento Mayor D. Juan Spikerman donó a la señora Josefa Cavia de la Torre dos fragmentos de la bandera de los Treinta y Tres Orientales que había sido confeccionada por Luis Ceferino de la Torre labrándose un acta de la ceremonia, la que se custodia en el Museo Histórico Nacional. A la izquierda del texto de dicha acta aparece dibujada a pluma, una hoja de palma en la que se han inscripto los nombres de los integrantes de la cruzada del 19 de abril.

La letra "E" inicial del acta tiene como fondo una viñeta, también dibujada a pluma, que representa el desembarco de los Treinta y Tres. En el centro del grupo aparece Lavalleja con la bandera de los cruzados en alto flanqueado por los compañeros que en la composición forman un círculo.

¿Quién fue el autor de este dibujo en el que aparece anticipada la idea de la composición lograda por Blanes en 1878?

Entre los firmantes del acta figuran dos nombres que podrían corresponder a su autor: Juan Manuel Besnes e Irigoyen y Juan Manuel Blanes. Nos inclinamos a creer que el dibujo es obra de Blanes lo que vendría a constituir un interesante antecedente del lienzo de 1878. Si no lo fuera su intervención, en aquel acto lo vincula ya al tema de los Treinta y Tres y pone en evidencia su interés por aquel hecho histórico y las reliquias que de él se conservan. Es probable, que en esta época haya surgido en su mente la idea de una gran tela sobre el asunto. Entre los firmantes del acta de 1859 figuran también dos de los integrantes de la cruzada lavallejista: Atanasio Sierra y Juan Spikerman, de quienes debió Blanes, seguramente, escuchar una versión animada de los hechos que impresionaron su espíritu en el que fue paulatinamente madurando



LOS TREINTA Y TRES.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

POR EL

DOCTOR D. CARLOS G. VILLADEMOROS.

ACTORES.

D. JUAN A. LAVALLEJA... General y primer Ge-
[fe de los 33.

" MANUEL ORIBE.... }
" MANUEL LAVALLEJA } Oficiales Superiores
" PABLO ZUFRIATEGUI } de los 33.
" TOMAS GOMEZ..... vecino de la B. O. y
SU ESPOSA.

D. JACINTO TRAPANI.... Ayudante del Gene-
ral Lavalleja.

" JULIAN LAGUNA..... Coronel al servicio
del Brasil.

UN JUEZ DEL PUEBLO-de San Salvador.

UN MENSAJERO.

TROPA de los TREINTA Y TRES.

FACSIMIL DE LA PRIMERA PAGINA

De la obra de
Carlos G. Villademoros sobre
la cruzada de los Treinta y Tres.

Publicado en 1835 en
"El Parnaso Oriental"

la idea de la obra. Años después, en agosto de 1865, Blanes escribió a Andrés Lamas sobre la posibilidad de hacer el cuadro en términos tales que permiten deducir que esa intención desde tiempo atrás animaba al pintor y era conocida por algunos compatriotas. "A propósito de cuadros de historia, expresa Blanes, y con motivo de mejoras que el Gobierno hace aquí en la casa de gobierno, el Sr. Juan Ramón Gómez

tuvo la feliz ocurrencia de hablarme sobre la oportunidad de hacer el cuadro sobre el desembarco de los 33 patriotas. Esta idea que para usted no es nueva por cierto, halagó no ya mis deseos de sacudir la mezquindad y las penas de mi vida material, pero sí el deseo de mostrarme en cuanto me considero capaz como pintor de historia, para alcanzar algo más de lo que se me acuerda como retratista, como le llaman a uno por

aquí". Sobre este proyecto de 1865, no realizado entonces, Blanes agrega: "Hice un boceto que se me pidió, y me presté a hacerlo sin conocimiento del lugar del desembarco para mostrar una composición solamente...".

En 1865 fracasó la gestión con el gobierno pero Blanes siguió alentando su proyecto y en 1875 se puso a la tarea de pintar el "Juramento de los Treinta y Tres Orientales".

Comenzó por estudiar sobre el terreno el lugar en que se desarrolló la acción visitando en la madrugada del 19 de abril de aquel año la playa de la Agraciada, para apreciar el mismo paisaje que sirvió de escenario al acto que iba a evocar con sus pinceles, en las condiciones más análogas a las que pudieron darse en la mañana del 19 de abril de 1825 a fin de ambientar de ese modo el solemne episodio con elementos de la realidad.

La obligación de ser veraz se la imponía su concepto de que el cuadro histórico, además de apoyarse sobre una verdad bella, debe dar una justa representación del hecho que interpreta.

En la Memoria de la "Sociedad Ciencias y Artes" ya mencionada, Blanes explicó cómo entendió que debía componer su tela sin perder de vista otra de las exigencias de la pintura histórica, la de recrear el pasado provocando emociones con imágenes que no desagraden, lo que él denomina "belleza óptica".

Esta exposición de Blanes, explicativa de su cuadro, es particularmente interesante no sólo por lo que puede servir para la comprensión de la obra en sí, sino principalmente porque ilustra de una manera acabada, sobre el pensamiento pictórico del artista y sus concepciones en materia plástica.

"Cuando he dicho que el intento de un cuadro de historia nacional era en mí una inclinación, he querido decir que, tratando de encontrar lo que a mi propósito conviniera, (y este propósito era el cuadro de los Treinta y Tres), he tenido que ocuparme incesantemente en darme cuenta clara del asunto por los medios á mi alcance, hasta penetrar, si puedo decirlo así, en el espíritu que reinó en la escena real, cuya interpretación intentaba. Debía, pues, ahorrarme vacilaciones en la tela, y para consignar en ella un pensamiento ordenado se hacía necesario haber entendido ya el asunto,

Opone, diestro, el invencible brazo;
 Aquesto nos salvó; y al fin nos vemos
 En el seguro puerto, deseado,
 Adonde yo el primero conducido,
 Mi grata voz al eternal levanto.
 Pronto aquí llegarán mis compañeros
 Y pronto Gomez, el fraterno abrazo,
 De ellos recibireis...:.....

ESCENA 4.ª

Al finalizar D. MANUEL LAVALLEJA estas expresiones se hará sentir un pequeño ruido y LAVALLEJA y GOMEZ verán ya en tierra á todos, los que mientras el hablaba venían remando acia la costa. Al verlos D. MANUEL LAVALLEJA dirá á GOMEZ.

LAVALLEJA (D. MANUEL.)

Helos amigo.

GOMEZ;

Oh Dios! venero tus decretos altos!

D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA es el último que salta en tierra con una bandera tricolor en la mano izquierda, y en el momento incando una rodilla, pronunciará la invocacion siguiente. El acto de incarse lo imitan todos,

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Salve Patria infeliz! mi Patria amada!

Fragmento de la obra teatral
 de Villademoros que hubo de
 representarse en 1832

y haber previsto todos los efectos. Con tanta mayor razón he debido cuidar mis reflexiones, cuanto he reconocido, siempre ser el asunto superior á mis fuerzas”.

“La claridad, la simplicidad, la unidad, los episodios, el traje y el modo, esto es, la precisión, la economía, la armonía, el interés y el aspecto, debían tener la palabra en la composición, para llegar a una verdad inteligible y óptica”.

“Creí, pues, que la composición debía apoyarse en la idea verosímil y hasta probable, de que la disciplina particular, voluntaria, y tolerada en sus descuidos, y que habría de tomar forma militar cuando hubieran de producirse Rincón, Sarandí, Cerro, etc.”.

“Así es que para mi composición, no es visto más que un grupo de amigos abnegados, resueltos, valientes, y sirviéndome de una frase de

Sarmiento empleada a mi propósito, “me he hecho cómplice en la escena”, y nos hemos acomodado como Dios quiere en derredor de la bandera cuyo triunfo proclamamos y juramos”.

“La verosimilitud me ha hecho adoptar este como *Dios quiere* para componer la representación de ese acto, que nació sin duda, de la confianza en el valor y la justicia de la causa, más que de la confianza en el aparato”.

“El partido tomado tenía dificultades, porque era necesario evitar la monotonía, el demasiado acomodo, el demasiado descuido; no sé, señores, si he logrado triunfar de estas dificultades”.

“Cuestión previa para el concep'o de esta composición, la *línea dominante* debía escogerse, y he preferido la horizontal porque convenía á la exposición de treinta y tres figuras que no debían hacer hileras”.

Más adelante dice que todas las figuras representadas concurrían a un solo objeto y habiéndose propuesto una escena que pudiera ser abarcada por la vista en toda su extensión dio, a la agrupación general, una “intención circular bastante marcada”.

Luego continúa: “Me he esforzado por alcanzar los caracteres generales de la humanidad para leerlos a través de un grupo de patriotas uruguayos; y si la representación no brilla por lo chispeante, no se excede en las afectaciones, que son contrarias a la convicción, que comprometen la gravedad, que desvirtúan el pensamiento representado: así, más que una imprudente altanería, pensé que conviniese la naturalidad y la dignidad”.

“He tratado de ser preciso, cuidando que la perspectiva, llave de la representación óptica, me diese el resultado apetecido, sin precipitar la degradación de los tonos y las líneas, recurso que no responde a la ocultación del arte, y que pertenece a la categoría de lo afectado y lo amanerado. Si la imagen hubiera de llegar sólo a los sentidos, esa manera y esa afectación tendrían el interés que despiertan cuando se ha de juzgar una pintura con la vista solamente. Dirigiéndose conjuntamente al sentido y a la inteligencia, la pintura obra como el espejo en condiciones de arte imitador, y en condiciones de arte liberal; pero no sé señores, si he podido romper el círculo de la

Al fin toco tus costas oprimidas
Y el Dios eterno, de las almas, dueño
Aquí, en mi pecho renovar las iras
Y la venganza ve que atrajo dura
Del Lusitano la ofension impia!
Salve! mil veces salve! helos tus hijos,
Tus hijos sí, de la mancion querida,
Dó la abundancia grata los rodeaba,
Profugo, ay! y en la miseria mira,
Mira el fiero mortifero, en su mano,
Precursor del estrago y de la ruina,
Mira el fiero sembrante, en que la rabia,
La sangre, anuncia que veras vertida.
Sangre del invasor! Sangre que piden
Los sacras sombras, de la tumba fria,
Dó el furor de la guerra, las lanzara
De dó al furor y á la venganza, incitan.
Venganza sin piedad! amigos todos,
Tenden la espada y á la faz benigna,
Del Dios de los mortales. Hoy juremos
No gozar de quietud, sino concluida
La raza infame, que al Oiente libre,
De esclavo el nombre, vergonzoso, fija.

Todos.

Lo juramos.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Señor! El juramento

Acepta, que prestamos y castiga
Con el rigor de tu potente diestra,
Al que cobarde, de llenar desista,

EL JURAMENTO

Lavalleja toma juramento
a los cruzados

quimera con mis desvelos, por hacer de la representación alguna belleza óptica, y alguna verdad intelectual".

Declara luego que ha desterrado de la representación todo lo que pareciese jactancioso y audaz en los personajes atendiendo más bien a la sencillez de algunos. "He huído, expresa, servir con el gesto la vanidad ciega, porque no he pensado, ni remotamente, llegar a superar a nadie por medio de exageraciones impru-

dentes. Sólo he procurado tentar un fin, no para los iniciados en el arte, sino para hacer comprensible el espectáculo, que debe hablar a todos los hombres".

"Los aficionados a los hallazgos de taller y de Academias cuya admiración y alabanzas quisiera conquistar y merecer, han de encontrar muy poco que aplaudir en esta tela".

"Entre las faltas que pueda haber incurrido a algunos ojos, no pare-

cería la más perdonable la manera como he usado el retrato..." "el dominio de la historia para el pintor se distingue mucho de el del retrato, porque la acción y las pasiones le sacan fuera del retrato ordinario para servir signos especiales: así es que en el caso del cuadro de los Treinta y Tres la representación conveniente de la edad y la expresión, me ha impuesto algunas modificaciones".

En otro pasaje justifica el vestuario con el que presentó a sus personajes: "Los vestidos sirven la memoria de la época, y no he creído deber abandonarlos por más que el arte prescriba límites para su uso y limite la extensión de su exacta imitación. No creo que particularidades que estima reconocer históricas y nacionales, no pueden decorar con dignidad el sujeto, por la sola razón de que el traje no sea el principal placer que ha de producir la pintura. No lo creo, además, porque si hay en el arte, como los hay realmente, asuntos históricos de traje consagrado, el de los patriotas del año 25 debe consagrarse en el Uruguay para las imágenes históricas de aquellos días".

El dibujo y el claroscuro como medios de realizar la pintura fueron utilizados, según Blanes, de acuerdo a las necesidades de la representación. En cuanto al colorido declara que era para él "el medio más peligroso de este cuadro, por lo descuidado del acto casi reclamaba un tema ruidoso de color, que, por otra parte se armonizaría mal con la nobleza de la acción y la severidad del propósito".

"En esta parte — agrega — me he limitado a hacer de manera que el espectador no dude de la cualidad de los objetos, y no he pensado en ostentar energías fuera de oportunidad, ni coloraciones extrañas. La variedad sola no ha evitado repeticiones inmediatas de color, y no dudo, señores, que procediendo así, *dejaré acaso muchos gustos por satisfacer*".

Blanes termina esta parte de su exposición refiriéndose a lo que él llama "el toque" que declara ser en este cuadro el característico de sus pinturas. "No es mi toque seguro como el de Ribera, gracioso y sabio como el de Rembrandt, ni osado como el de Rubens. Tocando, estudio más que no aventuro, y fio menos que no temo".

En un punto distante, donde importa
Que, con valor y actividad, se espida.

(Dando la lista al marinero)

Ahora, tomadla, y marcha.

LISTA.

CLASES Y NOMBRES.

General,	Soldados,
D. Juan Antonio Lavalleja	Avelino Miranda
<i>Cefes,</i>	Celedonio Rojas
D. Manuel Oribe	Andrés Areguetti
" Pablo Zufriategui	Juan Ortiz
" Manuel Lavalleja	Carmelo Colman
" Manuel Freire	Ramón Ortiz
" Simón del Pino	Dionicio Oribe
" Basilio Araujo.	Juan Rosas
<i>Oficiales,</i>	Felipe Carapé
D. Santiago Gadea	Francisco Lavalleja
" Atanacio Sierra	Joaquín Artigas
" Jacinto Trapani	Juan Acosta
" Gregorio Sanabria	Santiago Ni va
" Manuel Melendes	Ignacio Nuñez
" Pantaleón Artigas	Andrés Cheveste
" Juan Piquiman	Luciano Romero
" Andrés Piquiman.	Agustín Velásquez
	Ignacio Medina.

El marinero luego que toma la lista, se embarca precipitadamente y empieza a aljarse de la costa, remando. Luego que Lavalleja lo vé distante dirige á Gomez la palabra.

LISTA DE LOS
TREINTA Y TRES
Que figura en la obra de
Villademoros

III

DESCRIPCION E IDENTIFICACION DE LOS PERSONAJES

La tela de Juan Manuel Blanes suscitó en el Río de la Plata, desde el momento en que fue conocida, juicios y comentarios entusiastas y admirativos que consagraron el talento del pintor. La obra llegó rápidamente al alma popular por su extraordinaria expresividad, por la signifi-

cación histórica del episodio, y, también, por el acierto y la oportunidad de las publicaciones que divulgaron detalles que ayudaban a interpretarla. Entre éstas debe mencionarse la relación de los personajes representados en la escena del juramento y el croquis correspondiente que se publicó en un folleto, como complemento de la "Memoria sobre el cuadro del juramento de los 33" antes citada, y que circuló en la época,

profusamente. El croquis permitió identificar a cada uno de los personajes, de acuerdo a la nómina tomada de una de las listas de los Treinta y Tres tomada en la época como verdadera y a la siguiente explicación que lo acompañaba: "La numeración empieza a la izquierda del espectador con el número 1, y termina con la última figura del cuadro, siguiendo estrictamente el orden de colocación sin tener en cuenta la perspectiva".

El Dr. Francisco A. Berra, eminente pedagogo, autor de numerosas obras didácticas, entre otras, el controvertido "Bosquejo Histórico", poseedor del don especial de desarrollar con prolija exactitud los temas que trataba, en un estudio crítico publicado en "El Siglo", en enero de 1878, realizó una minuciosa descripción de la tela de Blanes. La rigurosidad con que Berra realizó su tarea difícilmente puede ser superada, en cuya virtud se reproduce seguidamente el pasaje sustancial del capítulo descriptivo del mencionado estudio.

"El lienzo — expresa el Dr. Berra — representa, en un campo de 6 metros de longitud y 3,25 de alto, el lugar donde desembarcaron los Treinta y Tres. Se ven en perspectiva primeramente la playa arenosa, cuyo colorido es tomado del natural; a corta distancia, hacia el fondo, y en línea horizontal, que toma casi todo el largo del cuadro, el bosquecillo de mata-ojos, higuerones y ceibos, sobre cuyas copas se extienden un cielo azul cruzado por blanquecinas nubes. A la derecha del espectador, casi perpendicularmente al plano general, corre el Uruguay, del que ve la orilla izquierda que forma la curva entrante de la Agraciada; y a la izquierda aparece la desembocadura del Gardiábal. El sol, que ilumina el campo de trecho en trecho, por los claros que los árboles dejan, se levanta a pocos grados del horizonte, y sus rayos caen en ángulo agudo, tomando paralelamente la línea del indicado bosque".

"Una de las tres embarcaciones que condujeron la expedición empieza a alejarse del arroyo en dirección a la margen entrerriana del Uruguay; y los Treinta y Tres, abandonados a su suerte, ocupan la playa, en tamaño natural, formando un grupo sin orden, en línea horizontal irregularmente convexa hacia el fondo, y a penas subdividido en tres:

uno central, en que figuran D. Juan Antonio Lavalleja; a su derecha, y en plano sucesivos, D. Manuel, su hermano, del Pino, Zufriategui, D. Juan Spikerman, Romero, Trápani, Medina, Gadea, Nievas, Sanabria, Joaquín Artigas, Freire, Velásquez, Miranda, Meléndez y Rojas; y a su izquierda, Sierra, D. Manuel Oribe, D. Andrés Spikerman, D. Ramón Ortiz, Araújo y D. Juan Ortiz. El grupo que queda al oriente consta de Rojas, Carapé, Acosta y Núñez; y en el occidental están situados Pantaleón Artigas, Areguati, el baqueano Cheveste, Francisco Lavalleja, Dionisio Oribe y Colmán”.

“De pie, como casi todas las figuras, y atrayendo así la atención de sus compañeros, está hacia el centro de los grupos el retrato del jefe de los cruzados, entonces coronel D. Juan Antonio Lavalleja, de baja estatura y de cuerpo robusto. Viste pantalón blanco, que entra en las cañas de las botas, chaleco cerrado del mismo color, casaquilla negra con cuellos y puños amarillos. Está armado de espada, cuyo cinturón de cuero sostiene dos pistolas. Con la mano izquierda levanta una de las banderas tricolores, y con la derecha señala el suelo, en que están su poncho de viajero y su sombrero. Su fisonomía, un tanto enérgica, y su actitud toda, es la del hombre que acaba de jurar solemnemente hacer triunfar la idea escrita en la insignia que su brazo hizo tremolar el primero, o morir por ella en el suelo que pisa”.

“A su derecha y a su izquierda le acompañan los Sargentos Mayores don Pablo Zufriategui y don Manuel Oribe, brillantes figuras en el lienzo, que no menos lo fueron en el desenvolvimiento de la inmortal empresa. El primero, de porte bizarro, lleva chaqueta con alamares, cuya abertura deja ver el chaleco blanco que cae sobre el pantalón de un bello azul turquí. Tiene, como Lavalleja, dos pistolas en la cintura; pende de su brazo izquierdo un poncho liviano, y la mano derecha, con que empuña la espada, así como la vista, se dirigen hacia el Oriente, por donde el sol testigo de su juramento, empieza a subir siguiendo su eterna carrera. El segundo, alto, delgado, joven, de distinguida apostura, vestido de chaqueta con vueltas amarillas y chaleco blanco y alto, y pantalón mezclilla, apoya la mano izquierda en el puño de la espada y levanta la



derecha, con que tiene el sombrero, en actitud de responder en voz elevada y entusiasta al juramento de su jefe.

“A la derecha de Zufriategui, casi a los pies de Lavalleja, está Luciano Romero, joven paisano campesino, de cuerpo flexible, vestido de poncho recogido sobre los hombros, remangada la manga de la camisa, mantilla roja, blanco calzoncillo y botas sobre él. Carga trabuco en la cintura, levanta la cabeza dirigiéndola al protagonista de la campaña y tiene el sombrero echado a la nuca, la rodilla izquierda sobre la arena, la mano del mismo lado sobre el pecho y la espada desnuda en la derecha. La difícil e intencionada actitud de esta figura, que hace valioso contraste con la de Lavalleja, al que salva de la subordinación física a que naturalmente lo condenan las esbeltas figuras de Oribe y Zufriategui, revela un corazón animado por entusiasta patriotismo, a la vez que un espíritu confiado en el director de la campaña y de voluntad resuelta”.

“Jacinto Trápani, Santiago Gadea y Gregorio Sanabria siguen a Romero por la derecha. El primero, robusto, de expresión entera y grave, chaqueta negra, chaleco marrón, pantalón mezclilla, poncho sobre el



hombro izquierdo, sombrero en la mano correspondiente y dos pistolas en la cintura, mira hacia el Norte, al interior del país, y señala a él con la espada que tiende horizontalmente con la mano derecha, presentando su frente al espectador, como Zufriategui. Sanabria se dirige al lado opuesto con la cabeza descubierta, chaqueta oscura, cuyo bolsillo derecho deja ver un pañuelo de seda, chaleco, cotonía rayada y pantalón claro; la mano izquierda enérgicamente apoyada en el pecho, la derecha levantada con la espada. Su aire, acentuado por el poncho que le cae desde el hombro diestro, es el del hombre arrojado que de los primeros y con honra, cayó en la acción de Sarandí. Pero la figura que entre los tres trae con más vigor la atención del curioso, es la de Gadea, situada en medio de las de Trápani y Sanabria, pero en el primer plano. Corpulento en lo alto y lo grueso, color cobrizo, cabello crespo y abundante, mirada torva, fisonomía un tanto sombría, sombrero echado sobre el lado y ojo izquierdos, traje exterior negro, chaleco azul, pañuelo rojo, saliente del bolsillo del pantalón, trabuco en la cintura, sable vestido en la mano izquierda, poncho en el mismo brazo, y la mano derecha extendida en línea horizontal en dirección al centro del grupo que describo, tales son los rasgos principales de este retrato, cuyo conjunto denuncia con claridad al bravo, independiente, impetuoso y alardeador”.

“Más a la derecha del cuadro, y terminando por esta parte los primeros planos del grupo central, aparecen: Freire, vestido de chaqueta y pantalón negros, chaleco blanco y poncho de invierno que pende con negligencia del hombro derecho, la espada en una mano y el sombrero en la otra; y Meléndez joven de buena postura, de traje negro, cabeza descubierta, y en actitud de pronunciar el juramento, a la vez que con la punta de la espada traza una cruz en la arena, en señal de la firmeza de su compromiso. Hacia el extremo opuesto del grupo ocupa el primer plan Basilio Araújo que, de espaldas al espectador, con la mano izquierda en la empuñadura de la espada y el sombrero en la derecha, indica la acción de expresar su voto con toda la fuerza de su voz. Con no menos expansión se pronuncia Ramón Ortiz, personaje rústico, vo-

luminoso, bien mantenido, con el aspecto de un buen hombre, muy accesible a los sentimientos patrióticos, que acompaña su estruendosa aclamación con los sacudimientos de los dos brazos levantados en todo lo largo que tienen sobre su cabeza, con una de cuyas manos agita la tercera destinada a multiplicar sus abundantes fuerzas”.

“Detrás de los personajes que componen este grupo, más o menos ocultos por ellos, y ocupando los planos posteriores, aparecen de derecha a izquierda del cuadro: Celedonio Rojas; Avelino Miranda; Agustín Velázquez; Joaquín Artigas; Santiago Nievas, que levanta la mano derecha con los dedos pulgar e índice dispuestos en forma de cruz, en ademán de jurar; Ignacio Medina, joven paisano del campo, que manifiesta con una franca risa el contento que le domina; Juan Spikerman; Simón del Pino; Manuel Lavalleja (detrás de su hermano); Atanasio Sierra, rostro sereno y continente noble, embellecido por un poncho blanco de fajas celestes, cuyos colores cambian vivacidad y gracia con los vecinos del ropaje de Oribe y Lavalleja; Andrés Spikerman, y finalmente, Juan Ortiz”.

“Acosta y Rosas aparecen en el grupo de la derecha del cuadro, detrás de Núñez y Carapé. El segundo está poco visible. El primero revela su condición y sus creencias, con las botas de potro que cubren sus pies y con el rosario y la cruz que levanta al tiempo de jurar. Núñez, joven de aspecto simpático, vestido con chaqueta, pantalón y poncho azules, mira hacia el centro de la escena, sin entusiasmo ni temor, casi impassible, sin dar señales de otro sentimiento que, acaso, el de la curiosidad, como si no entendiera bien la significación política y moral del acto en que figura. Carapé forma contraste con Núñez. De proporciones desarrolladas, de condición humilde y de costumbres agrestes, como lo indican su camiseta colorada flotante, la mantilla celeste que envuelve sus muslos, los calzoncillos largos, blancos y planchados, las botas de potro que le cubren los pies y el poncho de verano recogido por delante y echado para atrás por ambos lados de la cabeza, cuya corona cubre apenas un sombrero mal ajustado al volumen de su cráneo; acostumbrado, además, a recibir francamente el influjo de los hechos que de algún



modo pueden interesar los sentimientos vírgenes, Carapé oye la voz del que lo ha de dirigir en la lucha por la independencia, se entusiasma y a su vez grita, aumentando la energía de su expresión con el movimiento del brazo izquierdo que levanta casi hasta las nubes”.

“En el grupo más cercano a la orilla del Uruguay, a la izquierda de Lavalleja y Oribe, ocupan el primer plan Colman y Cheveste. Aquél, cubierto por un poncho de paño azul, pantalón del mismo color y botas de potro, imita el ejemplo de sus compañeros, con la invocación de la cruz, que señala con los dedos de la mano derecha. Detrás de él está el moreno Dionisio Oribe; en seguida, hacia el tercer plan, Francisco Lavalleja, arquetipo sin segundo de las representaciones de las razas indígenas ya extinguidas que poblaron las islas del Uruguay, que presencia la escena friamente, porque no la comprende; y hacia el centro, Pantaleón Artigas, en ademán de desenvainar la espada, Andrés Areguati. Chebeste hace parte de este grupo, pero el artista lo coloca en primer término, un tanto destacado, como para exhibirlo distintamente. Este individuo fue la inteligencia geográfica de los Treinta y Tres, por los extensos y minuciosos conocimientos que tuvo del terreno en que debía desarrollarse la acción revolucionaria. Fue, por eso, parte del alma que animó a los revolucionarios en el curso de su empresa, y el pintor ha querido asegurar la inmortalidad de su memoria supliendo lo oscuro del nombre con que fué conocido el héroe, por la acumulación en él de todos los méritos de que es capaz el talento artístico. Chebeste no tiene la pureza típica que se aplaude en Francisco Lavalleja, corre por sus venas alguna gota de sangre extranjera, pero es perfectamente lo que hoy llamamos un tipo criollo. Su traje lo constituyen la camisa, que deja desnudo

el antebrazo; un pañal colorado, sobre el cual descende desde la cintura el culero característico de nuestros hombres de campo, no contagiados por los caprichos de la moda europea; el calzoncillo blanco, metido en botas de potro, largas; poncho arrollado sobre el hombro derecho y sombrero de paja alto, con una pluma de pavo real en la cinta, en la mano, del mismo lado que está extendida para abajo y hacia atrás, por un acto reflejo de los sentimientos que lo dominan. Además, lleva en los pies espuelas de hierro, de domador; rebenque pendiente de un dedo de la mano izquierda, con la cual toma el sable por su parte media; manea que cuelga de la empuñadura de esta arma, haciendo de dragona, y trabuco y boleadoras por delante, sujetas en la cintura. Inútil sería empeñarme en explicar qué es lo que siente Chebeste. Su cara tiene una expresión indefinible: parece que la audacia, la astucia, el sarcasmo, la travesura, el cinismo, esto y mucho más, asoman a aquel rostro, y se mezclan para formar un complejo sin nombre, a manera de los rayos de mil colores dispersos, que por la acción de un lente convergen en un foco para resolverse en un compuesto que es a la vez idéntico y distinto de los elementos”.

IV

TRASCENDENCIA DE “EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES”

La Revolución Libertadora de 1825 y el episodio protagonizado por los Treinta y Tres Orientales que le dio comienzo, se incorporaron a la conciencia nacional, como etapa fundamental de nuestra Historia, antes que el período de la Patria Vieja, que tuvo por figura central al Jefe de los Orientales y fundador de la nacionalidad D. José Gervasio Artigas. El artiguismo, y todo lo que él representó en nuestra formación histórica, necesitó primero que una vasta labor crítica y polémica desarraigara las versiones calumniosas que lo habían deformado.

La hazaña de los Treinta y Tres, por el contrario, no fue discutida. La audacia del episodio; la trascendencia del movimiento libertador

LOS TREINTA Y TRES

HEROES.

que fundaron la libertad e independencia del ESTADO ORIENTAL
del URUGUAY en 19 de Abril de 1825.

GENERAL.

El Teniente Coronel.

D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

idem.

D. Manuel Oribe.

Mayores.

D. Pablo Zufreátegui.
D. Simon del Pino.

Capitanes.

D. Manuel Freire.
D. Manuel Laballeja.
D. Jacinto Trapani.

Alfereces.

D. Atanasio Sierra.
D. Pantaleon Arugas.
D. Manuel Melendez.

Vecinos.

D. Gregorio Sanabria.
D. Santiago Gadea.

Sargentos.

Juan Piquiman.
N. Areguati.

Cabos.

Avelino Miranda.
N. Velasco, muerto en ITUZAINGO.

Soldados.

Ramon Ortiz.
Juan Ortiz.
Andres Piquiman.
Carmelo Colman.
Santiago Nievas.
Miguel Martinez.
Juan Rosas.
Tiburcio Gomez.
Matias Gomez.
Juan Acosta.
Luciano Romero.
Juan Arteaga.....idem.
José Medina.....idem.
N. Carapè.

Baqueano.

Andres Cheveste.

Neg. Esclavos.

Dionisio Oribe.
Joaquin Artigas.

que condujo a la independencia; la intrepidez de los actores; los contornos románticos del hecho glosados por los escritores del Río de la Plata desde que él se produjo, le ganaron, desde un principio, un lugar en el sentimiento y en la admiración popular. Transmitido de una generación a otra por la versión tradicional; recogido en sus detalles en las *Memoorias* y crónicas de los mismos actores que en la década del 60 comenzaron a salir a luz, el episodio del desembarco de los Treinta Tres Orientales fue narrado por primera vez, con destino a los escolares de la República en el "Bosquejo Histórico" de Francisco A. Berra, cuya primera edición se publicó en 1866.

Los homenajes propuestos en el parlamento a los integrantes de la cruzada en distintas ocasiones; los que a su turno se fueron tributando a los integrantes del grupo que adquirieron mayor notoriedad por haber sobrevivido a sus compañeros; los trabajos realizados para localizar el sitio donde se produjo el desembarco; la evocación anual del episodio en las columnas de la prensa, ponen de manifiesto la vigencia del hecho; su arraigo profundo en la conciencia nacional. Ese fue el sentimiento que Blanes quiso recoger en su obra y a la verdad que lo logró plenamente. Pocas veces una obra de arte provocó en nuestro me-

dio, ni antes ni después, manifestaciones tan singulares como las que suscitó "El Juramento de los Treinta y Tres", desde que fue expuesto en el taller del artista en enero de 1878.

El pueblo en sus expresiones de homenaje exaltaba dos cosas: el heroísmo de los cruzados y el genio pictórico de Blanes que sacudió el espíritu nacional, que inspiró a los poetas, que arrancó páginas y comentarios de valor crítico y literario, que suscitó estudios y contribuciones de índole histórica en torno al memorable episodio.

La tela fue llevada en triunfo a la ciudad de Buenos Aires, la consagración tuvo entonces carácter rioplatense. Blanes sintió profundamente el alcance del reconocimiento provocado por su obra y la donó al Estado. El episodio histórico en ella representado era parte inseparable de la Historia del país y el lienzo por él trazado debía formar parte del patrimonio nacional por entrega directa de su autor que entendió que no podía recibir por ello ninguna recompensa material.

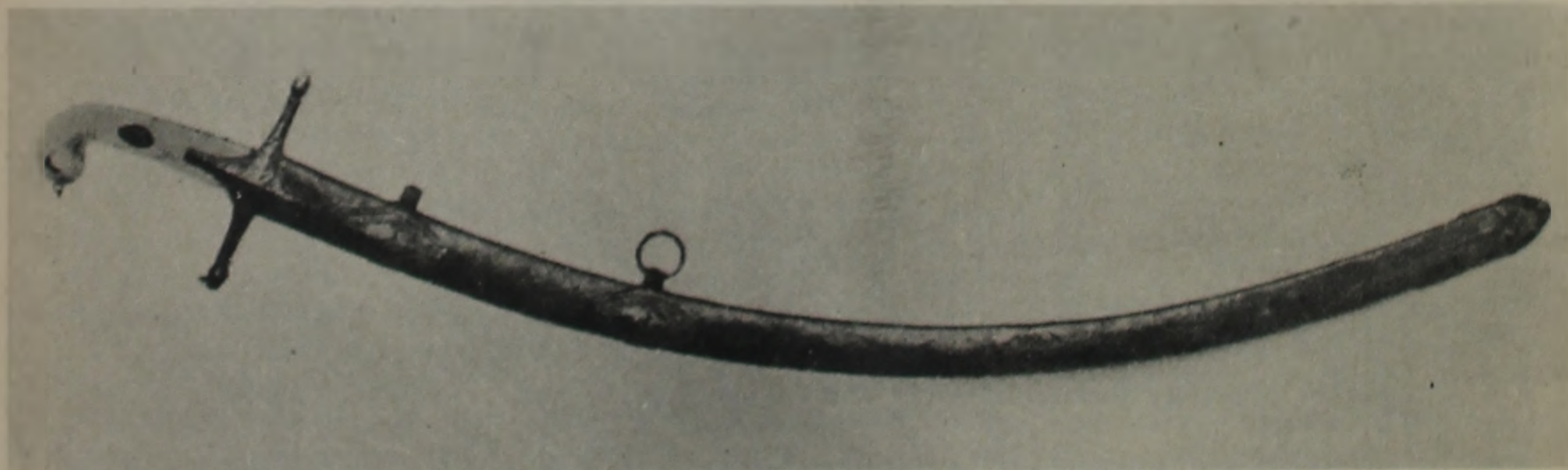
Desde entonces el cuadro es propiedad del Gobierno de la República que lo destinó sucesivamente a ocupar un lugar de honor en sus organismos oficiales hasta que, con carácter definitivo preside una sala del Museo Nacional de Bellas Artes don-

de se halla desde el año 1911. La tela es objeto en estos momentos de trabajos de restauración.

Por la contemplación directa de la tela de Blanes el pueblo ha penetrado en el espíritu de este acontecimiento fundamental de nuestra Historia. La obra se ha universalizado en los planos más diversos a través de toda clase de reproducciones. Primero en grabados lineales a una sola tinta; después en fototipias; más tarde mediante reproducciones en colores que decoraron los muros de las aulas de las Escuelas en todo el país; en los cromos que ilustraron los manuales de Historia Patria, las portadas de los cuadernos y álbumes escolares, las carátulas de las revistas y de las grandes ediciones conmemorativas, de los periódicos modernos que la han popularizado.

En la actualidad "El Juramento de los Treinta y Tres" es algo más que un gran cuadro histórico. Posee valores que rebasan su mérito artístico, con ser éste grande. Es una obra que ha contribuido a formar la conciencia nacional, a vigorizar el sentimiento patriótico, a difundir entre otros pueblos la fisonomía del país al poner de manifiesto rasgos tan salientes de nuestro carácter, al sublimar el significado de uno de los episodios más grandes de la gestación de nuestra nacionalidad.

María Julia Ardao



ESPADA
Usada por el General
Juan A. Lavalleja
Museo Histórico Nacional
Montevideo

CARTA DE “MARTIN FIERRO”

A JUAN MANUEL BLANES SOBRE “EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES”

Buenos Aires, agosto 20 de 1878.

Amigo don Juan Manuel
Que se halle, me alegraré
Sano del copete al pie.
Y perdone si en su carta
Algún disparate ensarta
Este servidor de usted.
Una suya recibí
Punteada con todo esmero,
Y al verlo tan cariñoso
Dije para mí, a este Blanes
No hay oriental que le gane
Como amigo verdadero.
Y aunque me diga atrevido
O que a la Luna le ladro
Como ese bicho taladro
Que no sabe estarse quieto
En todas partes me meto.
Y me metí a ver “su cuadro”.
Por supuesto, los diez pesos
Los largué como el mejor,
Yo no soy regatador,
Y ya entré a ver después
Los famosos “Treinta y tres”...
Ah, cuadro que da calor.
Me quedé medio azorao
Al ver esa comitiva —
Lo miré de abajo arriba
Pero, que el diablo me lleve,
Si parece que se mueve
Lo mismo que cosa viva.
Encima le han colocao
Un sol que valdrá un tesoro.
Lo habrán puesto, no lo inoro
Como en el naípe español;
Pues habrán dicho esos toros
“A todos alumbrá el sol”.
Y esa gente tan dispuesta
Que su país va a libertar
No se le puede mirar
Sin cobrarles afición...
Si hasta quisiera el mirón
Poderlos acompañar.

Para mí, más conocida,
es la gente subalterna;
Mas se ve que quien gobierna
O lleva la dirección
Es un viejo petizón
Que está allí abierto de piernas.
Tira el sombrero y el poncho
Y levanta su bandera
Como diciendo “Ande quiera
“que flamé se ha de triunfar;
“vengo resuelto a peliar
“Y que me siga quien quiera”.
Le está saliendo a los ojos
El fuego que el pecho encierra —
Y señalando a la tierra
Parece que va a decir:
“Hay que triunfar o morir
“Muchachos, en esta guerra”.
Y animando aquella gente
Que a lidiar se precipita
Mientras se mueve y agita
Con la proclama del viejo,
Hay uno que desde lejos
Le muestra una crucecita.
Cerca de él, hay otro criollo
De poncho y de bota fina —
Se ve que en la tremolina
Hará aujero si atropella
Ha agarrao la carabina
Como pa darles con ella.
Al lao, el de camiseta,
Ya deja ver que es soldao;
Está muy arremangao
Como hombre resuelto a todo
Se le conoce en el modo
Que ha sido algún desalmao.
Hay otro de pantalón,
Tirador bordao de seda;
Que le resista quien pueda
Cuando llegue a gritar truco.
Ha echao al hombro el trabuco
Y se ha metido en la rueda.
De pantalón va también
Otro de sombrero al lao;
Es resuelto y animao
Pero de un modo distinto:

Tiene el naranjero al cinto
 Y parece más confiao.
 Hay otro viejo gritando:
 "A mí naides me aventaja —
 "En cuanto suene la caja
 "He de responder al grito" —
 Tiene en la mano un corvito
 Que ha de estar como navaja.
 Ese que está arrodillao
 No me deja de gustar,
 Uno puede asegurar
 Que va a decir —cuando hable—
 "Todos tienen que jurar
 "Sobre la hoja de este sable".
 Que ha de haber sido algún bravo
 En el ademán se advierte;
 Y para estar de esa suerte,
 Dije yo, lo han elegido
 O por ser más decidido
 O por tener hota fuerte.
 Me gusta el de casaquín
 Se le nota el movimiento
 Como que en ese momento
 Tira su sombrero arriba,
 A tiempo que pega un "viva"
 Medio loco de contento.
 Pero entre tanto valiente
 Dende lejos se divisa
 El que en mangas de camisa
 Se hace notar el primero—
 Un gaucho más verdadero
 No he visto, ni en los de Urquiza.
 Espuela y hota de potro,
 Todo está como nacido;
 Es patriota decidido,
 Se vé que resuelto está;
 Para mejor le ha salido
 Medio escaso el chiripá.
 En el amor y en la guerra—
 En todo habrá sido igual;
 Tiene, en trance tan formal,
 El enemigo en contorno;
 Pero no olvidó el adorno
 De cola de pavo-rial.
 Le adivina la intención
 Todito aquel que lo vea;
 Para dentrar en pelea
 Revela hallarse dispuesto
 Y de fantástico ha puesto
 De dragona la manea.
 Lleva su ropa y sus armas
 Como quien las sabe usar;
 Con gracia sabe arreglar,
 Su trabuco en la cintura
 Muestra ser por la figura

Sin asco para matar.
 Y además de algunos otros,
 Me ha llamado la atención
 Uno que está en un rincón
 Como quien no dice nada
 Se ha largado a la patriada
 Descalzo y de pantalón.
 Y yo, para mi decía,
 Estos hacen lo que deben;
 Y varones que se atreven
 Con voluntá decidida
 A jugar así la vida
 Tal vez ni cigarros lleven.
 Van a libertar su país
 Peliando con valentía;
 Quizá ni ropa tendrían,
 Pero nada los sujeta;
 Hasta las mismas maletas
 Están, ay, medio vacías.
 La carabina y el sable
 Que están tirados allí,
 Pensé yo al verlos así—
 A alguno se ha hecho avestruz
 O son de aquel de la cruz,
 Que los ha dejado allí.
 A la distancia se llevan
 El bote los marineros,
 Los mismos que lo trujieron
 Se retiran apuraos.
 Ya se ve, que les hicieron
 La compañía del horcao.
 Parecen que van diciendo:
 "Ai quedan sin esperanza,
 "Y vámonos sin tardanza,
 "Si viene juerza enemiga;
 "Tal vez ninguno consiga
 "Escapar de la matanza".
 Yo los hubiera agarrao
 A los que el bote se llevan;
 Justo es que a todo se atreva
 El hombre que hace la guerra;
 Cuando pisaron en tierra
 Debió principiar la leva.
 No meto en esta coplada
 A todos, pa no cansarlo—
 Pero debo confesarlo,
 Amigo, y se lo confieso,
 Ya le saqué los diez pesos
 Al cuadro, tanto mirarlo.
 Cuento sin son "treinta y tres",
 Si en mi cálculo no yerro;
 Con esta mi carta cierro,
 Amigo, me planto aquí—
 Ni Cristo pasó de allí
 Ni tampoco

MARTIN FIERRO.



LIBERTAD ó MUERTE

Uruguay es mi país.
Y cumple un siglo
y medio.
Felicitémonos



En el Año del Sesquicentenario. MONTE PAZ S.A.